Mundo Uruguayo

ILUSTRACION SEMANAL | Año VI | Montevideo, Octubre 30 de 1924 | Núm. 303 | 7 CENTESIMOS EL EJEMPLAR



Las nuevas estrellas de la pantalla, RENEE ADOREE

Diversas notas de actualidad



Público en la plaza de deportes de Paysandú, presenciando los distintos juegos que se organizaron el *"Dia de la Raza"*



Conmemorando el *"Dia de la Raza"*. — Ejercicios calistécnicos realizados por los niños de los clubs "Rodó", "Sporting" y "Billiken" en la plaza de deportes de Paysandú



De la reunión en el Salón Mac-Cabe del Instituto y Concentración de las entidades Juveniles Evangélicas y Metodístas del Uruguay



Fiesta realizada por el "Centro Paz y Alegría" en Piedras Blancas



Los alumnos de Inglés de Mss. E. N. Willox, durante el té ofrecido en honor de ésta, en el Hotel del Prado



Grupo de alumnas del Instituto Musical Sarasate, rodeando a su directora, la Srta: Elvira Castro Rodríguez, las que recientemente, recibieron el título de Profesoras de Solfeo, con la más alta clasificación: niña, María A. Mazza; Stas: María M. Rossi, Teresa Hernández, Josefina Demoro, René Dacal, Blanca Echevarría, Haydée Ballarino, Josefina Hernández, Julio Hernández y Juan Almarán



Los miembros de la Comisión Mixta, Brasil-Uruguay y el Escribano del Gobierno, durante la ceremonia de la apertura de la propuesta para la construcción del Puente Internacional sobre el río Yaguarón

Semanario Ilustrado
Aparece todos los jueves
Editado por la Agencia «Publicidad»
Capurro y C.ª
Calle Juan C. Gómez 1386 — Montevideo

Mundo Uruguayo

Precio del ejem. $ 0.07
Precio de suscripción anual . . $ 3.00 oro
En el extranj. suscrip. anual . . $ 5.50 oro

Año VI — Montevideo, Octubre 30 de 1924 — Núm. 303

El día de los muertos

EL calendario moderno que ha debido ser establecido con un criterio en consonancia con la época en que vivimos, respeta algunas viejas tradiciones del cristianismo que han quedado arraigadas en el espíritu colectivo y que no pueden morir porque ellas han salido de la esencia misma del corazón humano.

Estos primeros días de Noviembre, de plena primavera en nuestro hemisferio, son consagrados a la memoria de los muertos. El renacimiento de las energías vitales que en la estación florida se exterioriza en una intensa alegría de vivir; que pone el bullicio de los gorgeos en los árboles, la orgía del perfume y del color en las plantas, un himno de luz insuperado en los mediodías e inquietud de alas en los corazones enamorados, hará más elocuente el tributo de los vivos a los que se fueron.

No es ni el prejuicio, ni la creencia religiosa, ni las exterioridades convencionales que se dijera imponen el recuerdo a plazo fijo, lo que hace más respetable esta tradición del *"día de los muertos"*.

Es el sincero propósito de la familia — la gran institución cuya base inconmovible de amor impulsa al hombre hacia los más preciados cultos del espíritu — que destina un día en el año el recuerdo de todos los que vivieron y sufrieron a su lado y ahora se han perdido para nosotros en el gran arcano en que iremos todos a internarnos algún día.

Hay muertos que viven perennemente en nosotros. Lo expresó ya un poeta: *"No has muerto puesto que vivo yo"*.

Esos son los que nos fueron más queridos. Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros grandes amigos del alma. Para esos no hay un día en el año. Para esos están todas las horas. Pero *"el día de los muertos"* es también para aquellos que apenas pasaron a nuestro lado, aquellos cuyos rostros se han ido perdiendo de nuestro recuerdo *"como viejos daguerrotipos cubiertos de po'vo"* y que pueden seguir viviendo o resurgir en el mundo gracias a nuestro pensamiento. Si en la humanidad hubiera ese sentido del recogimiento sería ésta una oportunidad para creer que el día en que muramos no habremos muerto completamente.

Triste, en verdad, es la observación que puede hacerse estos días. Junto a los panteones suntuosos, en donde el derroche del mármol, el bronce o el granito contribuye a la inmortalidad de quién dejara bienes materiales, aparecen a veces humildes tumbas en que un ramito de violetas, o de "siemprevivas" han sido depositadas sobre un nombre borroso por el moho. Y uno recuerda aquello de Jorge Manrique:

"Nuestras vidas son los ríos,
Que van a dar a la mar
Que es el morir,
Allá los ríos caudales,
Al'á los otros medianos
Y más chicos,
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos
Y los ricos".

¿Y aquellos otros en quien nadie piensa? Aquellos cuya fosa ha sido cubierta a paladas y a la cual nadie acudirá ni siquiera con el pensamiento, o aquellos otros que ni siquiera han tenido fosa.

Aquellos cuyos cuerpos sirvieron a la ciencia en el anfiteatro y hasta sus pobres huesos pagaron su tributo a la vida.

De esos es probable que quede algún buen vestigio de su pasó por el Mundo. Habría que buscar el *"árbol, el libro o el hijo"*, que sin nosotros saberlo los han hecho inmortales.

La fecha del Centenario

DESPUES de la paralización en el Cuerpo Legislativo del proyecto de ley por el que se establecería la fecha en que debe conmemorarse el primer Centenario de nuestra vida independiente y a poco plazo del día 25 de Agosto de 1925, que según la ley en vigencia fué el inicial de nuestra epopeya libertadora que culminó en la acción de Ituzaingó, vuelve de nuevo a agitarse el ambiente con la discusión de ese hecho histórico y las opiniones de los que mantienen el significado trascendente de aquel día memorable y el de los que lo repudian o desconocen, bregan por imponerse al concepto público para que ellas prevalezcan en la decisión final de este asunto de indiscutible importancia. Desde el instante en que el problema relacionado con la declaración oficial de la fecha del Centenario fué planteado en las esferas parlamentarias, hasta el día de hoy, han transcurrido no menos de cinco años, tiempo suficiente, en nuestro sentir, para que se le hubiera buscado una solución que sin contradecir la verdad histórica, contemplara la tradición, que en este caso hace ley, y por la que se ha venido conmemorando con aquel significado, desde hace más de sesenta años, el 25 de Agosto, sin que contra esa conmemoración prestigiada por la acción oficial y por la de multitud de entidades patrióticas, se levantara la mínima objeción. Ultimamente, en el correr de este año, dentro y fuera del país, la rememoración de esa fecha histórica adquirió caracteres verdaderamente significativos que hacen suponer, fundadamente, que en el alma colectiva tiene profundo arraigo el significado del 25 de Agosto y que para él son sus más cálidos entusiasmos. Reviste, hasta cierto punto, carácter de ratificación plebiscitaria el significado fijado por ley al 25 de Agosto, con la forma en que se conmemora en todo el país el aniversario de esa fecha histórica que debe pemanecer como lo que fué hasta la fecha, sin reducirla en su magnitud de día inicial de nuestra vida libre, para que en torno a ella el sentimiento de nuestro pueblo pueda sentir la magnitud de los progresos conquistados por el país, al cumplirse su centuria. Si hubiera razones económicas que pretendieran anular, por la imposibilidad de recibirla en su etapa secular con amplio plan de festejos, su verdadera importancia en los destinos de nuestro pueblo, sustituyéndola por otra fecha más lejana para realizar en aquella lo que la falta de tiempo no permite realizar ya en la actualidad, evitemos que ellas prevalezcan pués en todo caso, siempre el entusiasmo popular y la marcha floresciente del país cuyos factores escenciales de vida se desarrollan dinámicamente, suplirían lo que la acción oficial no supo o no quiso resolver con tiempo. Por otra parte, conociendo la natural lentitud con que se desenvuelven los asuntos en el Cuerpo Legislativo, es de temer, que las mismas razones financieras que se adugeran en el presente constituyeran un obstáculo para la consagración de una fecha de esta índole que fijara oficialmente cual fué el día de nuestra verdadera independencia. Y en ese caso correríamos el peligro de quedarnos sin Centenario.

Espíritus de empresa



Don Francisco Piria

En pro del turismo

DOS diputados departamentales acaban de presentar a la Asamblea Representativa de Montevideo un amplio proyecto tendiente al fomento permanente del turismo hacia nuestro país. Se arbitran en él recursos estables a fin de que sea posible realizar una propaganda constante para la atracción de forasteros y programar, durante todo el año una serie de fiestas que constituyan motivo de atractivo para el turista. El proyecto es oportuno y debe llevarse a la práctica para evitar lo que todos los años ocurre entre nosotros en lo que tiene relación con las fiestas que como costumbre generalizada, se programan para esta época propicia en la que Montevideo y muchas localidades del interior del país, entre las cuales los balnearios de toda la costa del Plata, ofrecen los encantos de su naturaleza, de una temperatura agradable y de un ambiente social de distinción y de cultura. La falta de fondos permanentes destinados a la actividad social en verano de nuestro ambiente; la designación de comisiones de última hora para que asuman la responsabilidad moral y material del éxito o fracaso de fiestas que por premura de tiempo es necesario improvisar para que el forastero que viene a nuestras playas encuentre algún atractivo fuera del natural placer de la temperatura y del baño; las dificultades de todo orden con que se lucha para hacer las cosas bien sin apoyo franco y decidido de todos los interesados en la actividad social de nuestro medio, son factores que han conspirado hasta la fecha para que no se establecieran, en todas las estaciones del año, corrientes de turismo hacia nuestro país y que muchas fiestas veraniegas fracasaran o no dieran los resultados que de ellas se esperaba.

Si deseamos que nuestro país sea una región propicia para el turismo, que se aprecien todas sus ventajas sobre los demás países de América del Sur para vivir y gozar en él satisfacciones espirituales y materiales que se admiren los encantos de su naturaleza generosa y se aprecien sus progresos, es necesario que se constituya una comisión permanente para el fomento del turismo nacional, con recursos estables y disponibles en cualquier momento, con facultades para organizar fiestas y excursiones y con tiempo suficiente para estudiar, sin el apremio de circunstancias especiales y torturantes, todo lo que convenga para el fomento del turismo internacional. Mientras no se tomen determinaciones en este sentido, seguiremos haciendo, como hasta la fecha, las cosas mal, sin trascendencia en cuanto a la afirmación de una política turística racional y de conveniencia para el país, gastando del erario público algunos millares de pesos sin que ellos traigan las compensaciones legítimas a que debe aspirarse en todo gasto, y que en este caso sería el de una afluencia crecida de elementos visitantes que dejaran a las actividades internas el beneficio de su consumo. Es tiempo ya de que pensemos seriamente en la solución del fundamental problema del turismo nacional, fuente de recursos cuantiosos y de propaganda a la vez para el país, si queremos aprovecharlo como elemento de enriquecimiento.

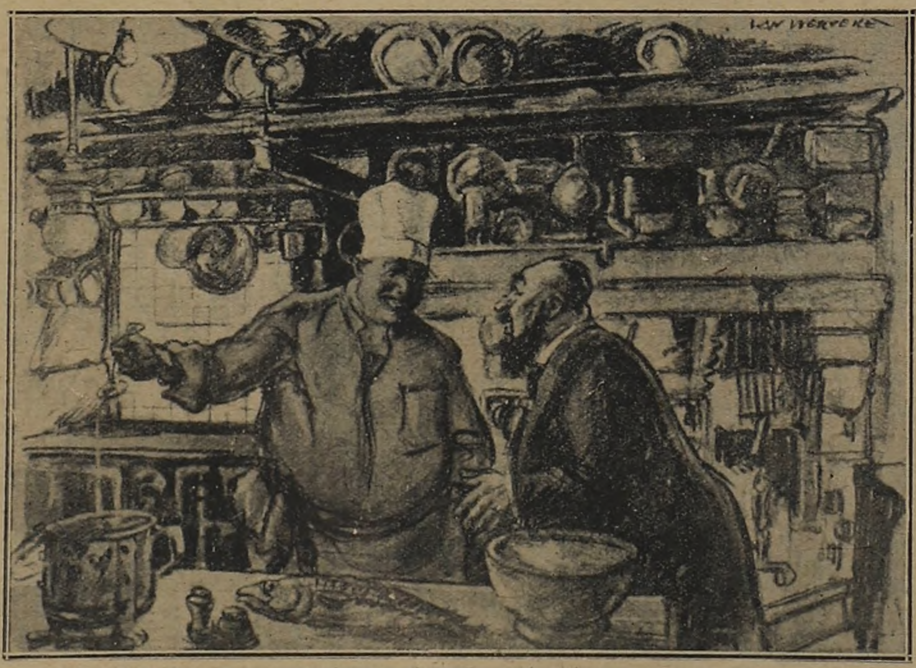
El desencanto

LAS muchachas son muy ingénuas. Las gentes créen que ingénuo quiere decir inocente. No, ingénuo significa decir o hacer tal como se siente. Estás más cerca de la expontaneidad que de la inocencia. Aclarado el vocablo, sigamos. Las muchachas son la mar de ingénuas, — decíamos, — y así lo dejaron ver durante la visita del príncipe italiano a Buenos Aires. Aquí, en Montevideo, no ocurrió lo que allá, pero algo pasó también. Dicen que el viajero preguntaba qué quería decir "mono". Esa interesada pregunta del huésped prueba a las claras que, en los descuidos del gobernador de S. A., las muchachas se aprovechaban y le decían "mono" al príncipe. Mono en el sentido de "bibelot" y no de simio, que nada de simiesco tenía el buen muchacho.

Las que le decían "mono" quién sabe qué se imaginaban del efecto que iba a surtir la palabra cariñosa en la principesca sentimentalidad del auténtico hijo de rey reinante. "¡Qué mono!" — le dirían las adorables boquitas de nuestras compatriotas. Y el príncipe estaba un poco intrigado por culpa del diccionario de la Real Academia Española que había consultado. Las muchachas se han sacado el gusto de decirle su ingenuidad al príncipe...

Sin embargo, el príncipe se fué. Ahora está en Italia. Allá en Italia lo van a casar con una princesa belga Y es muy seguro que la susomentada princesa belga nunca le ha dicho "¡qué mono!" al príncipe. Todo lo cual viene a probar una vez más lo malagradecidos que somos los hombres...

PRECAUCION



—Me han dicho que para comer bien en un hotel, es necesario hacerse amigo del cocinero.
—No señor. Yo no puedo contrariar al patrón.

Entre Chiquillos

ANTON P. CHEJOW

Papá, mamá y la tía Nadia no están en casa. Están convidados a un bautizo en casa de aquel oficial anciano que tiene una jaquita gris.

Esperándolos, Gricha, Ania, Aliocha, Sonia y el hijo de la cocinera, Andrei, hállanse en el comedor, sentodos alrededor de la mesa jugando a la lotería. Es la hora de irse a acotar, pero ¿quién puede dormir sin saber por mamá qué hacía el niñito cuando lo bautizaron y qué cenaron? La mesa, alumbrada por una lámpara, está cubierta de papelitos cifras, cáscaras de avellanas y trocitos de cristal.

Delante de cada uno hay dos cartones de lotería y un montoncito de cristalitos para tapar las cifras. En medio de la mesa hay un platillo con cinco moneditas de cinco kopeks, al lado del platillo se encuentran una manzana media comida, unas tijeras y un plato donde echar las cáscaras.

Los niños juegan dinero: cada apuesta es de un kopeks. La condición: si uno hace trampa será expulsado inmediatamente. En el comedor no hay nadie más que los jugadores. El aya, Agafia Ivanovna, está abajo en la cocina enseñando a la cocinera cómo se corta un vestido, y el hermano mayor, Vasia, alumno de la quinta clase del Gimnasio, hállase tendido en el sofá de la sala y se aburre por no tener nada que hacer.

Se juega con mucho afán. Gricha es el más entusiasta. Es un niño de nueve años, completamente pelado, de cara redonda y labios gordos, como los de un negro. Está en la primera clase y por esto lo consideran como el más sabio y el mayor. Juega exclusivamente por el afán de ganar, si no hubiera kopeks en el platillo, dormiría tiempo ha. Sus ojuelos pardos corren intranquilos y celosos por los cartones de los jugadores. El miedo de perder, la envidia y las combinaciones numéricas llenan su cabeza pelada y no le permiten concentrarse; se mueve en su silla como si estuviese sentado sobre alfileres. Cuando gana coge el dinero con avidez y lo esconde inmediatamente en el bolsillo. Su hermana Ania, de ocho años, con inteligentes y brillantes ojos y barbita en punta, también tiene miedo de que los otros ganen; palidece y enrojece de emoción y vigila atentamente a los jugadores. Pero los kopeks no la interesan; es la suerte la que reviste importancia para ella; es cuestión de amor propio.

La otra hermana, Sonia, tiene seis años, cabecita rizada y una tez como solamente se ven en los niños muy sanos o en las muñecas. Juega solamente por distraerse. Su cara está alegre, aplaude y se ríe a cada ganancia, cualquiera que sea el ganador.

Aliocha es un chiquitín redondo como un bolo; sopla y mira los cartones; para él no hay avidez ni amor propio. No le mandan a dormir, ni le echan de la mesa: ya está contento. Tiene un aspecto tranquilo; pero en realidad es un granuja. No juega por distracción, sino por lar riñas que son inevitables en el juego. Disfruta cuando hay una pelea o alguno pega a otro. Hace tiempo que siente una pequeña necesidad; pero no se atreve, por temor de que le substraigan sus cartelitos y sus kopeks. No conoce más cifras que las primeras y las que acaban en cero; su hermana Ania le ayuda y tapa por él sus cartones.

El quinto jugador es el hijo de la cocinera. Andrei; es moreno y enfermizo; está vestido de una blusa de algodón; lleva al cuello una crucecita de cobre. Está inmóvil y fija sus miradas soñadoras en los números. A éste la ganancia y los éxitos agenos le dejan indiferente; está por completo sumergido en la aritmética del juego y su sencilla filosofía. ¡Qué de cifras hay en el mundo! ¿Cómo no se embrollan?

Todos, a excepción de Sonia y Aliocha, cantan los números por turno. Como éstos se repiten con frecuencia, los hay que llevan apodos; así, el siete se nombra el gancho; el once, los patitos; el noventa, el abuelo, etc. El juego sigue con viveza.

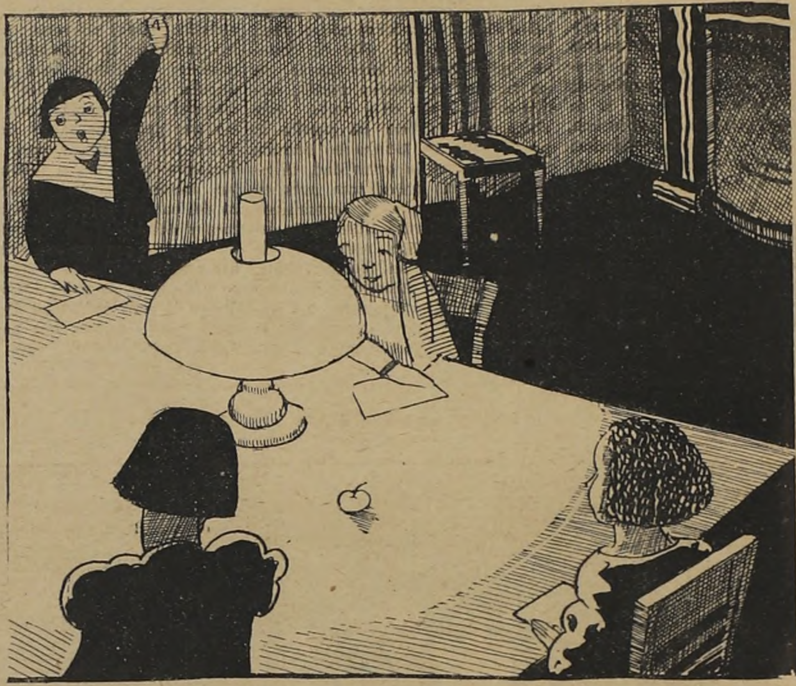
—¡El treinta y dos! — exclama Gricha, metiendo la mano en el sombrero de su padre, donde están los pequeños cilindros amarillos. — ¡Diez y ocho!... ¡El gancho! ¡El veintiocho!

Ania ve que Andrei no ha notado que tiene el veintiocho en sus cartones; se lo hubiera advertido en otro tiempo, pero ahora triunfa porque en el platillo, al par del dinero, está puesto su amor propio.

—¡El veintitrés! — sigue Gricha. — ¡El abuelo! ¡El nueve!

—¡Una cucaracha! ¡Una cucaracha! — exclama Sonia, señalando una que corre por la mesa.

—No la mates — dice Aliocha en voz baja; — quizás tenga hijitos...



Sonia sigue con los ojos la cucaracha y reflexiona cómo será su casa y qué pequeños han de ser sus hijitos.

—¡El cuarenta y tres! ¡El uno! — continúa Gricha, padeciendo ante la idea de que Ania tiene ya casi todos los números tapados. — ¡El seis!

—¡He ganado! ¡He ganado! — grita Sonia levantando los ojos y chillando.

Las caras de los jugadores se estiran.

—¡Hay que comprobar! — dice Gricha mirando a Sonia con odio.

Aprovechándose de la fama de mayor y de más inteligente, Gricha se adjudicó el derecho de litigar las diferencias. Se hace todo lo que él manda. Durante mucho tiempo y con minuciosidad comprueban los cartones de Sonia; pero, con grave disgusto de los jugadores, todo está en regla y no hay trampas.

Empiezan otra partida.

—¡Qué cosa he visto ayer! — dice Ania hablando como consigo misma. — Filip Filipovitch se volvió sus párpados y sus ojos se pusieron encarnados, terribles como los de un diablo...

—¡Yo también lo vi — contesta Gricha. — ¡El ocho! Tenemos en la clase un discípulo que mueve las orejas. ¡El veintisiete!

Andrei levanta las miradas hacia Gricha y dice:

—Yo también sé mover las orejas...

—¡A ver..., muévelas!

Andrei mueve los ojos, los labios y los dedos. Le parece que sus orejas se ponen también en movimiento. Risa general.

—Es un hombre malo este Filip Filipovitch — prosigue Sonia; — ayer entró en nuestro cuarto y yo estaba en camisa. Me avergonce.

—¡He ganado! — grita con toda su fuerza Grisa, cogiendo apresuradamente el dinero del platillo. — ¡He ganado! ¡Podéis comprobar!

El hijo de la cocinera palidece, levanta los ojos y balbuse:

—En tal caso, no puedo jugar más.

—¿Por qué?

—Por qué... Porque no tengo más dinero.

—Sin dinero no se puede jugar — decide Gricha.

Andrei rebusca por si acaso en sus bolsillos. No encuentra nada más que migajitas de pan y un lapicerito medio roído. Su boca se contrae y se le nublan los ojos; llorará en seguida...

—Te prestaré — dice Sonia, no pudiendo ver su cara de mártir; — pero no te olvides de devolvérmelo.

Sonia pone el dinero, y el juego vuelve a empezar.

—Parece que se oyen campanas — dice Ania.

El juego se interrumpe; todos miran por la ventana obscura con la boca abierta. En la obscuridad se ve el reflejo de la lámpara.

—Te pareció...

—Por la noche las campanas solamente suenan en el cementerio — declara Andrei.

—¿Por qué suenan allí las campanas?

—Para que los bandidos no entren en la iglesia... Ellos temen el campaneo.

—¿Y para qué tienen los bandidos que entrar en la iglesia de noche? — pregunta Sonia.

—Para matar a los guardianes; todo el mundo lo sabe.

Todos quedan silenciosos algunos momentos y se miraban unos a otros temerosos.

El juego sigue. Esta vez gana Andrei.

—¡Ha hecho trampas! — declara repentinamente Aliocha.

—No he hecho ninguna trampa! ¡Mientes!

Andrei palidece, contrae la boca y ¡pan! le da a Aliocha un golpe en la cabeza. Este abre desmensuradamente los ojos, salta furioso encima de la mesa y a su vez le da a Andei un bofetón... Se reparten algunos cachetes más y se echan a llorar... Sonia, que no puede soportar horrores semejantes, llora también y el comedor retiembla de sollozos. Pero no crea usted que el juego termina por este motivo. No transcurren cinco minutos sin que los niños vuelvan a charlar pacíficamente y a reir. Las caras están aún llorosas; pero a pesar de esto sonríen. Aliocha está satisfechísimo; ¡ha habido pelea!

En el comedor entra Vasia, el colegial de quinta clase. Su aspecto es dormilón y desencantado.

—¡Es abominable! — murmura notando cómo Gricha tienta el bolsillo, en que suenan los kopeks. — ¡Cómo se puede dar dinero a los niños y permitirles jugar a juegos de azar! ¡Buena educación!.... ¡Abominable!

Pero los niños juegan con tanto afán, que le asalta el deseo de probar también su suerte y de distraerse con ellos.

¡Aguardáos un momentito, yo jugaré también!

—Pon un kopek.

—¡Ahora — dice buscando en sus bolsillos. No tengo kopeks; tengo un rublo. ¡Pongo un rublo!

—¡No, no, un kopek!

—¡Sois unos estúpidos! El rublo vale más que un kopek — les explica; — el que gane me dará la vuelta.

—No, no; haz el favor de irte.

El colegial encoge los hombros y se dirige a la cocina a pedir a los criados alguna moneda suelta; pero en la cocina no hay moneda suelta.

—En tal caso, cábiame el rublo — le pide a Gricha al volver de la cocina: — te pagaré por el cambio. ¿No quieres? Entonces, véndeme diez kopeks por un rubro.

Gricha mira a Vasia de reojo; sospecha algún engaño... no se fía.

—¡No quiero! — repite, y aprieta su bolsillo.

Vasia, te prestaré yo — dice Sonia. — ¡Siéntate!

El colegial se sienta y pone delante de sí dos cartones. Ania lee las cifras.

—¡Se me ha caído un kopek! — exclama Gricha inquieto. — ¡Esperad!

Cogen la lámpara y se arrodillan debajo de la mesa en busca del kopek. Se empujan con las cabezas; sus manos sólo encuentran cáscaras de nueces, pero no el copec. Vuelven otra vez a bucarlo, hasta que Vasia le quita a Gricha la lámpara de las manos y la pone en su sitio. Gricha sigue sus pesquizas a obscuras.

Por fin encuentra el kopek. Los jugadores vuelven a sentarse y quieren proseguir el juego.

—¡Sonia está dormida! — declara Aliocha.

Sonia tiene su cabecita rizada puesta en los brazos cruzados duerme con un sueño dulce y tranquilo, como si estuviera en su cama. Se durmió sin notarlo mientras que los otros buscaban el kopek.

—Anda, échate en la cama de mamá; acuéstate — le dice Ania sacándola del comedor. — ¡Vámonos!

Todos la acompañan, y cinco minutos después la cama de mamá ofrece un espectáculo extraordinario: Sonia duerme; al lado suyo ronca Aliocha; Gricha y Ania tienen las cabezas descansando en las piernas de sus hermanas y están igualmente profundamente dormidos, así como el hijo de la cocinera, acurrucado al pie de la cama. Alrededor están esparcidos los kopeks, que han perdido su valor hasta el próximo juego. ¡Buenas noches!

ANECDOTAS

Siendo un niño Miguel Angel Buonarroti, discutió con un compañero de escuela y como vinieran a las manos, resultó aquél con la nariz aplastada. Para vengarse de su ofensor, que era el primero en la clase, propúsose Miguel quitarle el puesto. Y con tal fe trabajó, que poco después era el alumno preferido y ya nunca fué aventajado por otro alguno.

TIPOS Y COSTUMBRES

POR SANTIAGO DALLEGRI

DON GIUSSEPPE, FINANCISTA

A don Giuseppe lo llevaba el diablo al ver a sus hijas en el balcón luciendo, inutilmente, sus veinticinco años, todas las noches y buena parte de todos los días.

Y no podía contenerse.

—¡Sempre nel barcun! — murmuraba — Sempre allí puyadas al santísimo ocal!

—Al divino botón, se dice, querido papá! — observáranle ironicamente.

—Ostede dirrán cume quierran: yo digo cume me se dá la gana. Dispues de todo, tanto derrecho cume han tenido otros per divinizar il butón, creo que lu tengo yo per santificar l'ocal.

—Sí; usted tiene derecho a todo!

—Al incuntrarrio de ostede; que per il risurtao que sacan cun tanta sibiciún, parece que no tuvierran derrecho a nada. ¡Diez año! Diez año cun llapa e todo, que ístán allí, nel medésimo sitio, ne la medésima posturra, ¡e nada, nada e nada! Deben tener callos, si se fican bien, in los codos!

—Le molesta?

—A mí no! E a óstede?

—A nosotras, nada absolutamente. Despues de todo es una postura muy natural; y no tenemos ningún apuro.

—Meno apurro deben tener ello, sin duda; per que nu se les vé venir de nesún lados!

—Ya llegarán, no se aflija!

—Que van a llegar, porca miserria! Que van a llegar!...

De todo esto no tenían la culpa las mozas, claro está, ya que ellas, hacían todo lo posible por abandonar la numerosa cofradía de las célibes. Pero don Giuseppe, que no entraba a considerar sinó la parte "objetiva" del asunto, reanudaba siempre y con cualquier pretexto, sus rezongones monólogos y sus irónicos diálogos.

—Yo nu me spiego, prupiamnete, cume sían tan insunsadas! Insunsadas al punto de no incuntrar in candidato fra tanto stípido cume pasan per aquí!

Yo nun só qué harrían si tuvierran que estar cume mi, in l'Armacín, parpitando se a questo le puedo cumedar nuvecientos gramos de sucro per in kilo, e a questa altra fideos seconda per fideos de primera!

Aquella noche, sin embargo, las mozas estaban cómo para desmentir al impaciente y refunfuñador don Giuseppe. Dos "tirifilos" acababan de despedirse, separándose del consabido balcón, con efusivos apretones de manos, rubricados luego con amplia salutación de sombreros.

Y no desperdiciaron, por cierto, la oportunidad del desquite, al ver llegar a su padre.

—¿Y?.. Qué nos dice, ahora?..

—Seguimos siendo zonzas, o serviríamos para estar "nil Armacín"?... Está bien despachado "il sucro"?

Puso cara de idiota, don Giuseppe, para disimular, y respondióles:

—Vean; si he dicirles la verritá, les garrantisco que me sun rifregao tres vece los ocos, cuando trumpecé cun la novitá. "Se habrán quivincao, o nu ne es in me barcún", pinsé. E a medida que avanzaba, vinia diciendo: "¿sun ellas?, ¿nu sun ellas?... Sí, que sun! No, que sun!... ¡¡Ma sí: erran ellos, erran ostede e ellos: erra prupiamente in me barcún!!...

—Pues eso es para que se convenza que a cada santo le llega su día.

—Sinembargo, francamente parlando, ese erra in santo que yo nu lo veía in sos armanaques de ostede!

—Es que usted siempre fué algo corto de vista.

—Puede ser. Má, ¡in fin!, meno mal se ha llegao, eso santo, aunque sia in poco ritrasao

—Nunca es tarde cuando la dicha es buena.

—Clarro, que sí! E vale más tarde que nunca.

—Es que no por mucho madrugar, amanece más temprano.

—Y vale más llegar a tiempo que andar esperando en la esquina.

Sonrióse don Giuseppe, ahora casi amable, y dijo:

—Boeno, dequemo los rifrancito a un custao e vamo al trigo: ¿hay o nu hay prugrama de casamiento?

Las dos mozas también sonrieron.



—Usted dirá — respondióle una.

—De usted depende — ratificó la otra.

Dió don Giuseppe un salto.

—Cóme, osté dirrá?... Que es eso, de osté dipende?

—Seguramente.

—¡Nu las intiendo, sacramento!

—Sin embargo, es muy fácil!

—Fácil sarrá, má peró yo lo incuentro tan difícil que nu me lo spiego. Parle clarro, intunse!

—Hablaré yo! — ayudó la hermana — Usted debe saber que, tanto para el enlace de ella como para el mío, que serían una fija, existe un solo impedimento, un impedimento que usted podría allanarlo con un poco de buena voluntad.

—¡Venga l'impidimentu! Larque de ina vez — ¿In qué cunsiste?

—Más que consiste, "radica", hablando con propiedad.

—Boeno, déqueme la gremática in la scuelas, e parle súbito.

—Pues radica, el impedimento, en la falta de con qué ir a ver el mueblero. Si usted, pues, se arremanga, como se dice, con el mobiliario, estamos del otro lado.

—Cun los dos, mubiliarrio?

—Claro que sí.

Rascóse un poco la cabeza, don Giuseppe, un tanto pensativo.

—Que responde a eso? — interrogóle una de las jóvenes.

—Que per lo visto la corren in yunta, los dos.

—Bueno, pero concretando, ¿qué dice?

—Digo que osté había dicho que yo pudía inllanarlo cun in puquito de buena volontá; ma ya que se ha dimustrao tan amiga de la gremática, debió dicir: cun in puquito de boena volontá e in otro puquito de platas.

—Bueno, fué un *lapsus*.

—Si; il lazo me lu están tirrando, ya lu veo. Ma, in fin, se desemula.

—Qué nos contesta, entonces?

—Se trata solo de los moebles?

—Sí.

—No tendremu, dispués, que mantenerlos in oasa, gratuitamente, é hasta darles lo cijarritus del armacín?

—Avise, papá!...

—No! In tal caso que lu avisen ellos!

Son mozos bien vestidos pero decentes.

Istán sicuras? Bien interradas?

—Segurísimas.

—Nos hemos informado acabadamente.

—Nu se trata, intunse, más que del mubiliarrio?

—Nada más.

—Todo se reduce a un par de juegos Luis quince.

—Bien! Si es así, nu digo Luigi quíndice! Aunque sía Luigi cuarantotto!... Coenten, dende ya, dende ahora medésimo, cul, cul Luigi trenta, quíndice per cada una!

Quisieron asegurarse bien, las mozas, viendo la buena predisposición de su padre, y observáronle.

—Ah! Pero mire que tienen que ser buenos, eh!...

No salgamos, después, con muebles de pacotilla!

—Si; no salga asustándose, con el precio! Piénselo bien!

No nos haga hacer un papelón!

Más don Giuseppe, que era un gran financista y había sacado ya mentalmente sus cálculos, apresuróse a contestar:

—Ya lu son pensau!... Nu se aflican! Cumprométanme, nu má; que aunque in puquito tarde, la operaciún todavía es buenas...

Santiago Da'legri.

LA MORAL DEL ALMA

Parece que nuestra moral se transforma y avanza a cortos pasos hacia comarcas más elevadas que las que hoy se ven. Y es porque quizá sea llegado el momento de establecer algunas nuevas cuestiones.

¿Qué sucedería, por ejemplo, si nuestra alma se tornara visible de pronto y tuviese que avanzar en medio de sus hermanas reunidas, despojada de sus velos, pero carga-

y arrastrando los actos más misteriosos de su vida que nada podía expresar?

¿ De qué se ruborizaría?

¿Qué querría ocultar?

¿Iría, cual mujer pudorosa, a extender el largo manto de sus cabellos sobre los innumerables pecados? Los ha desconocido y nunca llegarán a ella. Fueron cometidos a mil leguas de su trono y el alma del criminal más terrible pasaría inadvertida entre la multitud, llevando la transparente sonrisa del niño.

¿Qué pecados y qué crímenes ordinarios pudo cometer? ¿Hizo traición, engañó, mintió? ¿Hizo sufrir? ¿Hizo llorar? ¿Dónde se hallaba, mientras aquel entregaba su hermano al enemigo? Sollozaba, tal vez, lejos de él, y a partir de aquel momento se tornó más profunda y más bella. No se avergonzaría de lo que no ha hecho y puede permanecer pura en el centro de un crimen.

Y con frecuencia transforma en claridades interiores todo el mal que necesariamente, hubo de ver.

Mauricio Maeterlinck.

CRIMENES DE ARTISTAS

El arte tiene sus mártires, pero también ha tenido sus delincuentes.

Herófilo, médico griego, natural de Calcedonia, en Bitinia, disecó en vida, en el anfiteatro de Alejandría, más de setecientos individuos de todas edades y sexos, para hacer ver al público las maravillas de la anatomía.

El célebre Parchasius, queriendo pintar un Prometeo desgarrado por un buitre, compró un corintio al que le hizo sufrir este suplicio, infiriéndole una incisión terrible en el abdomen.

Cietto, pintor y arquitecto italiano, queriendo pintar un Cristo, comprometió a un pobre hombre a dejarse atar en la cruz, y cuando estuvo fijo en ella, le dió de puñaladas.

Entre los hombres de ciencia también se han dado casos por este estilo. Un inglés, enfermo del pecho, fué a buscar un médico de fama, el cual le prescribió que no tomase otro alimento más que berros. Al cabo de cierto tiempo el enfermo volvió a casa del médico, diciéndole que se creía totalmente curado.

El facultativo le dirigió primero un sinnúmero de preguntas; concluídas éstas, le saltó la tapa de los sesos a fin de proceder a la abertura del cuerpo y examinar los efectos producidos en su organismo por el uso del remedio recomendado

EL AMOR Y LA ABEJA

El Amor no había visto a una abeja adormecida en una rosa. Fué a tomar ésta y el insecto le picó en un dedo. Corriendo y llorando, fuese adonde estaba su madre, la bella Citerea.

—¡Estoy perdido, madre mía! — le dijo sollozando; — estoy perdido, me muero. Una pequeña serpiente me ha picado; los labradores la llaman abeja.

—¡Ah! — respondió su madre, — si el dardo de una abeja hace tanto mal, piensa, Amor, en lo que deben sufrir aquellos a quienes tú hieres.

Anacreonte.

Dice un escritor árabe:

Cuando Mehemet va a la plaza se ve rodeado de gentes que le aprietan la mano y le dicen afectuosamente: — Dios te guarde, amigo mío; — y cuando entra en su casa, exclama suspirando: — ¡Quién tuviera un amigo!

Del momento

EL HAMBRE Y LAS ELECCIONES

Otra vez preocupa a nuestros políticos el problema de la desocupación obrera.

Lo curioso es que siempre se descubre la desocupación unos cuantos meses antes de las épocas de elecciones, porque desde el día siguiente en que se efectúan hasta el momento en que comienza a agitarse nuevamente el avispero y "por mandato del pueblo soberano" surjen las candidaturas, la tal desocupación no existe, o al menos nadie habla de ella.

—¿Cuándo están de sufragio? pregúntale un extranjero a un criollo. Y le contesta este:

—¡Hombre, no le podría señalar la fecha exacta! — Sin embargo, noto que no debe faltar mucho, pues ya han decretado el hambre en el Cerro.

—¿El hambre en el Cerro?

"Cómanselos ustedes, — respondieron, — que la miseria no nos lleva al extremo de ingerir factura tan ordinaria. ¡Qué es lo que se habrán creído!"

—¿Y ahora?

—Ahora deben haber mercado cosas excelentes, pero previendo un nuevo desaire incluyeron en los prospectos la promesa de un seguro de desocupación, de forma que, solo por enterarse de ese nuevo obsequio, los hambrientos reciben la carne y la fariña, aunque después se las arrojen a las gallinas.

—¿Hambrientos poseedores de gallinas?

—De gallinas, de lechones, y también de alguno que otro chivito, amén de los pájaros y perros indispensables en toda casa de campo.

—Pero entonces, ¿dónde está el hambre?



—Si señor; tres o cuatro meses antes del acto eleccionario, las cámaras, por unanimidad de votos decretan el hambre en dicha región, la van extendiendo luego en forma razonable a otros puntos de la República, votan un subsidio de varios miles de pesos, y empieza la competencia para la caza del votante.

—¡Hola, hola!

—Como le cuento. Un contingente de ciudadanos militantes en las diversas fracciones partidarias que dividen la opinión, cargan unas cuantas toneladas de fariña, carne, azúcar, yerba, etc., se embarcan temerariamente en el vaporcito que arrastra la chata portadora del tesoro, y en pleno Cerro reparten al menudeo la factura, envuelta en ciertos prospectos donde se recomienda el cumplimiento de los deberes cívicos, sobre todo tratándose de llevar al triunfo al partido A o B, tutelador firme e incansable de la clase proletaria.

—¡Magnífico reclame!

—No está mal, caballero, no está del todo mal. Pero la expedición anterior a la presente resultó un semifracaso...

—¿De veras?

—Sí, parece que los alimentos no eran de calidad superior, y los famélicos se permitieron rechazarlos.

—El hambre está, según ya le dije, en la proximidad de las elecciones. No son precisamente los cerrenses los que se quejan de laxitud en el estómago, sino los legisladores quienes decretan el hambre a su tiempo y hora debidos, porque es imprescindible que ella impere en los momentos febriles que se agitan todas las bolsas de gatos políticos, y se cinchan candidaturas con esfuerzos desesperados.

—Así me explico la altivez de los hambrientos.

—¡Claro! Un pariente mío que allí habita famélico decretado "malgré" sus 117 kilos de peso, les decía las otras tardes a los del reparto: "Vean, no traigan más estas montañas de fariña, ni estas piltrafas de carne, ni estos "pescaus", que aquí los sacamos de la bahía con solo meter la mano en el agua...

—¿Qué traeremos entonces, don Epifanio?, le interrogó muy meloso un aspirante a tercer suplente de Consejero.

—Y... traite tabaco y caña.

—Pero... las mujeres... y los chicos?

—¡Bah! De esos no tenés porque preocuparte. ¿Acaso votan,

Martín Chico.

EL CAMPEON DE LA SEMANA

En todos los números publicaremos la poesía o romance peor que se nos envíe, pero no las mal confeccionadas a propósito, sinó los bodrios legítimos, pura uva, que algunos aspirantes a genios nos remiten, suponiendo, en su inocencia una obra maestra.

Ellas llevarán como premio un amplio freno y dos relucientes pares de herraduras. Hoy le toca el turno a la que lleva por título:

EL GRANDE Y LOS CHICOS

¡Un Inmenso río! Se halla en el Ecuador,
Que lo alimentan otros más chicos;
¡Pero aquel! orgulloso de su grandor
Siempre los tiene por el pico.
Y discutiendo su tamaño dice:
¡A nadie le temo competencia!
Por que se que no hay ese que me p se;
Con mis extremos lejos, todos me deben obediencia;

Y otros que admiran con más prudencia
Contestaron a lo pobre que aquel dijo:
No desconosémos que sois un colo...;
Pero por qué te encontrais en ese estado así?

¡Sabido! con la ayuda de nuestros pozos
Que producen agua para tí.
Y como aún estámos lejos de su origen
Presentarémos pregunta al terminar
Para que los jueces que se pongan fijen
Con justicia, lo que deben contestar.
Y así concluyen con el bravo pico:
Cual es el grande que no debe al chico?

Zebú.



Ecos del Canasto

T. R. B.

"Cuan dulce, cuan bello, divino, intangible,
me es cuando la tarde empieza a declinar,
cinturar mi cuerpo con tus trenzas de ébano
y oir de tus besos el ritmo sensual"

Intangible es "no tocado",
Y usted, especie de farsante,
Se cintura y besuquea...
¡Si podrá tocar bastante!

X. X.

"Nos demuestra ese orgullo la patria,
Que sus hijos conservan en ella,
Presentando esta tierra idólatra
¡Un clarín! poblado de estrellas".

Mientras traga este bodrio indecente
El voraz, insaciable canasto,
¿No habrá alguien que limpie, clemente,
Su cabeza poblada de pasto?

Flor del monte.

¿Versos en italiano?

Por lo menos tradúzcalos, hermano.

Los dramas de la vida corriente
UN MARIDO TIMIDO
Ó
UN DISCURSO IMPREVISTO

por
Cami

1er. Cuadro

ENTRE AMANTES
(La escena representa una "garçonniére".)

El señor Edmundo. (solo). — Hace veinte años que soy el amante de la esposa de mi mejor amigo. Casado yo también, amueblé esta "garçonnière", para reunirme con la esposa culpable. Pero héla aquí.

La esposa culpable. (entrando). — Buena nueva. Mi marido ha muerto.

El señor Edmundo. — El pobre hombre no nos fastidiaba mucho. Su confianza en nosotros era sin



límites. Jamás se dió cuenta de nada.

La esposa culpable. — Nunca. Tímido y sin voluntad, nunca hubiera osado sospechar de mí. En tu cualidad de antiguo amigo será necesario que pronuncies algunas sentidas palabras el día de su entierro.

El señor Edmundo. — Tienes razón, así lo haré.

2.º Cuadro

La venganza de un tímido.

(La escena representa el cementerio)

El señor Edmundo. (acabando su discurso). — ¡Adiós, querido amigo! ¡Duerme en paz! La muerte implacable te siega a los cincuenta y nueve años de edad. El cielo tiene un ángel más. ¡Adiós!

Coro de asistentes. — Edmundo ha hablado muy bien.. Pero ¿qué quiere decir esto? Ponen sobre la lápida un fonógrafo y una pantalla de cinematógrafo.

El notorio. — Es la última voluntad del difunto. Que nadie se vaya. El difunto va a pronunciar un discurso.

Coro de asistentes. — ¿Un discurso?

El notario. — Sí. Un discurso en un aparato fono-cinematográfico. Es un film parlante. (Hace una señal al operador y la imagen del difunto se proyecta en la pantalla, tal como era en vida. Está de levita negra, guante blanco y galera en la mano).

El difunto cinematografiado. — *(gesticulando)* (Voz del fonógrafo). Señoras, señores. Estáis sin duda sorprendidos de ver a un difunto tomar la palabra. No es común, lo sé. Pero me he aprovechado de los progresos de la ciencia para pronunciar un discurso sobre mi tumba y revelaros el secreto de mi vida. Fuí, toda mi vida, extraordinariamente tímido. Nunca osé elevar la voz ante mi mujer. Tenía miedo de las escenas. La muy miserable se aprovechó de esto para engañarme con mi mejor amigo: el señor Edmundo, aquí presente. Mi absurda timidez me impedía decir a mi mujer y a su amante lo que pensaba de su conducta. Disimulé mi dolor durante veinte años. Pero cuando sentí próximo mi fin, la idea vengadora del discurso póstumo germinó en mi cerebro. Gracias al aparato fono-cinematográfico, pude fácilmente poner en práctica mi idea. ¡Ah, yo fuí tímido toda mi vida? Y bien. ya se verá si después de mi muerte no le canto las verdades al señor Edmundo. ¡Ah, en mi vida no osé nunca elevar la voz! Eso va a cambiar ahora. Desde que he muerto, no tengo razón alguna para ser tímido, para temer las escenas y para privarme de gritaros: "¡Señor Edmundo, Vd. se ha portado conmigo como un puerco!!!!".

El señor Edmundo. (estupefacto). — *Pero... pero...*

El difunto cinematografiado. — ¡Cómo! ¿No habéis tenido vergüenza, señor Edmundo, de pronunciar un discurso sobre mi tumba, vos que me engañábais hace veinte años? ¡Ah Edmundo! ¿Os imaginábais que yo ignoraba vuestra estúpida traición? No, me acuerdo de los menores detalles por ejemplo: el día que mi mujer os conoció, fué el primero que os llevé a comer a casa, y después de cenar, cantáisteis una cancioncilla, cuyo estribillo era éste. (El fonógrafo canta).

Elle a un grain de beauté, Clara,
Mais oú ça? Mais oú ça?
Au même endroit que Margoton
Mais oú donc? Mais oú donc
A la mêm plac' que ma Zouzon.
Qui, mais oú?

El señor Edmundo. — ¡Esto es escandaloso! ¡Detengan la proyección! ¡Paren el fonógrafo! Si el difunto no se respeta a sí mismo, que respete al menos el lugar donde estamos.

El difunto cinematografiado. — Y ahora, os voy a dejar para siempre, querido señor Edmundo. Pero antes de partir, tengo que deciros ésto: Vuestra esposa, vuestra misma esposa, querido Don Juan, os engaña hace varios años con un sacristán; vuestra hija mayor hace las delicias de un cazador de Africa y la menor no rehusa nada a un repugnante vejete del 50. En cuanto a vuestra sirvienta...

El señor Edmundo se abalanza, destroza el fonógrafo y la pantalla y se desploma, fulminado).

TELON

La posesión de una propiedad, de un hogar fijo, y la unión de muchas familias bajo un jefe, son las condiciones necesarias e indispensables de la civilización.

La conformación homológica del hombre, su desarrollo embrionario y los rudimientos que conserva, prueban del modo más evidente que desciende de alguna forma inferior.

Origen del Jazz-Band

La modernísima orquesta descendiente del antiguo "charivari" nos viene de América del Norte y data del año 1915.

En aquel entonces lucía sus habilidades en el café "Schiller" un negro llamado Jasbo Brown que hacía un ruido espantoso con la serie de instrumentos que tocaba. Cuando aún no había bebido, es decir al principio de la velada el ruido era soportable, más cuando los "cocktails" habían excitado su inspiración, aquello era una algarabía infernal y que apesar de la terrible disonancia entusiasmaba a los parroquianos.

La concurrencia aumentaba gracias al original músico y solo se oía "otra vez Jasbo!" y luego por abreviación "otra vez Jazz" de ahí el nombre de Jazz-band que de Chicago pasó al mundo entero.

Un buen ejemplo

Dijo un día Juno a Iris, su fiel sirviente; "necesito tres mujeres perfectas para mi servicio "baja a la tierra y tráemelas".

Al mismo tiempo decía Plutón a Mercurio" mis furias envejecen. tráeme otras nuevas".

Partieron ambos emisarios llenos de buena voluntad y pasado unos días se presentó Iris desolada ante su ama que la recibió enfurecida: ¿Cómo es eso, dijo la diosa airada, vienes con las manos vacías, ¿se acabaron las mujeres buenas en la tierra"?

"Tres hallé, dechado de perfecciones"...

"¿Y por qué no las has traído?"

"Imposible: Mercurio acababa de llevárselas para Furias".

El origen de las tertulias

Algunos comentaristas e historiadores dicen que Tertuliano Quinto Septimio Florente, nació en Cartago el año 160 y fué acérrimo perseguidor de los cristianos. Habiéndose manifestado contrario a las toleran cias admitidas por el papa Ceferino, formó una secta llamada "tertulianista", cuyo nombre, abreviado, se aplicó después a toda reunión de gentes.



LA CULPABLE

A las siete de la mañana todos los invitados estaban abordo, y el patrón, luego de desatracar la barca con un remo, mandó cargar las velas. Poco a poco las lonas se hincharon y el torbellino de espuma que nacía en la proa, partiéndose a lo largo de ambas bandas en dos grecas crujientes, fué a formar detrás de la embarcación un camino.

Los muelles, los malecones, las montañas doradas por el sol, las boyas pintadas de rojo, iban quedándose detrás, y de súbito, al tomar la vuelta del Morro, el mar apareció vasto y tranquilo, turbado solamente de raro en raro por los triángulos diminutos de las velas, que parecían llamas.

—¿Se va a marear la señorita? — preguntó el patrón.

La señorita recogió las dos gasas flotantes de su sombrero y mostró orgullosa su rostro, sin responder. No, no se mareaba; ninguna de las gracias de su semblante habían perdido vida, sus grandes ojos negros estaban ávidos de reflejar todos los horizontes a la vez. Aquella era su primera salida después de casada y había que mostrar entereza. Asistía a la pesca por testarudez, para no separarse de su Emilio, y había opuesto a toda razón, para disuadirla, esa resistencia disfrazada de resignación, que es la mejor arma de las mujeres. Cuando ya los murmullos de la ciudad se extinguieron, y lejos de la costa, un gran silencio envolvió la barca, preguntó afectando sinceridad:

—¿Y es verdad que es tan peligrosa la pesca de agujas?

—Vaya, señorita... Cuando se levanta grande, así, y viene derecho para la barca, con su espolón, hay que tenderse enseguida y pensar en Dios, por si acaso. Al hermano de un compadre mío, en Nipe, le cayó una; partio en dos quedó... Pero es pesca que rinde, eso sí.

—Si no pica ninguna tendremos que pescar tiburones — dijo el patrón.

—¡Ay qué miedo!

Todos los hombres sonrieron. Y el marido de Luisa creyó necesario disculparse:

—Yo le dije que no debía venir; que esta era una excursión para hombres solos; pero ella...

Raúl Villa, el organizador de la pesca, concluyó:

—Luisa no ha querido separarse de usted; mi mujer, a los tres meses de casada, hacía lo mismo... — Y volviéndose hacia los otros: — Parece que vamos a tener terral: sopla aire caliente.

La barca era grande, y además del patrón y del marinero — un negro de risa feroz — iban cuatro: Raúl Villa, un oficial de marina, Emilio Granada y su mujer. El oficial maniobraba los toques, y el patrón la vela mayor; de tiempo en tiempo Raúl iba a ver si las cuerdas de los anzuelos se mantenían flojas, y el negro guisaba en el fondo de la barca la sopa de pescado que lo había hecho famoso en el puerto; sólo Luisa y Emilio permanecían inactivos, mirando al mar y la playa distante. El viento se había hecho más rápido; la barca marchaba muy inclinada, rozando casi el mar por estribor. Dos veces había hundido Luisa una mano por el gusto de sentir el agua chocar y romperse contra su carne; e iba a sumergirla otra vez, cuando dijo el patrón:

—No saque usted la mano, señorita, más vale.

—Le quieren meter miedo, Luisa.

—Ya sabe usté que to pué ser, don Raúl; más de dos y más de tres casos se han visto.

Alzándose del fondo de la barca el negro, dijo, extendiendo hacia la ciudad uno de sus brazos:

—No crea la niña que el patrón va mal. Allá en mares de España no hay pescaos tan bravos. Hace unos años tropezaron ahí a la entrá, dos barcos, y del que se hundió, que era de guerra, no quedó ni uno vivo... Los tiburones se dieron el gran banquete. El mar estaba colorao de sangre.

La idea del peligro había puesto en todas las facciones de Luisa el incentivo de la violencia, y los hombres no apartaban de ella los ojos separándolos rápidamente cuando Emilio miraba. Como preguntase al negro si era verdad que los tiburones para hacer presa tenían que retroceder y volverse, de modo que su mandíbula saliente quedara hacia abajo, el negro, después de hacer chasquear la lengua, respondió:

—Pamplinas, niña, el tiburón come aunque sea de lao.

A un gesto de Raúl el negro volvió a su cocina, y al poco rato un vaho oloroso halagó los estómagos. Aunque todos querían rehuir la conversación para no amedrentarla, Luisa insistía en sus preguntas, de tal modo, que en el patrón, en el oficial y en Raúl se despertaron los instintos de hombres de mar, y empezaron a emularse con historias y hazañas unidas por el odio común a los tiburones. Raúl confesaba que al verlos cerca lo transtornaba un furor casi ciego; uno a otro se arrebataban las anécdotas de la boca y Luisa los oía apasionadamente. Sentado en su rollo de cuerdas, Emilio rebuscaba en vano, con despecho, alguna aventura heróica que contar.

El oficial, que se había levantado a tantear los anzuelos, exclamó:

—¡Ya ha picado uno!. ¡Cómo tira!

Arriaron las velas y la barca quedó abandonada al tenue vaivén del mar. Sin apartarse de su hornillo el negro preguntó al patrón:

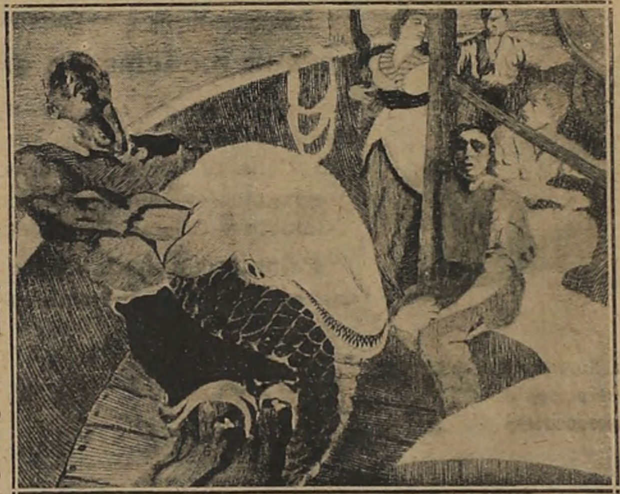
—¿Es aguja, maestro?

—¡Quia! Es uno de esos condenaos.. Echele cabo, teniente, pa cansarlo un poco.

Por turno, todos fueron a tocar la cuerda que estaba tensa y hacía marchar suavemente la barca. De pronto Raúl Villa, gritó:

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! Subid los otros anzuelos por si acaso.

A diez o doce metros por la proa el tiburón se vislumbraba ya sujeto al extremo del cable, y en torno de él, siluetas veloces que se iban acercando, precisando. La resistencia debía ser enorme porque el oficial y el patrón dedicados a rescatar la cuerda tuvieron que pedir ayuda. Ya el cautivo estaba sujeto a la borda, y el patrón inclinándose con un hacha en la diestra, le desarticuló las mandíbulas con sendos tajos; una de las fáuces se desgajó dejando ver siete hileras de dientes. Luisa temblaba, y seguía con el alma en la vista, la escena. Al terminar, el patrón volvióse a mirarla, como dedicándole lo que acababa de hacer; entonces Raúl cogió un hierro de verja y sujetándose de una de las cuerdas del palo mayor, para poder avanzar el cuerpo fuera de la borda, hundió la punta lanceolada varias veces en la cabeza del tiburón, que aún aleteaba con furia. De un vigoroso esfuerzo el oficial lo izó hasta la altura de la borda; todavía el cuerpo formidable se debatió un momento, y antes de que quedara inmóvil, uno de los tiburones más grandes, de una sola dentellada, le arrancó un pedazo cerca de la cola; los otros se lanzaron también; acotian desde lejos, certeramente; llegaban, las enormes cabezas se abrían, y al retirarse, un fragmento semicircular desaparecía del cuerpo del cautivo.



—Son los tigres del mar — dijo Emilio. — ¡Pobre del que cayera aquí!

Luisa se sujetaba convulsivamente a la cuerda, hasta hacerse daño en las manos. El negro que había cogido el hacha para despedazar al tiburón, prendió con el anzuelo un gran trozo de carne y lo echó en cubierta. De repente, como si aun después de separada del cuerpo persistiese en ella un instinto de exterminio, la masa de carne comenzó a agitarse, a saltar, a golpear furiosamente una y otra banda. Y hubo un momento de pánico. Los gritos de Luisa en vez de turbar más a los hombres, fueron como un clarín; todos se abalanzaron a proa, pero, al llegar, ya sobre la carne palpitante había caído el cuerpo sudoroso del negro, que volviéndose hacia Luisa le mostró antes de echarla al mar, la masa que se contorsionaba todavía bajo sus brazos hinchados por el esfuerzo. ¿Que pasó entonces? ¿Se dió ella cuenta de la sonrisa con que había premiado la hazaña? ¿Por qué la voz de Raúl se tornó turbia al ordenar al negro que se ocupara de la cocina únicamente? Raúl aseguró un nuevo anzuelo bien cebado fuera de la borda; el patrón cogió el hacha, el oficial cargó rápido su revólver y otra vez Raúl con un pie en la mura y sujeto con la izquierda en los cordajes, proyectó el cuerpo fuera de la barca para poder herir perpendicularmente con el hierro. Los tiburones acudieron en grupo; llegaban, se solivia-ban para alcanzar la presa y un tajo, una bala o la lanza acerada y airada los recibían. A cada ataque los hombres volvíanse a mirar a Luisa, y aunque ella decía: "No, no... basta ya", algo en su cara revelaba el orgullo de recibir aquel homenaje primitivo de peligro y de fuerza. Dos veces Emilio quiso tomar parte, pero lo rechazaron; el negro, empinándose junto a su fogón, se encogía de hombros y dejaba ver su sonrisa ancha y reluciente.... Era un frenesí, una cosa a la vez estúpida y trágica. Cada uno contaba en alta voz sus víctimas: "Uno", "Dos". "Van cuatro con éste"... Raul se quedó a la zaga y su brazo que comenzó a blandir el hierro en golpes numerosos, se recogió de súbito concentrando fuerza, para asestar solo golpes certeros; y al herir otra vez, el hierro se le fué de la mano para clavarse casi hasta el fin en la cabeza de un tiburon. Inmóvil en su sitio, sintiendo la rabia de la impotencia subirle a la garganta, vió que el tiburón en lugar de morir, volvía a la carga; el pedazo de hierro que le asomaba sobre la cabeza, se le antojaba a Raúl una ironía una burla. ¡Y no tenia otra arma! El oficial quiso rematarlo de un tiro; pero él, descompuesto, le gritó: "Ese es mío, que nadie lo toque" y cuando lo tuvo cerca, inclinándose más, alzó el pie para golpear el hierro y, clavándoselo del todo, rematarlo al fin... El tiburon, más rápido, esquivó el golpe, y el pie falto de resistencia entró en el agua.

Un alarido de muerte, rasgó la calma luminosa del día. Sin el socorro del patrón y del oficial, el cuerpo se habría desplomado; cuando ya entre todos, le tendieron sobre una de las bancadas, Raul estaba sin conocimiento; le faltaban el pie derecho y casi media pierna; se veía el hueso triturado; la sangre manaba a borbotones, esparjándose en la madera de cubierta. El negro propuso quemarle el muñón con una brasa, pero los demás no accedieron; los pañuelos con que trataban de estancar la sangre, se empapaban enseguida y fué preciso envolver la pierna en una lona, que fué poco a poco enrojeciendo, hasta ponerse negra. Estaban muy lejos de la costa y el aire había encalmado; el patrón y el oficial cogieron los remos, y muy lentamente la barca se fué acercando a tierra. El regreso duró más de una hora. De tiempo en tiempo, los remeros se volvían furtivamente para ver si el cuerpo exánime, a proa, alentaba aún. El negro no se había ofrecido a remar, y ya muy cerca del muelle Luisa observó con repugnancia que estaba comiendo sopa y que había hurtado una botella del cesto de las provisiones. Desembarcaron. En la Capitanía del Puerto, después de declarar, Luisa tomó un coche hacia su casa mientras los hombres, en la misma ambulancia pedida por teléfono, fueron al hospital, donde debían amputar la pierna a Raul.

Al llegar a su casa Luisa sintió apetito, pero indignada contra si misma por sentir aquella necesidad física, se acostó enseguida sin comer nada.

Hubiera querido dormir, olvidar; mas las horas pasaban huecas, largas, sin poder lograr sueño ni olvido un idea cruel se insinuaba en su mente y en vano procuraba desecharla... La luz fué menguando en las junturas de la ventana y llegó la noche. Luisa sentía al mismo tiempo ansiedad y temor de que Emilio volviera. Al fin oyó abrir la puerta y pasos en la alcoba contigua; era él; sin saber por qué,

(Continúa en la pág. 28)

Mañanita de San Juan

Lolilla suspiraba por un novio; flor de juventud, se agostaba en su tallo sin que hombre alguno hubiese murmurado en sus oidos la dulce serenata del amor.

Lolilla era fea; pero tenía bonito cuerpo y una charla adorable y una risa loca de pájaro. Sin embargo, nunca pudo vanagloriarse de haber gustado la miel de un cariño. Y a solas en el misterio de las noches, Lolilla lloraba y le pedía á Dios y a San Antonio bendito — abogado de las mocitas casaderas — un novio, fuese como fuese, viejo, cojo, tuerto, pero un novio; aunque sólo le durase dos días, aunque llegase hasta ella con el único propósito de pasar el rato. Lo importante para Lolilla era poder invocar el recuerdo de este hombre cuando sus compañeras, en los coloquios íntimos del taller, hiciesen el recuento de sus adoradores.

Pero ni Dios ni San Antonio bendito estaban dispuestos a complacer a Lolilla en sus justos deseos. ¡Y cuidado que la muchacha ponía para ello cuantos medios estaban a su alcance!

Lolilla era supersticiosa, como buena andaluza; y no había víspera de San Juan Bautista en la que, a las doce de la noche, ella no mojase su cabeza con agua del mar y en la que no pusiese sobre el alféizar de su florida reja los alcauciles simbólicos. Porque contaba la tradición que la mocita que, en aquella noche, mojase su cabeza con agua salada y que a la mañana siguiente viese florecidos los alcauciles, que la víspera dejara cerrados bajo la custodia de las estrellas, encontraría, por milagro del Bautista, el hombre que habría de llevarla al altar.

Pero Lolilla, desde sus quince años, venía practicando aquella prueba con solemnidad de rito, y frisaba en los veinte y el Señor San Juan no se había dignado concederle aún la merced deseada.

Cuanto se diga es poco de la inquietud del espíritu de Lolilla durante la noche de la prueba; desvelada, insomne, daba vueltas en la cama, presa el alma de mortal ansiedad; y con las primeras tintas de la aurora saltaba del lecho y hacia la ventana encaminábase para sufrir la cruel derrota de sus ilusiones, porque los alcauciles permanecían cerrados e impenetrables como el libro de lo porvenir.

Tenía Lolilla una hermana menor, Consuelo; una chiquilla como un amanecer de bonita; con los ojos más traviesos y pícaros que pudo Dios poner en criatura humana; con una boca, que era un joyel granate, y unas manos finas y suaves como las de una duquesa florentina. Consuelo era la honra de las mocitas del barrio; diez y seis años tenía y hacía dos que los mozos se disputaban a guitarrazos, el amor de la muchacha y convertían la calle donde moraba en un verdadero campo de Agramante durante las horas del silencio Y allá iban hasta la soledad del dormitorio de Consuelo, convertidos en coplas, los más halagadores ditirambos con que el ingenio y la musa populares festejaban los soberanos encantos de su hermosura; en tanto Lolilla consumíase triste y sola sin que una flor de madrigal perfumase la senda de su vida.

A pesar de todo no envidiaba Lola la suerte de su hermana; el cariño fraternal ponía una barrera infranqueable a la baja pasión, y Lolilla era la primera que se sentía orgullosa de aquel partido inmenso de que gozaba su hermana entre los hombres.

Una tarde...

Era en primavera; la estación del amor y de las flores. Lolilla cosía sentada en el alféizar de su reja; y en la calle las chiquillas cantaban en coro la triste historia del paje Gerineldo.

A la ventana hubo de acercarse un hombre; un mozo fornido y simpático, de grandes ojos negros y tez morena. El caso, por lo insólito,



paralizó en las venas la sangre de Lolilla.

Y el hombre le dijo:

—¡Quién fuera rico pa que se pasara usté el día en una meseora y no cosiendo trapos!

Lolilla tornóse en amapola, y de la misma emoción no supo contestar.

—Sería una lástima que una mujer con tanta simpatía fuese muda — continuó diciendo el mozo.

Dominando su turbación, Lolilla pudo hablar al fin.

—Y usté, ¿qué quiere?

—Charlar con usté un ratiyo, si no hay un novio que lo impida.

—¡Un novio! ¿Pero usté se cree que con esta cara se puén gastá esos lujos?

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene la cara? Dos ojos que son dos luceros y una boca que es una rosa de Mayo.

—Pa divertirse se va usted a un pím-pám-púm, hijo mío.

—Que me purguen con aseite e risino si lo que yo le he dicho a usté no lo he sentío de corazón, morena.

—Güeno, ¿y se pué abé a qué viene toa esa letanía?

—Pos viene pa demostrarle a usté que yo soy más formá que un escribano, y que en lo que yo digo firma er rey.

Siguieron hablando. El sol ponía su adiós de oro en los altos miradores, y la tarde perfumábase al morir como una sacerdotisa de un viejo culto sádico.

Por la calle pasó la *Pinturera*, una compañera de Lolilla, la cual, acercándose a la ventana interrumpió el coloquio para decir:

—Loliya, que sea enhorabuena, mujé. ¡Qué cayao te lo tenías!

Y siguió calle abajo, contoneando al andar sus rumbos macarenos.

Luego fué la hermana de Lolilla, Consuelo, quien llegóse a la ventana!, visiblemente sorprendida.

—Pero, Lola, ¿qué es ésto?

—Ya lo ves: un amigo.

El mozo, cuando vió a Consuelo, se inmutó. Y los ojos de ella le clavaron aleves el puñal de sus miradas.

Lolilla hizo la presentación.

—Manolo Torres; mi hermana Consuelo.

Cuando Manolo Torres estrechó entre sus manos, callosas y duras, la mano de Consuelo, sufrió un estremecimiento nervioso. Y su rostro cetrino se tornó pálido.

Después, cuando Consuelo se hubo marchado, Manolo se recobró la impresión y siguió su charla con Lolilla.

Las campanas tocaban la oración de la tarde al tiempo que Lolilla y Manuel se despedían.

La palabra amor no había brotado durante el largo coloquio, pero ¿qué importaba?

Lolilla estaba satisfecha. Un hombre desconocido había ofrendado a su juventud un manojo de rosas y le había brindado su amistad.

Y Lolilla pensaba que la amistad de un hombre bien pudiera ser mensajera de amor.

Y aquella noche, en la idealidad de su ensueño, estuvo Lolilla, hasta bien tarde, en la frescura del patio de su casa, contemplando cómo las estrellas guiñaban malicias a los luceros y dejándose arrullar por el dulce murmurio del surtidor de la fontana.

Siguió Manolo cultivando la amistad de Lolilla con todos los caracteres de un noviazgo. La esperaba a la puerta del obrador de costura y la acompañaba hasta su casa, y durante el trayecto hablaban de cosas indiferentes y frívolas, sin que por casualidad surgiese de las charlas el tema del amor.

Ella lo achacaba a cortedad del muchacho, porque no podía comprender cómo un hombre, sin estar enamorado, tenía para con ella tanta asiduidad y tanta constancia.

Las amigas de Lolilla, no enteradas del fondo de aquellas relaciones, juzgaban que eran novios y le daban bromas a la muchacha; bromas que ella acogía con visible agrado Sin embargo, llegó un momento en que Lolilla comenzó a preocuparse de la situación anodina en que se encontraba respecto a Manolo. Si la quería, ¿por qué no se declaraba? Y si no la quería por qué no faltaba ni una tarde a la puerta del obrador?

Y lo peor era que Lolilla se había enamorado, con todas las fuerzas de que es capaz una fea, de aquel hombre.

La noche de la víspera de San Juan, Manolo estuvo con Lolilla y sus amigas de verbena. Y mientras a la playa se encaminaban las mozas para efectuar la tradicional ablución, Manolo pareció decidirse a salir de su silencio, abordando resueltamente el espinoso asunto. Lolilla, a las primeras palabras de Manuel, esponjóse como una campanilla azul al beso de la aurora. ¡Al fin San Juan Bautista iba a realizar el milagro! ¡Al fin iban a florecer los alcauciles simbólicos!

En las calles levantábanse, retadoras de los cielos, las candeladas típicas. Y el ambiente era un triunfo de azahares.

—Loliya, si yo le dijese a usté que estoy enamorao y que me voy a morir si la mujé que quiero no me quiere, ¿usté qué diría?

—Que para cada enfermedá hay su medisina y que el mal del amor con amór se cura.

—Pero ¿y si la mujé en quien yo he puesto mis ojos no me quiere?

—¿Le ha dicho usté argo?

—De cariño na.

—Pos entonses...

—Es que no me atrevo a desírselo, porque la veo y se me corta el hálito y se me nublan los ojos y quiero hablarla y no pueo.

(Continúa en la pág. 28)

Teatros

Elementos de la Compañía Peña



1: Ramón Peña, director y actor cómico. — 2: Gloria Guzmán primera tiple cómica. — 3: Enrique Bent, barítono. 4: La señora Rov'ra. — 5: Carmen Gredilla. — 6: Rosita Ros en "Doña Francisquita". — 7: Una de las graciosas segundas tiples

Las últimas funciones de Ramón Peña

La compañía española que dirige Peña y que con tanta buena suerte ha venido actuando en el teatro de la Avenida, ha mantenido una temporada fructífera.

Con el estreno de "La Granjera de Arlés", drama lírico de Rafael Sepúlveda y José Manzano con música del maestro Ernesto Rosello, obtuvieron estos elementos un éxito que se agrega a los numerosos triunfos interpretativos conquistados ante nuestro público.

A pesar de que el criterio que ha primado para la selección del repertorio no es precisamente elogiable, los espectáculos de esta compañía resultaron siempre agradables por cuanto la labor de los artistas ha sido esmerada.

En "La Granjera de Arlés", la señora Rossy, la Otto, Beut y Peña se comportan plausiblemente, siendo de destacar las dotes que en su rol trágico revela D. Ramón Peña.

Cuando don Luis Metón dirige la orquesta, el atril debe sentir una enorme nostalgia por las caricias del maestro Rosello... y los músicos también.

La Otto en el papel de "Mariposa" en "La Granjera de Arlés", demuestra mucha gracia. Y es mucho mérito que la Otto con su cuerpo parezca una mariposa.



Franco - Valicelli

El éxito continuado de esta compañía se debe a la renovación del programa, y a la labor meritoria de los elementos que la integran y que tienen en las obras del género chico nacional, buenos pretextos para cultivar sus condiciones de actores.

Con "La llegada de la Prima", conquistaron otro triunfo interpretativo y con la reprise de "Jorobeta" de nuestro compatriota y colega, el señor Escuder, las principales figuras del elenco, ofrecen un exponente del carácter de su trabajo que habla muy bien de sus cualidades, pues ellos llegan a realzar hasta el valor del propio libreto.

Hubo noches en que Franco-Valicelli hicieron un programa exclusivamente uruguayo.

Esta disposición a dar cabida a las obras de nuestros autores, debía mover a éstos a trabajar. Con más razón aún, contando este elenco con una actriz como Evita.

La preferencia de las cazueleras por la Franco, es indudablemente, una de las "novelerías" más justificadas.



La Sta. Judith Acosta y Lara que con el nombre Judith Ana Betti, tuvo parte descollante en la película nacional "Almas de la Costa" interpretando el rol de Clarisse Stoll

Tatiana Pavlowa

La célebre actriz rusa que cultiva el drama italiano y que tan admirada ha sido en las principales capitales europeas, debutará el 18, en el teatro Solís, desde cuyo escenario ofrecerá una corta serie de funciones; pues sólo permanecerá entre nosotros once días, al cabo de los cuales se embarcará de retorno al viejo mundo.

La empresa del Solís ha establecido un abono por cinco únicas funciones, desde cuya apertura ha revelado la espectativa del público por conocer a la Pavlowa reputada como una de las más grandes figuras de la escena dramática contemporanea.

Además de "Romanzo" obra del autor norteamericano Scheldon, que se ha elegido para presentación de la compañía, figuran en dicho reportorio: "L'Avventura Terrestre" de Rosso di San Secondo; "Quello che prenda gli schiaffi", del autor de "Anfisa", Leonidas Andreieff; "Kasatka", de Conte A. Tolstoi; "Chirurgia", de Ceccoff; "Zazá", de Simón y Bertón; "La Signora dalle Camelie", de Dumas; "Amore e Raggiro", de Schiller; "La Signorina Giulia", de Strindberg; "L'Ufficiale della Guardia" de Molnar; "Sogno D'Amore", de Korotosoff, etc.

El repertorio no puede ser, pués, más interesante.

Si el resto del elenco responde a la primera figura, contrariamente a lo que viene ocurriendo con los "satélites de los grandes astros", tendremos una temporada memorable.



Dos escritores uruguayos juzgados en el extranjero

Es grato constatar cómo los intelectuales compatriotas interesan al mundo con sus producciones. — Emilio Frugoni el gran lírico, cuyo espíritu siempre joven no ha podido permanecer indiferente a las nuevas corrientes del Arte es elogiado a través de "Poemas Montevideanos" por Rogelio González R., director de la revista "Cultura" de Cuba. — He aquí el artículo que tomamos de dicha publicación:

El libro de un poeta

De Emilio Frugoni, el gran poeta uruguayo, a quien Vargas Vila — en recientes declaraciones hechas a un periodista de La Habaña — incluyó entre los tres únicos grandes poetas de América, tenemos hace ya tiempo un libro, que nos remitió con halagadora dedicatoria.

Hablar de un escritor, cuando su personalidad no ha tocado aún los dinteles de la gloria, es empresa fácil y hasta entretenida; analizar la obra de un artista al que se disputa entre los más grandes de su raza y de su época, o siquiera dar en esbozo rápido nuestras impresiones de lector, es empeño arriesgadísimo, por la importancia que toman entonces nuestros juicios y por la responsabilidad que contraemos con el propio autor, con nosotros mismos y con el público.

Seguramente, sería muchísimo mejor para nosotros no haber leído antes crítica alguna sobre la obra de Emilio Frugoni; tendríamos libertad de acción o de palabra ahora, y antes de emitir nuestros juicios, cualesquiera que fueran la orientación y trascendencia de nuestras opiniones, para nada influiría en ellas lo que ya otros pensaron y dijeron acerca del poeta.

Los "Poemas Montevideanos" (que tal es el título del libro de Emilio Frugoni, a que estamos refiriéndonos) por sí solos,—aún prescindiendo de la sobresaliente personalidad que sabemos ha conquistado el literato prócer del Uruguay — dan la medida exacta de un poeta, de un gran poeta, de originalidad pasmosa en el decir y de profundidad nada común en el pensar. Con el lenguaje corriente, sin apelar a frases rebuscadas, empleando sólo algún que otro americanismo de pura ley, que da a su obra delicioso sabor autóctono, teje Frugoni admirables y oportunísimas frases poéticas, con las que logra, siempre, dar a sus ideas expresión gráfica, vividez pictórica.

Emilio Frugoni se nos antoja, sobre todo, el verdadero maestro de símil; nunca habíamos visto comparaciones tan extrañas, ni tan exactas, como las suyas. El lector que recorre las páginas de "Poemas Montevideanos", en rebusca acuciosa de bellezas de esta índole, queda de tal modo compensado, que el portalira uruguayo adquiere a sus ojos los precisos contornos de un semidiós del verso, del verso raro y bellísimo, sin dejar de ser por ello sencillamente elocuente.

Veamos, ante todo, cómo describe Frugoni, sólo en tres líneas rimadas, en su aspecto extremo y en su vida psíquica, a la capital que canta, a Montevideo:

La ciudad en que vivo es una gran aldea
con sus casitas chatas de techo de azotea
y un espíritu chato como su arquitectura.

¿No nos parece referirse a nuestra propia ciudad en este último verso? La incomprensión y la frivolidad ambientes, ¿no son idénticas en todas estas aldeas, con ínfulas de ciudad?...

Presentemos una muestra de estos símiles originales de Frugoni, a que nos hemos referido. El poeta, explora su ciudad, descubre a cada paso en ella nuevos tesoros, "a la luz — eso sí — de su rayo interior" Ante una casa derruída, exclama:

Hay allí una casa que el pico derriba.
La han desmantelado y le han dejado afuera
los huesos internos de su calavera,
a la que han quitado la parte de arriba.

Andan los albañiles en torno de ella y son,
como grandes insectos blancos que deslizan
Sobre el frío esqueleto mientras lo pulverizan
con sus férreas antenas, zumbando una canción.

———

Después, observando, — siempre en su recorrido por la ciudad montevideana una casa en construcción, poetiza:

Luego a una construcción casi concluída arribo.
No tienen los ladrillos revoque todavía,



El escritor uruguayo Jules Supervielle, autor de "El Hombre de la Pampa"

Y es como un cuerpo humano de Atlas de Anatomía
Que sin su pellejo exhibe su carne al rojo vivo.

Pasman al lector que analiza pacientes las bellezas de esta índole que abundan en los vívidos y originalísimos "Poemas Montevideanos"; y es fuerza reconocer que se tiene ante sí la obra de un gran poeta; de un pensador hondo y de un artista de superior visión, que sabe decir, no obstante, con difícil sencillez genial, cosas trascendentales.

Junto a los más grandes hombres de América, a quienes nuestra devoción ha erigido santuarios íntimos en el alma; y a los que rendimos culto no solamente en el sentimiento, sino con los más elevados atributos del hombre que piensa, tendrá, para siempre, Frugoni, muy alto pedestal. Que bien lo merece quien, como él, puede ser incluído, justamente, entre los verdaderos *creadores de un continente!...*

Rogelio González R.

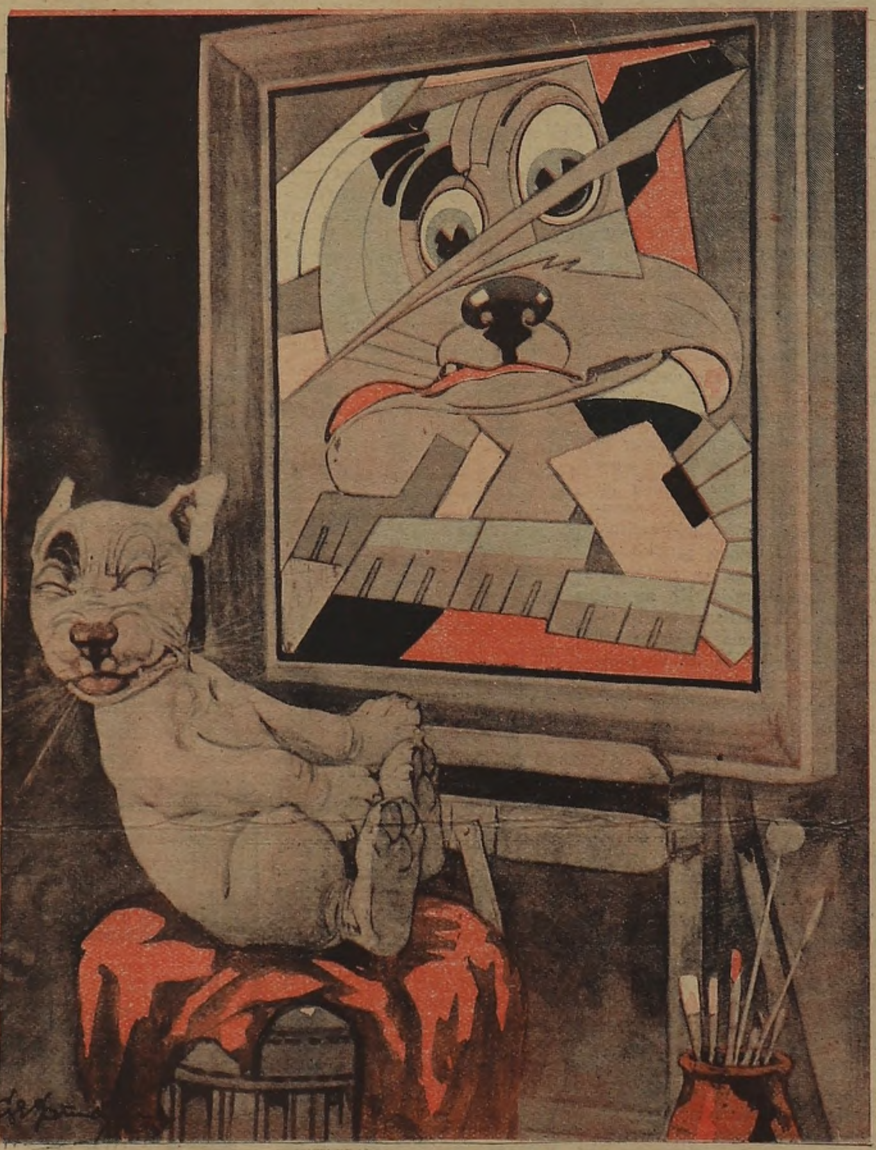
De "Revista de las Revistas" que se edita en Méjico, extraemos el artículo que se leerá a continuación y que trata de la personalidad de Julio Supervielle, — uruguayo radicado en París — y de su obra "El Hombre de la Pampa" la que tanto ha dado que hablar a la crítica europea.

Su arte es genialmente exótico, por estética y por sentimiento. Supervillle nació en Montevideo, como Jules Laforgue, como Isidore Ducase, Conde de Lautréamont. El secreto de su exotismo: porque en él creemos encontrar todas las cualidades de la espiritualidad francesa. Es una de las inteligencias y de las sensibilidades más puras de las nuevas generaciones literarias de París. Paúl Fort nos recuerda que es originario de "Béarn (en los Pirineos) que, después de habernos dado, antiguamente, a nuestros más alegres y tristes trovadores, nos dió al amable Rey Enrique IV, y fue la cuna de un gran soñador, Francis Jammes". Y más adelante: "Su lira es una lira de Francia y no un instrumento raro, estridente y lejano. Es francesa más allá de los océanos, como la de Joaquín de Bellay en las orillas del Tiber!" Su lirismo irónico es triste como en las meditaciones de Montaigne, pero Supervielle sintió un mundo de hombres y no de libros. Y una sensibilidad refinada, íntima, nos dice de todas las congojas de sus devociones verlenianas. Cómo son sugerentes sus versos y cómo tienen entonces el encanto de los matices y de las melancolías entrevistas. Por eso su exotismo es esencialmente sentimental y estético. En él no se van a repetir las cadencias de los sentimientos románticos, ni de las nostalgias de paisajes irreales. Es demasiado moderno para ello. Su visión es cruda, a ratos irreverente. Cuán lejos se agitan nuestros nervios en estas páginas flexibles, de como lloraron nuestros ojos de adolescentes en los capítulos de Chateaubriand o de Pierre Loti. Su sensibilidad es obra de talento: la paradoja, la crudeza son más suyas que las sinuosidades del espíritu de melancolía. En este aspecto toca la gran tradición francesa. Y aún su forma busca el perfil del clacicismo. Sin embargo, en sus devociones líricas se nota el trabajo simbolista, a ratos admirable en el excesivo amor a la forma pura y sugerente. Pero en su primer libro de prosa es otro el sentimiento que se depura, en la vena de la ironía, de la fantasía desbordante, casi tropical. Es por ello que se quisiera proclamar a Supervielle entre los grandes espíritus de nuestra América. Nunca se había manifestado más americano como ahora lo hace en su novela. ¿Será el arte americano del futuro como lo entrevee Jules Supervielle? Una fuerte crudeza, un sentido de la naturaleza casi construída sobre bases determinadas, una nueva visión de los hombres en lo que tienen de ridículo, de serio, de real, de eterno... Volvemos de nuevo al sentimiento del *humour* de los ingleses, como en aquellas historias del crítico de los *Snobs*, o del cuentista de los viajes de Guilibert. Historias hechas para hombres crecidos en el dolor y no para niños. En nuestra infancia, en la dulce fiebre del descuido de las horas y del mundo nos enternecieron las historias de Dickens: más tarde nos hicieron llorar, con un suave temblor de tristeza en el cual se adivinaba el secreto de la alegría infantil. Ahora he leído y releído esta farsa del *hombre de la pampa* y no he sabido si ponerme intencionalmente triste o si sonreir con el desconsuelo de sentirme previsto por el autor. Eso sí, supe detener mis intenciones en aquel capítulo en donde la linda sirena morena rompe la monotonía del mar. Yo quise contar también la historia de mis aventuras marinas, en un ambiente de posibilidades y de ensueños: cuando desperté, la sirena se burlaba, ya lejos del barco.

Faltaba a la literatura francesa de nuestros días un espíritu de esta fuerza de fantasía: sólo que su ironía nos deja una sensación de crueldad atormentada por el mundo y

Continúa en la pág. 21

Las tribulaciones y percances de un "Pichicho" andariego



Frente al cuadro del pintor "modernista" que ha pretendido "cubisticamente" retratar a sus hermanos de raza, "Pichicho" ríe con la más franca de sus risas sobre la ocurrencia del artista que ha pretendido innovar alterando fundamentalmente la silueta de sus congéneres.

Blanca la molinera

Un día..., un día las campanas de San Telmo, la ermita blanca del valle, no sonaron.

No fué que no tocaran, no; porqué los aldeanos del valle no dijeron: "¿Qué pasará hoy por la ermita que no tocan? ¡A buen seguro que el borrachín del campanero se ha dormido o se entretiene pegando a la mujer!"

Ni por broma dijeron eso; lo que dijeron fué: "¡Qué raro! ¡Parece que las campanas de San Telmo no suenan!"

Y en estas vieron el vejete de la ermita que llegaba a todo correr haciendo con los brazos aspavientos.

—¡No suenan! ¡Que no suenan! — decía el pobre hombre mientras le temblaban las choquezuelas en los zuecos; y juraba no haber catado el mosto desde el sábado al viernes.

Era cosa de brujería nada más: el badajo tocaba al bronce y, sin saber por qué, un zumbar mudo, en vez del bronco son que hacía descubrirse a los aldeanos, un zumbar sordo y grave pasaba aleteando, como sombra de pájaro invisible. Se le advertía sólo en un temblor opaco y silencioso, como debe sentir el son de la campana un sordo ciego.

Fueron cosas de espíritus, según luego se supo. Porque a la misma hora Blanca, la Molinera; Blanca, la blanca y linda moza del molino, la azucena garrida que alegraba a los viejos molineros de la Vírgen del Valle, había caído en sueño y nadie podía despertarla.

Nadie, en un mes, osó acercarse de noche por los alrededores del molino; hasta los mozos rodeaban con sus caballerías cuando al volver por los senderos del Hondonar, camino de San Telmo, divisaban la luz de la ventanna donde Blanca dormía. Luego ya se arriesgaron algunos, más audaces, o, tal vez, más curiosos, a llevar las sacas de trigo hasta el molino. Sólo cuando entraban en las habitaciones donde Blanca dormía, miraban, un poco absortos, y bajaban la voz al comentar el caso.

La costumbre quitó medrosidades y llegó a ser el caso un atractivo que acabó por explotar el mismo pueblo.

Los que antes se apartaban, medrosos, con supersticioso respeto, concluyeron por ir de ronda hasta el molino, hasta la ventana misma de Blanca, no fuera caso de que el son de bandurrias o la voz de algún mozo tocara el corazón de la molinera dormida despertándola al fin.

Coplas la hicieron.

Aquella que decía:

Molinito que mueles,
su sueño vela;
Blanca, la del molino
duerme y no sueña.

por ella se inventó y la escuchó el valle muchos años en las noches de luna llena.

Entraban en la alcoba ya, sin temor, por verla sobre el lecho, con la colcha de rameado azul, con dechados de lienzo trigueño, y prieto bordado café obscuro; con sus trenzas sobre los hombros; tranquila, como si nada la ocurriera; la color de las mejillas fresca y suave; la respiración acompasada, pero dulce y normal, como si fuera marcando el tiempo que pasaba por aquella juventud del alma en sueños.

Llegó a haber romería.

Todos los años, por el aniversario del suceso, iba el pueblo hasta el molino para dejar sobre la cama de la moza ramos de tomillo atados con lazos de colores.

Según fué perdiéndose la medrosidad, fueron germinando leyendas.

Blanca, era una princesa — decían — dejada en cuido a los dos molineros por un hombre que llegó, justo hacía veinte años, dejando en custodia la criatura para librarla, no se sabía de fijo de qué: De las envidias de nobles, conjurados, o de celos — quizás — del mismo rey, en sospecha de bastardía.

Ya decían muchos, ahora, que algo debía de haber en la moza, puesto que a todos sonreía, sin que ninguno consiguiera una cita en la ventana; que algún rango debía haber en ella, pues respiraba señorío a pesar de su sencillez; que algún misterio había en su destino, porque ella, tan requebrada y perseguida, parecía como ausente — dormida ya, quizás, desde su nacimiento, — y como en espera de algo que no llegaba nunca y se ignoraba si habría de llegar alguna vez.

Y, en efecto, algo debía haber en ella, porque un día, un forastero que llegó, caminando por aquellos lugares, sin aparente prisa, contemplándolo todo con ensimismamiento encalmado y tranquilo, pacífico, logró quedar a solas, en contemplación, con la dormida. No se sabe si el oro, si la confianza que en todos ponía el aspecto, sin tacha, del garzón, si alguna de las no pocas magias que anduvieron metidas en la historia, consiguieron que ante ella se encontrara el galán, y, luego de contemplarla un trecho, pensado o pronunciado, le dijera ferviente:

—"Santa Modonna mía;... Blanca... Blanca María; tú, la del alma quieta y perdida en el sueño entre los hombres, buscándote venía sin saberlo... desque nací.

"Todo nace para hallar su armonía; todo anhelo del alma es ansia viva de hallar el ser su fin. Todo lleva su ley; y no hay estrella que no sienta atracción de la ley infinita.

"Yo escuché el mandato de mi ser; y cuando pidió amor, corrí el mundo en busca de mujer a quien poder besar sin mentira.

"Algunas me dijeron: "Tengo hambre y sed; dame pan, y me besas".

"Hube de darlas pan sin besarlas.

"Otras me dijeron: "¡No, no, que ya besaste a otras; quiero para mí el beso!"

"Y no besé, porque se me murió en el alma, frío.

"Pídemelo — dijeron otras. — Di palabras que arrullen y desmayen de amor. Di versos de la noche y de las flores, y del ansia infinita que el viento trae.

"Trastórname con músicas de arrullo y, si es que no me quieres tanto, ¡miénteme! Luego me olvidarás, pero ahora dime que tu amor es eterno y llora por mis ojos y jura que es tan grande tu amor que, si te dejo, pensando en mí, de pena, con mi nombre en los labios, morirás...

"Y yo, Blanca María, vengo a ti con el ansia de besar sin mentira.

"Yo no sé si te quiero o no te quiero, pero se que a tí vengo con asia de besarte... ¡Besos sin prometer!... Un beso puro, un beso...



¡sólo beso!... Como besé a los niños cuando tuve deseo de besarlos, como besé aquel plumón blanco, cálido y esponjoso de la paloma aquella que tuve entre mis manos; como beso las rosas, hundiendo el rostro en ellas, cuando quiero gozar la fresca y pura, la inocente caricia perfumada de su pulpa carnal, perlada de agua.

"¡Besar!... ¡Besar no más! porque es ello hermosura; porque Dios puso en mi alma este afán, y una fe clara, una videncia clara de que el beso que es beso, puro beso, no profana jamás...

"Y a tí, que no me escuchas; a ti, que no me oirías si mentira dijese; a tí, sin explicar, sin peticiones, sin súplicas, ni cánticos;... a ti..."

Se acercó al lecho, silencioso; le cogió la cabeza entre las manos, contempló su hermosura y besó:... la frente y las mejillas, los ojos y la boca... Besó...

Con trémulo respeto, primero; con ansia, luego, para saciar la sed; jadeante y tranquilo, después; esparciendo los besos con ternura; respirando satisfacción, al fin, como en cansancio y gracias... Y besando, después, sin prisa alguna, besos lentos y largos.

Así quedó, mirándola,... mirándola;... inclinándose luego, fervoroso, para dejar de nuevo un beso tenue, lleno de devoción...

Blanca María, poco a poco, fué abriendo los ojos... Sin moverse, sin hablar, sin sobresalto ni extrañeza, miró a aquel hombre joven, de mirar puro y limpio, que besaba como quien reza... Tuvo la molinera una sonrisa... Volvió a cerrar los ojos, blandamente, diciendo: "Tú, sí, bésame más..." Y sonriendo,... sonriendo,... murió.

Mientras, las campanas de San Telmo del Valle repicaban a gloria.

Manuel Abril.

LOS INGENUOS

HAY muchas personas que alardean de proceder con sinceridad y llaneza, de ser ingenuas y leales en su trato cuando, en realidad, no son otra cosa que individuos faltos de educación y pobres de entendimiento: vulgo, brutos.

Constantemente les oímos repetir frases por el estilo: "¡A franqueza nadie me gana!" "¡Yo no me muerdo la lengua!" "¡Me pinto solo para decir verdades!", y otra serie de palabras, con las cuales quieren dar a conocer su idiosincrasia, su especial cualidad de exteriorizar los pensamientos sin el más tenue velo de hipocresía.

A la palabra acompaña en estos individuos una acción correspondiente.

"¡Saluda, hombre!", dicen a un amigo que ha tenido la desgracia de pasar junto a uno de éstos sin haberle visto; y al mismo tiempo que le avisan de viva voz suelen arrimarle un bastonazo en una pierna o en un hombro, elevándole a la categoría de purpurado. Otros dan prueba de su presencia, franqueza o cariño, apabullando el sombrero del amigo y metiéndosele hasta el cuello, o bien tapando los ojos de su *víctima* fuertemente con las manos, y dejándole en una situación incómoda y desairada hasta tanto que se averigua el nombre y señas de la *fiera*.

Si temibles son por la acción, por la palabra resultan funestos.

Cuando un *ingenuo* conversa con otro de igual manera de ser, a las primeras sinceridades suelen, romperse la crisma; por el contrario, si el amigo *sincero* coge por su cuenta a una persona prudente y educada le hace víctima al momento de su franqueza.

—Desengáñese, señor Piltrafas, la paga que usted disfruta no le sirve ni para coger un constipado.

—¡ !

—Créame, le hablo con el corazón. ¡Cobro veinte duros más que usted, tengo sólo un hijo, y los últimos días del mes el estómago nos llama parricidas!

— ...

—Seamos francos, señor Piltrafas; hombre soy que llama al pan, pan; al vino, vino. Me causa usted verdadera lástima. ¿Por qué han de llevar sus niñas sombrero, no pudiendo?

—¡ !

—Además, ¿no conoce usted el refrán que dice: "Aunque la mona se vista de seda..."

—¡ ! ¡ !

—Ellas no tendrán un céntimo; pero feas la verdad, señor Piltrafas, lo son a contento.

—¡ ! ¡ !

—Mi pequeño, que tiene gracia por arrobas, suele llamar a sus niñas panecillos largos.

Entre estos ingenuos los hay especialistas.

Dedícanse muchos con preferencia a *soltar* verdades a los enfermos.

—¿Qué es eso, don Trinitario?

—Nada, un catarrito que, gracias a Dios, va desapareciendo.

—¿Catarrito? Sí, sí; la *vejera*, don Trinitario, la *vejera*.

—Es posibble.

—Y tanto. Mire usted, aunque ofenda, soy capaz de decir una verdad a mi padre que se levantara de la tumba. El otro día vi a usted en el entierro del pobre Cartulina, y dije a un amigo mío: "Bien pronto vamos a llevar al mismo sitio a don Trinitario."

—¡Caramba!

—¿Se ofende usted?

—No, pero...

—Yo soy así; no me quedo con nada dentro del cuerpo, don Trinitario; la franqueza ante todo. En seis meses se ha quedado usted como una momia; arrastra los pies al andar, se tambalea; en fin, que me equivoque, pero creo que me va usted a hacer gastar pronto unas pesetillas en coche. Cuídese uted, cuídese usted, don Trinitario.

Otros no dejan pasar nada que se refiera a la indumentaria de sus amigos.

—¡Caracoles! ¡Vaya un chaleco, Ciriaco!

—¿Te gusta?

—Tenía que volver a nacer para llevar semejante adefesio. ¿Cuánto te ha costado; con hechura y todo, dos pesetas?

—¡No tanto, hombre!

—Pues no habrá sido mucho más, aunque tú eso del precio te importa poco, ¿verdad?

—No sé por qué.

—Ciriaco, ya me conoces; si te ofendes, como si te alegras. Yo le digo la verdad al gran turco. Tú no pagas a nadie, esto lo saben hasta en Marruecos; y si no, dime: ¿qué sueldo o renta tienes?

Hay también muchos que *atacan* directamente al físico; y las primeras palabras que se cruzan con alguno, le sacan a relucir cuantos defecto tenga.

—¡Vaya usted con Dios, don Indalecio!



—¡Adiós, Fanegas! Voy muy de prisa a la oficina; me espera el jefe.

—Pues como abra usted el compás, ya está allí. Menudas piernas gasta usted; se parecen a los palos del teléfono. La verdad, don Indalecio, usted ya me conoce de sobra, soy incapaz de mentir. Cada vez que le contemplo me admiro de que haya habido mujer capaz de unirse a usted. Yo seré feo y raro; pero me gana uted, don Indalencio. ¡Qué pesuñas! Podía usted presentarlas a la marina de guerra para el transporte de materiales a Ceuta. Sus ojos son dos huevos pasados por agua; la cabeza, un bote de pimientos riojanos; en fin, que es usted un bicho, don Indalecio.

Lo cierto es que estos ingenuos abundan y mortifican. Todos conocemos algún ejemplar, y su duro meollo les dicta constantemente esa serie de brutalidades, sin darse cuenta de que se les huye como a mulo coceador, tolerándoles tamañas groserías por la unanimidad del concepto que tenemos formado acerca de su persona cuantos les conocemos.

Todos están marcados física y moralmente como brutos que pertenecen a la misma ganadería. Suelen ser de buena estatura, de burda presencia, gruesos. El color no hace al caso, más por lo regular son morenos. Como complemento de su indumentaria llevan pesado garrote, con puño de asta de ciervo, y con él suelen a modo de pisón golpear fuertemente el suelo, árboles, fachadas de los edificios y, en general, cuanto está al alcance de su *ariete*. Sus aficiones suelen ser la caza y los toros; detestan la música y todas las bellas artes; sus platos favoritos: el arroz con pollo y los gallos y caracoles. Sin estar afiliados a ningún partido, piensan siempre mal de las clases pudientes y elevadas, siendo receptáculos donde se almacenan las más extravagantes y absurdas calumnias. Dotados de excesivo amor propio, carecen de la más elemental cultura, y hablan de todo: de lo divino y de lo humano, insultando desde el primer momento que notan la menor muestra de desconformidad en el que ha tenido la prudencia de escucharles. ¿No conocéis a ninguno?

Hay ingenuos que sablean, pero sin salirse jamás del molde, sin dejar ni un instante de ser *sinceros*.

—Don Epifanio, estoy sin un céntimo, y pensando en quién me podría prestar cinco duros me acordé de usted. Yo bien sé que es usted hombre de puño en rostro; pero ¡caracoles, tiene usted bien cubierto el riñón y carece de hijos, por lo menos que yo sepa; ¡ja!, ¡ja!

—¡ !

—Usted me perdonará esta franqueza; pobre soy, pero digo lo que siento aunque después me ahorquen. El adelantarme usted cinco duros es lo mismo que si yo diera esta colilla al trapero; sobre todo, don Epifanio, la verdad es siempre la verdad, y jamás salió de mi boca otra cosa. Usted, en uno de esos chanchullos de ladrillos o cal, gana más dinero que tiene el Banco...

. . . .

Claro es que a estos ingenuos se les suele contestar algo parecido a lo que un amigo mío dijo hace pocos días a uno que le pedía unas pesetas, al mismo tiempo que le zahería abusando de su llaneza y poca doblez.

—A franqueza, franqueza. La sinceridad obliga. No le presto a usted esos cinco duros porque no me da la gana.

R. Velasco Pajares.

LOS PAJAROS

¿Por qué odia el hombre al pájaro.

¿Por qué satisface la vanidad de las mujeres matándolos a millares para adornar sombreros?

¿Por qué se los come?

Muy pronto, en los bosques ya no romperá el silencio ningún gorgeo cristalino; muy pronto no sonará en la altura ese crujir de seda de las bandadas de tordos negros, de gorriones castaños y de golondrinas azuladas.

El hombre habrá logrado volver a la naturaleza tan estúpida como sus ciudades, tan árida y fría como su pensamiento, tan hosca como su dinero y su avaricia.

En esta civilización en que nos interesamos por tantas cosas frívolas, anodinas, ¡qué pocos son los que se interesan por los pájaros!

Los cazadores aristocráticos los abaten sin misericordia durante el otoño, y los proveedores de la ciudad aprisionan en sus redes a centenares de aves hermosas; junto al pardillo cae el tordo, junto al gorrión la lírica alondra. Todo va a parar en racimos dolientes a la mesa de mármol del mercado, donde se muestran las pobres cabecitas desconsoladas, en donde antes brillaban avizores ojos luminosos, que sabían desde la rama atalayarlo todo.

Amado Nervo.

LA MEJOR HERENCIA

Un mercader tenía dos hijos; el mayor era el preferido del padre, que de él quería hacer su único heredero.

La madre, que deploraba la injusticia de que su hijo menor era víctima, rogó a su marido que no hiciera saber nada a los niños. Proponíase nivelar la suerte de sus dos hijos. El mercader consintió y no les dijo una palabra.

Cierto día en que la madre lloraba sentada junto a una ventana, un peregrino que por allí pasaba le preguntó la causa de sus lágrimas.

—¿Cómo no he de llorar? — dijo ella. — Mis dos hijos me son igualmente queridos, pero su padre trata de desheredar al más pequeño en provecho del mayor. He rogado a mi marido que nada diga a los niños, esperando hallar un medio para indemnizar al menor; desgraciadamente, nada poseo, y no sé cómo arreglármelas.

—Eso no es difícil, — dijo el peregrino. — Ve a declarar a tus hijos que el mayor ha de heredarlo todo en perjuicio del menor; éste no tendrá nada, pero tan rico será como el otro.

Cuando el hijo menor supo que nada podía esperar, partió para el extranjero, donde aprendió ciencias y oficios varios, mientras que el mayor, al lado de su padre, descuidó su educación al sentirse rico.

Cuando murió el padre, su hijo mayor, que nada sabía hacer, disipó toda su fortuna, mientras que el menor se enriquecía en el extranjero. — *León Tolstoi.*

ARRANCA ESTA FLORECILLA

Arranca esta florecilla y llévatela sin tardanza. Temo que se marchite, y se deshoje, y caiga, y se confunda con el polvo.

Podrá no encontrar ella un sitio en tu guirnalda; pero hónrala con una caricia de dolor de tu mano y arráncala, ¡oh! ¡arráncala!

Temo que el día pase sin notarlo y la hora de la plegaria se concluya.

Aunque su matiz no es profundo y su fragancia sea escasa, usa esta flor, mi Dueño, en tu servicio, y arráncala mientras es tiempo.

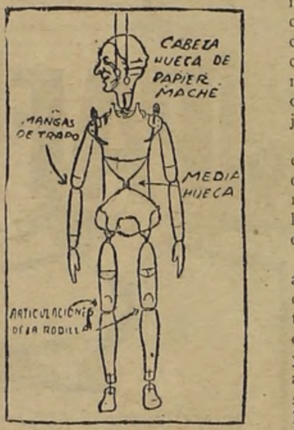
Rabindranath Tagore.

En todos los países donde existen ejércitos permanentes, el servicio militar se apodera de los jóvenes más robustos, que se exponen a morir en caso de guerra, que se dejan arrastrar por el vicio, y que no pueden casarse a tiempo. Los hombres pequeños, débiles, permanecen, al contrario, en sus casas, y tienen, por consecuencia, mucha más probabilidad de casarse y de dejar hijos.



Como se hacen y se manejan los títeres

Los títeres de confección casera deben ser de 18 centímetros de alto y de trapo. Son baratos, flexibles y fácilmente se les convierte en títeres. O las figuras o maniquís articulados que usan los pintores y que pueden comprarse en las casas que venden útiles de dibujo y pintura, servirán lo mismo que cualquier clase de muñeco al que se le hayan aflojado las cuerdas de modo que tenga las articulaciones muy sueltas.



Lo primero que hay que hacer para convertir cualquier muñeco en títere es aflojarle las articulaciones, de modo que las rodillas, los codos y el cuello se muevan fácilmente. Un títere flexible que responda al toque de los piolines es buen títere: el títere duro, por bonito que sea en otro sentido, siempre es malo.

Para aflojar las articulaciones de un muñeco de trapo, sáquese el relleno de los brazos, las piernas y el cuelllo, en el sitio donde esté la articulación, y sujétense con una aguja de hilo en tal forma que se muevan como si colgaran de un sólo hilo. También se puede cortar el cuerpo de los muñecos en dos partes a la altura de la cintura e insertar un trozo de media que forme una cintura hueca. Esto da a los muñecos mayor facilidad para caminar y les permite doblarse mejor.

Se fijarán piolines en cada brazo por la muñeca, en cada pierna por la rodilla y dos piolines se fijarán en la cabeza, uno en cada oreja. En vez de cuerdas para la cabeza, es bueno poner un trozo de alambre fino y duro que atraviese la cabeza. Una ligera vuelta del alambre en manos del operador hará que la cabeza se mueva con naturalidad.

Los títeres de los profesionales tienen muchas cuerdas; pero resultan de muy difícil manipulación para principiantes, a los que les conviene comenzar en la forma ya explicada. Cuando adquiera habilidad en el movimiento de los muñecos, ideará nuevas cuerdas y se sorprenderá al descubrir la gran variedad de cosas que pueden hacer los muñequitos.

Las cuerdas serán de fuerte hilo negro, pues este color es el menos visible.

Los pies de los muñecos que representen hombres se abrirán y se les añadirá algo pesado para dar peso a las figuras. Esto facilitará la tarea de hacerlos caminar. Las figuras femeninas que tengan polleras largas no necesitan hilos para las piernas.

Para los animales que tomen parte en la representación son prácticos los juguetes. También hay que desarticularlos y colocarles piolines.

Los hilos de cada muñeco, excepto los de las piernas, se sujetan a una cruz hecha de dos tiras de madera como de 30 centímetros de largo una y otra como de 23 centímetros con una tirilla de cuero clavada con tachuelas bajo el cruce y que formará un aro por el cual pueda pasar fácilmente la mano del operador. El títere se cuelga de ese aro cuando no está en uso, junto con la cruz.

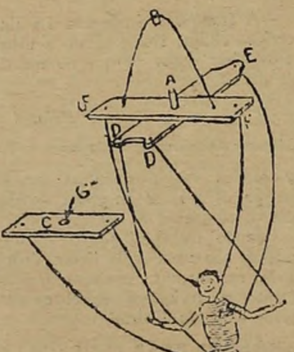
Todos los hilos del cuerpo a la cruz se sujetarán en la mano izquierda del operador, pasando la mano bajo la tira de cuero. Los hilos de las orejas se atan a los extremos de los brazos de la cruz.

Los hilos de las rodillas se atan a una madera aparte, como de 20 centímetros de largo, que se sujeta en la mano derecha del operador. Cuando se lo tuerce para atrás y para adelante los pies se mueven alternativamente. Cuando, además, se hace un movimiento, hácia adelante con la cruz, se efectúa el acto de caminar.

Hay un agujero en el medio de la tabla de las piernas, y que pasa por un tarugo de madera que hay en la cruz.

Las representaciones de aficionados conviene prepararlas de modo que los muñecos estén sentados todo el tiempo que sea posible, pues es más fácil manejarlos así, porque quedando libre la mano del operador que no necesitaba sostener los hilos de las piernas, la puede usar para mover los demás hilos.

La representación se llevará a cabo en una pieza en la que haya



piano, de modo que haya música antes de levantarse el telón y durante el cambio de escenas, así como para acompañar los pequeños cantos que sean parte de la comedia.

Puede usarse una caja de música de juguete en vez de piano, y aunque no sirve para acompañar los cantos su delicado tintineo es el alma de la función de títeres.

El diágolo, generalmente lo dicen los operadores; pero como para los niños tal vez resulte difícil hablar y mover los títeres al mismo tiempo, alguna persona mayor leerá las palabras que han de decir los actores.

Si los operadores dicen al mismo tiempo las palabras de los actores necesitan un apuntador, aunque deben aprender de memoria lo que han de decir.

Los niños arreglarán de antemano el papel que operarán y dirán. Cada muñeco necesita una persona que lo manipule.

Si la representación se da como función verdadera, hay que preparar entradas y programas. Para entradas empléense tarjetas en blanco en las que los niños mismos escribirán con letra de imprenta lo que deseen.

Los programas se harán lo más adornados posibles. Lo importante es dar el nombre de la comedia, las escenas, los carácteres y los nombres de los niños que toman parte en la función.

Listo todo, se arreglará la pieza que hará la platea. Se colocarán sillas en hilera mirando al escenario. Se estacionará en la puerta un niño para recoger las entradas y otro estará listo para obscurecer la pieza cuando suba el telón. La pieza tiene que estar a obscuras si se ilumina el escenario durante la función.

El obstáculo fundamental que limita el crecimiento continuo de los hombres, es la dificultad de encontrar su subsistencia y vivir desahogadamente.

La bondad y la voluntad son los dos generales que triunfan en las batallas de la vida. — *Giraud.*

Sólo está tranquilo el que cumple con su deber. — *Neufchateau.*

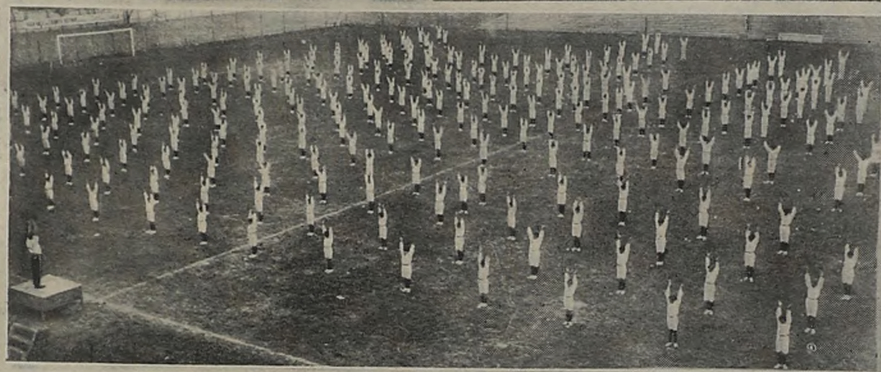
La ciencia es una de las mejores fuentes de virtud. — *Bossuet.*



ACTUALIDAD DEPORTIVA



Conjunto de alumnos del Colegio de la Sagrada Familia que intervinieron en el festival del Parque Central y que se comportaron plausiblemente



Durante el festival gimnástico que tuvo lugar el sábado 18 en el Parque Central, y que fué organizado por los alumnos del Colegio de la Sagrada Familia



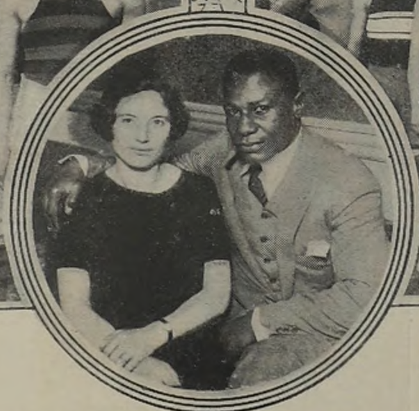
Los alumnos de bachillerato, al hacer el saludo olímpico, en la fiesta del Parque Central



La hermosa pirámide con que los alumnos de la Sagrada Familia, clausuraron la interesante fiesta del Parque Central



Los uruguayos que intervinieron en el match internacional de basket-ball





El cuadro argentino de la Asociación Cristiana de Jóvenes que intervino en el macth jugado en la inauguración de su cancha





Durante el partido jugado en la cancha de la Asociación Cristiana de Jóvenes bonaerense

El boxeador Trías y su señora esposa, Sra. María Ramos

El team de basket-ball de la "Unión Atlética" que jugaron con el cuadro argentino de "Asociación Cristiana de Jóvenes", para disputar la "Copa Campbell"

VII Campeonato Sudamericano de Football - Los Argentinos vencen el sábado a l



El arquero Denis lesionado a raíz del 2.° goal hecho por los uruguayos y que fué anulado por foul



El cuadro uruguayo que venció a los paraguayos en la jornada del domingo, por 3 goals a 1



Otra incidencia frente al goal paraguayo



Scarone cabecea no obstante ser estorbado por tres adversarios que lo acosan

Toca a su fin casi, la realización del magno certámen continental.

Con su indiscutible y amplio triunfo sobre el once albi-rojo el "eleven" celeste se coloca a un paso del codiciado título de Campeón de América. La final con nuestros hermanos rioplatenses nos hace ser optimistas, pués si empatamos con ellos, el team olímpico detenta nuevamente el título de campeón. Por el cómputo de puntos ganados los uruguayos, llevando un punto de ventaja a los argentinos, se han colocado, cómo decimos, a la vanguardia y no es arriesgado pronosticar que el título quede en casa.

En el caso de que el aguerrido equipo albi-celeste se adjudicara la victoria frente al equipo uruguayo, se clasificaría campeón.

El reconocido poderío de los argentinos da al partido del domingo un interés extraordinario que contribuirá, no lo dudamos a que el Parque Central tenga uno de sus mejores días de concurrencia.

La performance magnífica del team que capitanea el bravo Nazzasi, frente a la mediocre performance de los argentinos en el partido inicial del certámen, hace pensar en las probabilidades que tiene el cuadro uruguayo de vencer. Sin embargo, el cuadro argentino, apesar de haber jugado mal, demostró ser superior a los que se le opusieron y es dable esperar una reacción frente a los uruguayos.



Los baks hilenos se defienden de las acometidas de los ligeros argentinos en el partido del sábado, en el que resultaron vencidos los primeros por 2 goals a 0



El guarda meta chileno en el suelo malogra la carga de los argentinos



Los equipos confraternizando lue posan para *"Mu*

Las pruebas de ciclismo realizadas el domingo por el



Competidores de la carrera del campeonato nacional de ciclismo de medio-fondo desarrollada en la mañana del domingo



Germán Alonso, ganador de la carrera por el Campeonato de medio - fondo llevado en andas después de su triunfo



José Gerv la carrera

Chilenos por 2 a 0 y los Uruguayos a los Paraguayos, el domingo, por 3 a 1



Los valientes y ágiles paraguayos que aunque vencidos demostraron sus grandes condiciones y entusiasmo



Una de las incidencias frente al arco paraguayo frente al cual se hace sentir la presión de los uruguayos

erfa de desear que así fuese para poder asistir entonces a ucha sin precedentes.
os paraguayos han demostrado conocer a fondo el difícil arte ot-ball.
ominan la pelota y practican el juego abierto, técnica que visto practicar al team inglés que nos visitó hace poco. En cuanto al equipo chileno, si bien ha demostrado también ntusiasmo a toda prueba, dejó la impresión de que tienen o que aprender en cuanto a juego científico se refiere. El avalla y el centre half, sobre todo el segundo, que hizo ar el paso a Sosa y Petrone, son lo mejorcito del equipo ndino. Los demás, repetimos, lo hacen todo a base de entu-o. Creemos que frente a los paraguayos realicen una perfor-e mejor. La lógica y el poderío de ambos equipos hace inclinar l hacia los paraguayos, que se captaron la simpatía del table.
hora sólo nos resta esperar la realización del encuentro entre *eams* rioplatenses. Cualquiera que venza, demostrará que. es Río de la Plata donde existe el más alto exponente del popu-eporte sudamericano.
as fotografías que aparecen en esta página, expresan las sas y principales incidencias de los dos partidos jugados el o y el domingo, entre los equipos chilenos y argentinos y pa-yos y uruguayos respectivamente.



Otra de las incidencias del interesante partido del domingo, frente al arco paraguayo



El valiente vasquito Cea quita la pelota y la lleva al arco adversario antes de producirse el 2 goal



e cambiarse ramos de flores, *Uruguayo"*



El centro half chileno intercepta un avance de la línea ligera argentina

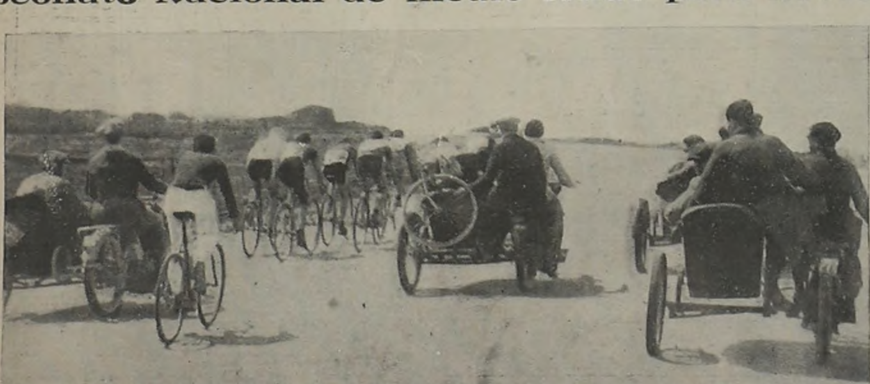


Una incidencia interesante en el partido jugado por los teams argentino y chileno

ampeonato Nacional de medio fondo para novicios



ganador de novicios



Interesante fotografía tomada mientras se desarrolló la carrera



Carrera de novicios. Los campetidores posando ante nuestro fotógrafo antes de iniciar la prueba

LA MISERIA EN EL CERRO







Nueve miembros de una familia que vive en un rancho miserable, el que en estado de ruina los deja librados al viento, al frío y a la lluvia



Desde hace siete meses, esta pobre señora se halla sin trabajo pasando sacrificios indescriptibles para procurar el sustento a sus tres niños



Arriba: Vecinos sin ocupación, buscando alimento entre las basuras.. — Doloroso espectáculo que se puede presenciar a algunos minutos del centro

En medio: El interior de un rancho. Sin trabajo y con un hijo enfermo. — ¡Hambre y dolor!

A la izquierda: Once personas sin ocupación y habitando una pieza, de 4 x 4

A la derecha: También la juventud y la belleza sufren las consecuencias de este lamentable estado de cosas



NOTAS DIVERSAS







Asistentes a la reunión ruralista efetuada en el Ministerio de Industrias para cambiar ideas relacionadas con el Frigorífico Nacional cuyo proyecto se encuentra a consideración del Senado

Los bomberos tratando de atacar el fuego en el incendio de un depósito de brea en la Usina del Gas

El gerente de la Compañía del Gas en el lugar donde tuvo su origen el fuego que fácilmente fué sofocado

Los elementos que integran el equipo del Nacional que realizará una gira a Europa, son sometidos a un severo examen físico





El entrenador Langon constatando el peso del jugador Scarone

Marán examinando la boca de Díaz, mientras Naguil y Miramontes esperan turno

A LAS PREGUNTONAS

POR BEATRIZ DE LOS RIOS

Piedra de imán. — Encuentro lisa y llanamente que existe un poquito de vanidad en lo que, si Vd. no se enoja, denominaremos pretensión. Ninguna mujer de verdadero mérito debe alabarse de poseer esa fuerza de atracción, que solo se ha de reconocer cuando produce una corriente de simpatía general — lo que equivale a decir, en ambos sexos. — No se la niego a Vd., todo es posible, pero si admite un suave consejo, deseo hacerle sentir que al ejercerla corre Vd. un verdadero peligro... principalmente si abusa de esa fuerza como arma de la coquetería. Lamentaré ofenderla con esta contestación, pero acaso ¿no me pedía Vd. que fuese sincera y franca?

Tremy — Si conozco su pseudónimo?... ya lo creo!

En cuestiones de moda y de tocador, me abstengo de dar mi opinión. He aqui porque no conteste su primera carta. El cambio de estación la habrá hecho tomar una resolución al respecto... y a mí sólo me resta pedirle mil disculpas.

Severo — En ese sentido el excesivo rigor suele ser contraproducente. Con los niños se impone cierta elasticidad que queda sujeta al buen criterio, en una parte, y en otra a la índole del hijo. Toda personalidad que asoma en el individuo desde la infancia, debe ser custodiada, porque igualmente que aparecen las manifestaciones malas, aparecen las buenas y éstas, que suelen ser raras, es necesario fomentarlas y aún desarrollarlas. Encuentro que ser padre... es la cosa más compleja del mundo.

Mariana — No recibí el recorte y sin él, no puedo darle ninguna opinión. Tampoco me es posible darle direcciones por medio de esta sección.

Tito — En la Agencia Publicidad, lo informarán pues tengo entendido que allí son avisadores de esos productos.

Marta. — Para la caida del cabello y la caspa le recomiendo muy especialmente el *Marvel.* Las personas a quienes lo he recomendado lo califican de maravilla.

Sandoval. — Según mis datos, el origen de los periódicos se remonta a los tiempos de Thoutmés II, que reinó en Egipto 1750 años antes de la era cristiana. Dicho soberano tenía un periódico oficial que se imprimía en Menfis.

Una esposa — Tendría que consultar a un abogado cuya seriedad le despertara confianza. Vd. señora, tiene toda la razón del mundo, ante mi parecer, pero, ignoro en este caso cómo pueden protegerla las leyes del país, y Vd. lo sabe bien, es necesario ajustarse a ellas. En Suiza, por ejemplo, existe una ley que no solo castiga al hombre por sus faltas, sino tabmién por las consecuencias que en el futuro puedan producir sus transgresiones. Así, un hombre casado que dilapida todo lo que gana, se castiga por las consecuencias que su conducta disipada pueda traer a su mujer y a sus hijos.

Pedro — Menos concreta que en su diccionario sí; hela aquí: Francisco Arouet de Voltaire fué poeta, dramaturgo, historiador, filósofo y uno de los hombres más famosos de Francia en el siglo XVIII. Nació en París. Su vocación a las Bellas Letras le apartó de la carrera de la magistratura a la que le destinaba su padre. Preso en la Bastilla en 1716, por creérsele autor de una sátira contra Luis XIV, compuso el *Edipo* que fué representado con asombroso éxito en 1718, a poco de hallarse el autor en libertad. Pasó luego a Inglaterra donde permaneció tres años y de regreso a Francia, consagróse exclusivamente a escribir, produciendo variadísimas obras que acrecentaron su renombre. Disgustado por los epigramas con que le zahirieron sus émulos a su ingreso a la Academia, trasladóse a Berlín, donde su causticidad no tardó en enagenarle las simpatías de la corte y aún la del mismo rey que le había dispensado señalada amistad. Recorrió después la Alemania fijando por último su residencia en Ferney, donde pasó los veinte años restantes de su vida. Entre sus numerosas producciones sobresalen: la *Enriada*, el *Edipo*, la *Hitoria de Carlos XII*, sus atrevidas *Cartas filosóficas*, el *Siglo de Luis XIV* y el *Diccionario Filosófico*. Murió en 1778, el día 30 de Mayo.

Uno de Paysandú. — Esas escoriaciones tan dolorosas que le ha causado el sol, puede remediarlas untando con sebo y vaselina las partes afectadas y polvoreándolas luego con almidón. La grasa impide que la piel se agriete y el almidón actúa como calmante.

Luisa — Es el mismo procedimiento que ya se ha dado en esta sección. En el deseo de no perjudicarla y seguro de que beneficiaremos a otros recórdandolo, lo volvemos a reproducir: A veces, se tienen en las ropas, roturas que sería imposible zurcir o remendar, porque de este modo resultaría demasiado visibles; hay un modo de remediar esos accidentes que suelen dar por perdido un vestido, y este modo hace completamente invisible la reparación. Debajo de la rotura se coloca bien al hilo, derecho con la tela o el dibujo, una pieza del mismo género y por debajo un papel de gutapercha húmedo. Luego se coloca el todo, entre dos trapos gruesos y se plancha con mucho cuidado. De esta manera quedará la prenda bien compuesta con un remiendo muy disimulado. Me ha sido más sencillo darle de nuevo el consejo, que indicarle el N.° de la revista en que se publicó.

Flor de nácar. — Es indudable que Vd. haría mejor la caridad que su marido. La visual de la mujer es mucho más intensa para descubrir la verdad y para encontrar la verdadera necesidad, poniendo su mano precisamente en el sitio donde la llaga está abierta. Alguien ha dicho que "la mujer tiene el genio de la caridad. Un hombre no dá más que su dinero; la mujer, une a este, su corazón. Un peso en manos de una mujer buena, socorre más pobres, que una onza de oro en las de un hombre". En este caso, lo único que Vd. puede hacer es tratar de convencerlo dulcemente, haciéndole ver que, otras familias sufren más miseria y con más dignidad que aquéllas que él proteje; enseñarle a analizar un poco las diferentes situaciones y no desanimarse Vd. aunque él le salga diciendo el viejo proverbio de "haz bien y no mires a quién".

He leído su carta con sumo interés, pero no conozco a ninguna de las familias que menciona. La sociedad está hoy tan extendida, que vivimos en mundos diferentes, como si nuestros centros de acción fuesen en países extranjeros unos de otros. Termino felicitándola, por tan generosos y elevados sentimientos.

22 de Enero de 1902. — Su caso es completamente anormal y exige urgente intervención del médico. No sólo, no es un asunto para ser tratado en una revista como la nuestra, sino que incurriríamos en gravísima falta, al ocuparnos de enfermedades etc, que incumben a los profesionales. Es seguro que Vd. mejorará rápidamente, si no pierde su tiempo con escrúpulos que, en este caso, no tienen razón de ser, tratándose de una joven de sus condiciones.

Metido en Honduras. — No, lo que Vd. dice es muy digno de tenerse en cuenta. Llega precisamente una estación, en que el fraude que que se hace con la manteca, pone a los consumidores en ciertas condiciones de peligro, principalmente cuando se trata de los niños. En Holanda existe, lo que llaman "la policía de la manteca" que está especialmente destinada a vigilar la fabricación de la manteca.

El gobierno holandés, viendo los fraudes que se cometían con frecuencia, decidió velar por ese producto preferentemente, vendiéndolo no sólo bajo la inspección de las autoridades, sino también llevando un precinto con un sello de garantía especial. La oficina principal, contaba al inicarse únicamente con ocho empleados, pero tenían a sus órdenes una verdadera falange de agentes o inspectores que desempeñaban su cometido por diferentes radios, en las granjas, vaquerías y fábricas de todo el reino.

Es esta idea tan sensata que podría encarnar desde el momento una medida de innegable utilidad para el pueblo.

Un limeño. — El "Parnaso Peruano" está ordenado por V. Gracia Calderon. Se que esa obra fué editada también en Buenos Aires, pero no podría decirle con seguridad donde podría conseguirla en Montevideo. Lo que Vd. observa, no me sorprende.

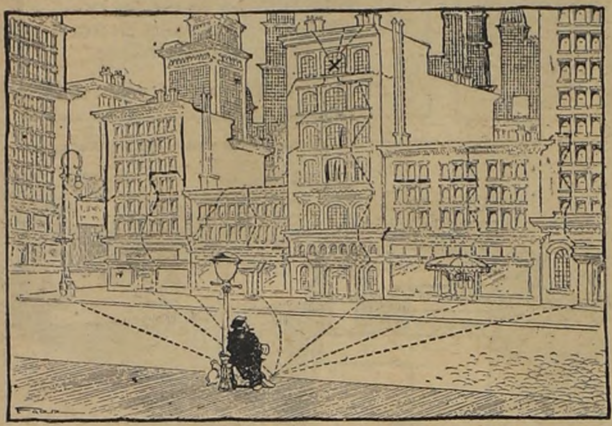
EXPERTO



El guardián. — ¡Si tendrá experiencia de su defecto este sonámbulo, que lleva en su noctambulismo el despertador para no llegar tarde a la oficina...!

A reir tocan

IMAGINACION



El ratero, establece "in menti" sus probables planes de ataque

MADE IN GERMANY

Franz llegó a su casa a las cuatro de la mañana y se acostó a las tres. — ¿Por qué se acostó a las tres? — Porque contó: una, dos y tres. —

CURADOS DE ESPANTO

—En el teatro:
—Dispense usted, caballero. Me he sentado sobre sus gemelos.
—Tranquilícese usted, señora. Las han visto mucho más gordas.

DESENTENDIENDOSE

—Don Eulogio, ¿tiene usted cien pesos?
—Aquí, precisamente, no.
—¿Y en su casa?
—Todos sin novedad, gracias.

BUEN PUESTO

Hola, chiquitín, ¿ ya vas a la escuela?
—Sí, señor.
—¿Estudias mucho?
—Sí, señor.
—Entonces ocuparás un buen puesto en la clase.
—Sí, señor; cerca de la estufa.

MANERAS DE OFRECERSE



—¿Precisarían aquí un hombre para cualquier servicio?

HALLAZGO

Andando por un camino que conduce de aldea en aldea, un campesino halló una piedra con un letrero esculpido que decía: "Dame vuelta".
La piedra era muy pesada y grande, y el campesino, sudando, logró darla vuelta. Hecho ésto, vió que del otro lado había otro letrero que decía: Ahora vuelvame a poner como estaba para engañar a otro idiota.

ROPA LIMPIA

Juez — ¿No recuerda Vd., secretario, en qué fecha se dió por terminado el asunto aquél de la pared medianera?
Secretario — Sé que hace veinte y cinco días...
...Debo tener el apunte aquí, en el puño de la camisa.

PRECIPITACION

—Donde vas tan apurado?
—Calla, hombre, ni te figuras lo que me pasa...
—Habla, pues...
—Mi mujer está gravísima; el doctor me ha dicho que no pasará de las cinco... Adiós, pues, me voy corriendo.
No, hombre, no te apures, aún falta un cuarto de hora.

MATEMATICAS

Entre suegra y yerno.
—A qué hora volvió anoche?
—A las ocho por tres, menos cuatro dividida por cinco de la madrugada — contesta el segundo. — Pues bien — dice la suegra. — Como ello se repita multiplicaré la escoba por el mango y se la dividiré en la cabeza!

ARREPENTIMIENTO

—Mató usted a hachazos a su madre. ¿Qué tiene que añadir a su defensa?
—Que no lo haré más señor juez!

BUEN CICERONE

Un individuo pregunta a un chauffeur:
—Oiga, amigo, ¿cuál es el camino más corto para ir a Pocitos?
—Este, señor, — contesta el chauffeur, abriendo la portezuela del auto.

OBSERVACION

Policarpo y Jacobino, llegan por primera vez a Montevideo, el patrón los lleva al teatro, pero a ellos los manda al paraíso.
Después de estar sentados en sus respectivos asientos, Policarpo mira para la platea y le grita a su patrón:
—¡La gran siete que han de haber escarbau pa hacer ese augero...!

METIENDO LA PATA

En casa de Ridiculez, invitan a cenar a un diputado, candidato a marido de la niña.
En la mesa, el diputado, rompe una copa.
Juanito, el niño de la casa, no se puede contener y exclama:
—Mira, mamá; precisamente, una de las que nos ha prestado la vecina!

RAZONAMIENTO LOGICO

El médico: — No le dije a usted que tomar otro wisky equivalía a tener un pié en la sepultura?
El enfermo: — Sí, doctor; pero desde que usted me lo dijo, he tomado noventa y nueve. Así es que debo ser un ciempiés.

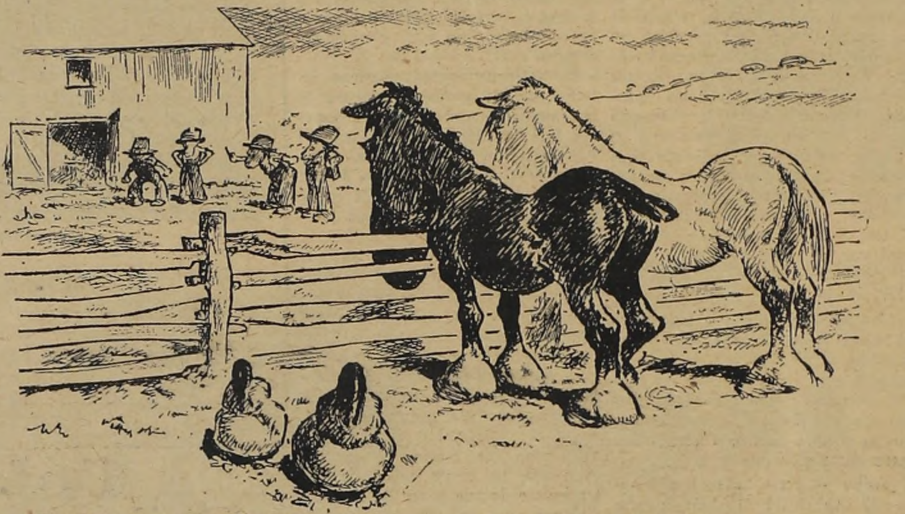
DIFINICION

Exámen de historia natural:
—¿Qué son infusorios?
—Ciertos animales que no pueden ser vistos.
—Cíteme usted un ejemplo.
—El mylodón.
—¿Cómo el mylodón?
—Sí, señor; porque no he podido ver ninguno en mi vida.

LOS TEMIBLES

—Ahí va un hombre a quien se acercan con miedo y temblando casi todos los que tienen que hacer algo con él.
—Un juez en lo criminal seguramente?
—No, un dentista.

CRITERIO EQUINO



El caballo blanco al caballo negro — Me parece que aquel hombre es un gran jinete.
—¿Porqué?
—Porque a juzgar por las piernas debe haber nacido montado en un caballo.

PESO MAXIMO

En la clase de física:
—¿Cuándo pesa más un hombre?
—Cuando le aplasta un callo al prójimo.

VUELO INESPERADO

—Mamá ¿qué es un angel?
—Un niño muy bueno que tiene alas y vuela.
—Pues papá le decía a mi niñera que es un ángel ¿volará también?
—Sí, hijo mío; mañana por la mañana; ¡vaya si volará.

BUENA TACTICA

—Susana! Es inconveniente en una señorita darse vuelta para mirar a un caballero.
—Pero mamá, yo solo miraba si él miraba que yo le miraba.

EXPERIENCIA

De un padre a su hijo:
—No te cases, hijo, porque eres un imbécil, y la experiencia me ha enseñado que si se casa un imbécil sus hijos lo sson.

COMO LOS DESPERTADORES

Se hablaba de una señora viuda que había enterrado a dos maridos y se disponía a contraer terceras nupcias. Al oir esto, exclama uno:
—Esa es una viuda de repetición.

PRECIO FIJO

Un sastre vió desde la trastienda que un pilluelo le llevaba un saco de los que tenía colgados a la puerta y le gritó:
—¡Eh buen amigo...! Deje ahí esa prenda que no la doy por ese precio.
Viéndose sorprendido el raspa, la deja sobre el mostrador, diciendo con frescura:
—Pues ahí la tiene Vd., no doy por ella ni un cobre más.

BUEN SUSTITUTO

En una tienda y bazar entró una señorita y preguntó al dependiente:
—¿Tiene género igual a éste?
—No señorita.
Después de haber salido la clienta el patrón que oyera, dijo al dependiente: cuando cualquiera pida un artículo y no lo hay, propóngale uno parecido.
Al rato llega otra clienta y le pide papel higiénico.
El dependiente acordándose de la advertencia del patrón le dijo:
—No hay señorita, pero tenemos otro parecido que es el papel de lija N.° 3.

MEDIDA AGRADABLE

La señora — Si sigue usted desempeñando tan mal su obligación me veré en la necesidad de tomar otra sirvienta.
La sirvienta — Y hará usted muy bien; dos cumpliremos mejor con el trabajo que hay en esta casa.

SAPIENCIA

El hijo a su padre.
Niño — Papá, quieres decirme para que sirve el miscroscopio?
Padre — ¿No sabes? pues, el miscroscopio sirve para aumentar el número de microbios!

PREGUNTA GRATUITA

Un avaro se presenta en casa de un abogado y le dice:
—Supongo que no me cobrará Vd. una pregunta que vengo a hacerle.
—No, señor; lo que le cobraré a Vd. será la respuesta.

REFRAN

Entre dos amigas:
—Le presenté la cuenta de la modista y... sabes que hizo?
La rompió. De modo que hé quedado satisfecha.
—¿Satisfecha? ¿y cómo, hija?
—Sí ¡ya sabes que "quien rompe... paga.

¡VAYA CON EL OBSEQUIO!



—Mañana es el cumpleaños de mi novio y quisiera darle una sorpresa.
Dígale su edad.

DISCULPA

—¿Negarás ahora que eres tú quien bebe el ron?
—Señor, yo no lo bebo; lo que hay es que tengo dolor de muelas y hago gárgaras con ron; pero después lo vuelvo a echar en la botella.

EJEMPLO

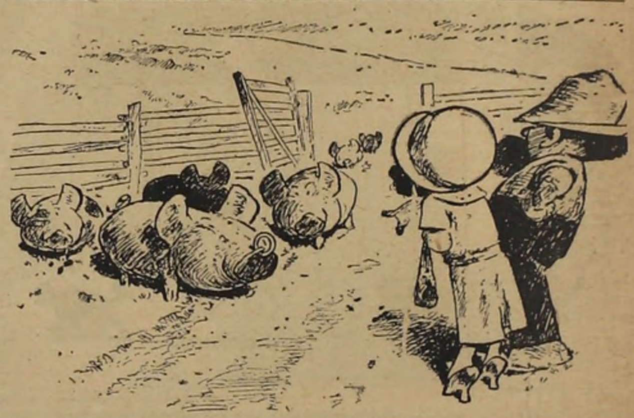
En la vidriera de una tienda donde había un manequí:
El niño. — Porqué le habrán cortado las manos a esa estatua?
La mamá. — Porque se metía los dedos en las narices.

EJERCITO IMPROVISADO

—Alto, quién vive?
Un oficial.
—¿De qué regimiento?
—Zapatero.

EN EL PECADO, LA PENITENCIA

—Vuelvo, padre, porque recordé que se había Vd. olvidado de imponerme penitencia.
—Pero, ¿no me dijo usted que venía a confesarse porque se iba a casar?



—Dígame, tío: ¿para qué es ese anillo que tiene en la nariz? ¿Será porque está comprometido?

La pagina de Ustedes...

PRECOCIDAD



—¡Si serás pretenciosa! Sólo tienes un año más que yo y ya te crees persona mayor!
—¿Por qué, bebita?
—Porque te sientas mostrando las piernas como mamá!

EXCUSAS



Hoy también vendrá tarde, porque habrá tenido que asistir al funeral de su tío...
—Es con el único miembro de la familia con quien me animo a jugar...

EL HOMBRE DE MI ENSUEÑO

Lectores: Falsos prejuicios no permiten a la mujer manifestar libremente sus sentimientos y nos obligan a ocultar nuestros deseos y aspiraciones. Hoy quiero ser sincera y diré mi sentir. Desearía conocer el afecto y la estimación de un señor que rebase los 48 años (yo tengo 47) y aspiro a la tranquila intimidad del hogar donde pueda valolarse la digna compañera y juntos compartir penas y alegrías. Si hay quien se interese, indique dirección que enviaré referencias. — *Ilusionada.*

Formaría hogar con obrero de 45 a 50 años, bueno y educado con buen oficio, siempre que supiera comprenderme contestar diciendo nacionalidad edad, oficio y dirección para escribir. — *Nobleza.*

Somos dos amiguitas jóvenes, cariñosas y educadas y desearíamos entablar relaciones serias con jóvenes de la capital que sean instruídos de 18 y 22 años y que sepan amar hondo y sinceramente a éstas chicas que ansían sólo mucho amor, mucha ternura, para su sensible almita. — *Morocha y Rubia de Colonia Suiza*

Enamorada de un simpático morocho que frecuenta diariamente la A. de Billares, cuyas iniciales son L. B. y creo que vive en la calle V.... Si no le es indiferente la morocha que le mira insistentemente en Andes y Colonia le ruega que conteste a — *Morocha Impaciente.*

Mi ideal es el simpático morochito que viaja en el 41 y baja en L. Gomensoro y frecuenta la plaza Colón; según me dicen su nombre es Luisito C. Si su corazoncito no tiene dueño, se dignará contestar a *Morocha de lentes?*

Nuestro ideal son dos simpáticos hermanitos cuyas iniciales son M. V. H. y V. H. residen en la calle G. F.... Si les interesamos contesten por M. U. a — *Dos chicas de C. Suiza*

LA MUJER DE MI IDEAL

A una rubia, que el 16 de Octubre salió en Olivos y Agraciada al tranvía, acompañada por una hermana y dos señoritas llegando a lugar próximo al Paso. Un comerciante, 919 *números más que su casa.*

Sencillamente enamorado de simpática morocha, vive calle Batoví entre N. P. y H. Recuerda el simpático gordito que insiste en su mirada? Si sus divinos ojos recorren estas líneas, sírvase contestar a — *Corazón que sufre....*

Canelones 26 9 24. — Con cuántas saudades evocamos a las divinas morochitas de A....! Recordarán aún a aquellos dos estudiantes de Comercio que regresaron por el tren de las 21 forjándose tantas ilusiones, ilusiones lindas como cuentos de Hadas? Princesitas, ellos dirán.... — *Los Dos.*

Lectoras: Mi ideal sería encontrar entre las simpáticas lectoras de esta página una chica que no pase de 18 años, y que quiera ser mi compañera para toda la vida; contesten a — *"Talbot".*

Tengo veinte y ocho años soy morocho, no mal parecido, dicen que simpático, honrado y trabajador. Desearía encontrar, señorita o viuda con no menos de diez y ocho años, ni más de treinta que posea regular fortuna y sepa amar hasta lo infinito, ¿encontraré? — *Moirón.*

Lo constituye elegante morochito que reside en Montevideo, llámase Do..... T. N. Las divinas miradas que despiden sus preciosos ojos negros atraviesan todo mi ser para penetrar en lo más recóndito de mi alma. Lo conocí en el baile en que él cragoneó a una rubia. E..... pero no pierdo esperanza. ¿Sabrá quien soy — contestará a — *Turqueza!*

ESQUELAS

Delia P. P. Sayago. — Si sus ojos recorren estas líneas ruégole conteste a quien realmente interesa por Vd., interés nacido en mi corazón desde lejano tiempo. — *Combinación diario.*

Pretencioso. — Me gusta su esquela porque es como yo deseo. Por que soy Uruguaya, prefiero un extranjero. Cuento con un capital. Así que si soy de su agrado conteste a — *P. C.*

Charmante demoiselle de cheveux blonds qui lisait "La Petite Illustration" en allant au Prado le vendredí 3 a 3 h moins dix dont ses yeux ont blessé mon coeur. Aurai-je la joie qu'elle me le guérisse? — *Vous dit.*

Carlos P. Bs As. — Recibida la suya el 28, la contesté en el día. Dígame si llegó mi carta. En caso contrario, manifiéstole que persisto en *nuestros* propósitos, y que estoy de acuerdo con sus ideas. Envíeme nueva dirección, para escribirle sobre lo que *nos* interesa y *sobre algo más importante aún.* Dirigí carta última a Entre Ríos... Me apenaría que ni aquella ni ésta llegaran a Vd. Escríbame a la dirección que sabe enseguida ¿lo hará? Saludos de M. — *Nena.*

Morochita de saco negro. — Si en el libro de la vida, se leyera que había de ser mi ideal, conque agrado prestaría tal escritura. Le dije que posara sus divinos ojitos sobre esta revista, pero simultáneamente me dió a comprender que no insistiera. Pero... uno por otro se deja. Si le agrado, día siguiente de salir ésta, la espero en Yaro y 18 a las 14, si Vd. desea mi compañía, llevará en la mano Mund. Urug., entonces marcaremos nuestra ruta. — *Morocho de Negro.*

Segredo — Dé más datos sobre la persona a quien se dirige y sobre la suya. Así me encuentro confusa conteste por medio de esta querida revista. Adios saludos de — *Sincera.*

Para 22 años. — Muy agradable su esquelita. Soy viuda (fea pero con money) y en trámites de divorcio. Queriendo probar por tercera vez mi "pícara" suerte, recurro a usted para ver si puedo borrar el pasado y formar un lindo nidito de amor. Envíeme dirección — *Siempreviva.*

Tórtola. — Un viaje imprevisto me impidió contestarle antes esperando que me disculpe lo hago hoy. El día que salgan estas líneas habrá una carta en poste restante para Vd., dirigida así: "Z. X. A. W" En la cual le enviaré mi dirección. Esperando me envíe la suya, la saluda — *"Carpincho"*

L... Z... B. que se encuentra en Tacuarembó. ¿Te habrás olvidado ya de mi? Ni mi corazón ni mi alma pueden tolerar este silencio tuyo. ¿Verdad que siempre me amas? Aunque estés lejos, muy lejos de mí, siempre tendré el más cariñoso recuerdo para tí. ¡Si vieras lo triste que estoy! — Me contestarás por ésta? — *La morocha de la Melena crespa.*

E. E. — Está Vd. en un error, joven, al suponerme autora de esa carta que dice haber recibido de mi parte; desde el momento que yo no lo conozco a Vd. para nada. Le ruego pues que no me atribuya cargos a los cuales estoy agena y que se sirva saber que sus esquelas me comprometen. — *Olga.*

20 de Setiembre—¡Cuánto te quiero! — Tu imagen adorada continúa reinando en mi alma ¿dudas de mis palabras? Si supieras que renunciaría gustosa a todo el dinero con tal de poder conquistar un lugarcito en tu corazón! Si me quisieras sinceramente y pudiera decir: ¡"Si, es mío solito; a mí pertenece su cariño, su amor! toda su alma! Si así fuera No aspiraría a que en nuestro hogar brillace oro. Quiero tu amor Si, tu amor divino! yo soy tuya solo tuya. Recibe sinceras caricias y el alma de tu — *Chi Chí.*

Rosa, No tengo novia y tengo ardientes deseos de amar. Si fuera Vd. por casualidad la chica a quien tanto he amado en silencio. Habiendo tenido tanta oportunidad para hablarle, pero la timidez se ha apoderado de mí al encontrarme con su radiante mirada que ha penetrado mi corazón. Le ruego me conteste dando datos concretos que puedan convencerme que es a Vd. a quien amo. — *J. S.*

CONCURSO DE CARTAS AMOROSAS

No. 1.

A. "M. N. B."

Alma mía:

El excéptico que había en mí murió para nacer este hombre de fé, de amor a todo lo creado, que ahora soy yo, en el instante más transcendente de mi vida, en aquel día de locura y de alegría en que mi alma siempre triste presintió el caudal de Belleza que hay en la tuya.

Seguro de tu amor, cada hora que paso a tu lado hace renacer en mi ánimo las ansias de lucha por el Bien.

Pienso que no fué Alonso Quijano, sino Aldonza Lorenzo quien realizó las hazañas de "nuestro Señor don Quijote".

Eternamente tuyo,

Gregorio.

Anecdotas

Allá por el año 1874 se reunían diariamente en casa de doña Bernarda Sarmiento de Darío varios liberales nicaragüenses. Innecesario es decir que la política y el gobierno eran los temas principales de la cotidiana reunión. Un día de tantos, Rubén Darío, que por entonces tenía siete ú ocho años, dormía en el suelo a los pies de doña Bernarda. Esta lo miraba y de repente dijo, dirigiéndose a una de las visitas:

—¿Qué hago con Rubén, señor? Me lo está echando a perder Felipe.

La señora se refería al profesor de primeras letras del poeta.

—¿Y con qué está Felipe echando a perder al muchacho?

—Pues, enseñándole a hacer versos.

—Pero Rubén no hará más que copiar los versos de Felipe, y yo no veo ningún mal en ello.

—¡Qué sabe usted! Si Rubén los hace sacados de su cabeza; yo lo he visto escribirlos; Nada; que Felipe me lo está arruinando enseñándole a hacer versos!

—¿Tiene usted alguno de ellos a mano?

—Sí, los que escribió ayer.

Doña Bernarda se levantó con cuidado para no despertar al pequeño. Se dirigió a una mesa y abriendo el cajón sacó un papel.

—Aquí están los versos, — dijo, poniéndolos en manos de la visita.

—¡Doña Bernarda! ¡Así no hace versos Felipe!

—¡Pero si le digo que Rubén los saca de su cabeza! ¿No se fija en la letra, señor? Felipe es quien tiene la culpa. ¡Se arruinó el muchacho!

Al leer lo escrito, el visitante, que era un ilustre pedagogo español, quedó sorprendido.

—¡Qué van a ser de Felipe estos versos! La letra es toda garabatos, e "ilusión" con h y con c, y "estreyas", y "coracón". Pero ¡qué ideas de criatura!

—¿Qué opina, señor? ¿Qué me aconseja? ¿Sigo mandándole el muchacho a Felipe?

—Le aconsejo a usted que no se alarme; que Rubén siga con sus versos, porque presiento que será un gran poeta; y créame que Felipe no le está enseñando a hacerlos, porque eso no se enseña.

. . . .

Algunos años más tarde, cuando a Rubén Darío se le llamaba el poeta-niño, un catedrático de la universidad de León, en Nicaragua, decía a sus alumnos que Rubén Darío sería el mejor poeta de la república.. Y el maestro se quedó corto.

El Automata

La palabra autómata, formada de dos voces griegas, se aplica a todo mecanismo que imita los movimientos de algún ser vivo. Tal es lo que hace el monigote de nuestro juego, puesto que anda solo.

Para el efecto, no es necesario el monigote entero, basta un palillo limpiadientes, o dos, si se quiere. Si utilizamos un palillo solo, basta doblarlo por la mitad y le ponemos a caballo sobre el filo de un cuchillo, que se mantenga perfectamente horizontal, y sosteniendo el cuchillo con la mano, de manera que las dos puntas del palillo toquen ligeramente en la mesa sobre la cual se opera.

Indudablemente se verá que el palillo se pone en marcha a lo largo del cuchillo. Si usamos dos palillos, en el extremo de uno se hace una ranurita, en la cual se encaja un extremo de otro, de modo que los dos formen un ángulo muy agudo. Doblándolos un poquito, pueden servir de piernas al monigote que se ha hecho con una tarjeta de visita.

Si es tan común que nos admiremos ante las cosas raras, ¿por qué no nos admiramos ante la virtud?

Un hombre y una mujer rara vez están de acuerdo sobre los méritos de otra mujer, porque su interés es completamente distinto.

Los grandes deslumbran al pueblo, para que éste no pueda acercarse mucho y ver sus defectos.

Para llegar a las dignidades hay dos caminos: el recto, que es el más largo; el torcido, que es el más corto

Canciones infantiles.

El sastre y el gnomo

Era una vez un sastre que había encontrado una forma sencilla de aumentar sus ganancias a costa de sus clientes, sin que ellos se dieran cuenta: cortaba los trajes demasiado cortos — y no demasiado largos, como lo hacen muchos sastres — y de esta manera le quedaba siempre un buen trozo de género, que utilizaba más tarde para otro cliente.

Pero desde hacía algún tiempo iba notando que ese procedimiento ya no le daba el mismo buen resultado. Un día, al hacer el traje dominguero de un aldeano, le quedó suficiente género como para hacer el chaleco que le encargó un vecino; sin embargo, cuando se puso a cortar la prenda, descubrió que el trozo era evidentemente más chico qeu el día anterior.

Al principio creyó que talvez había cortado mal, pero como el caso se repitiera, empezó a reflexionar seriamente. ¿Quién era el pícaro que le hacía tan mala jugada?

Después de mucho pensar, tomó una resolución: con cuatro chinches fijó encima de la mesa de trabajo casi un metro de paño fino, que le sobró de la nueva sotana del cura; y se acostó tranquilamente.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, vió con sorpresa que el trozo de paño era más chico, pero, ¡oh, maravilla!, la mesa tenía ocho agujeros de chinchas. El sastre había sacado los chinches y cortado un trozo de paño, clavándolo de nuevo en la mesa, sin embargo, ¿quién podría ser? La única ventana del taller tenía fuertes rejas, y la única puerta había estado cerrada con llave durante la noche Y, a pesar de lo vivo que era, el sastre no pudo resolver tal enigma.

Pero un sastre de verdad es hombre de muchos recursos, y cuando nuevamente hubo ahorrado casi medio metro de género del pantalón nuevo del alcalde, hizo en seguida una blusa para el niño del herrero, y no dejó el trabajo hasta terminar y entregar todo a los respectivos clientes.

Sin embargo, en esa forma era imposible proseguir siempre, pues cuando le daban trabajos más grandes, tenía que dejar los trozos sobrantes para el día siguiente, e infaliblemente, clavados en la mesa o no, los trozos aparecían siempre más chicos que el día anterior.

Comprendiendo que pasaban cosas raras, tuvo la idea de ponerse a velar durante una noche, lo que no es tan heróico como parece, tratándose de un sastre de verdad.

Pronto tendría la ocasión de realizar su ingeniosa idea, pues del sobrante del estanciero quedó más de un metro de género, suficiente para un pantalón espléndido, y no quería permitir que esta vez el misterioso ladrón le arruinara el negocio.

Armado con un grueso bastón, se acostó el sastre, fingiendo dormir para despistar al ratero, hasta que se quedó dormido de verdad. Al día siguiente faltaba más tela que nunca.

Por la tarde se animó de nuevo, pues el guardián del bosque trajo género para una capa, y otra vez quedó un resto tan grande, que habia suficiente para hacer una pantalón. Pero cuanto más se acercaba la noche, tanto más fué desanimándose el sastre, porque no llegaría a concluir ni la capa ni el pantalón, y tampoco quería dejarse robar la ganancia durante la noche. No había más remedio que velar de nuevo, pero mejor que la víspera; y lo hizo de veras, pues un verdadero sastre todo lo puede, cuando se empeña seriamente.

Al principio no veía nada extraño; el pedazo de tela quedaba inmóvil sobre la mesa. Más, cuando dieron las doce y la hora de los duendes llegó, empezó el paño a moverse y bailar ante los ojos aterrorizados del sastre, y un gnomo pequeñito y desnudo saltaba alrededor, cortando trocitos del género tan hábilmente, que daba gusto verlo.

El sastre, que había quedado como petrificado y no podía mover ni siquiera un dedo, vió entonces cómo el gnomo tomó las medidas para un pantaloncito, lo cortó cuidadosamente, tomó el hilo y la aguja, y púsose a coser tan alegremente como un sastre cualquiera. Pronto terminó el pantaloncito y cuando sonó la una dió un brinco, hizo una mueca hacia la cama del sastre y desapareció con el pantaloncito.

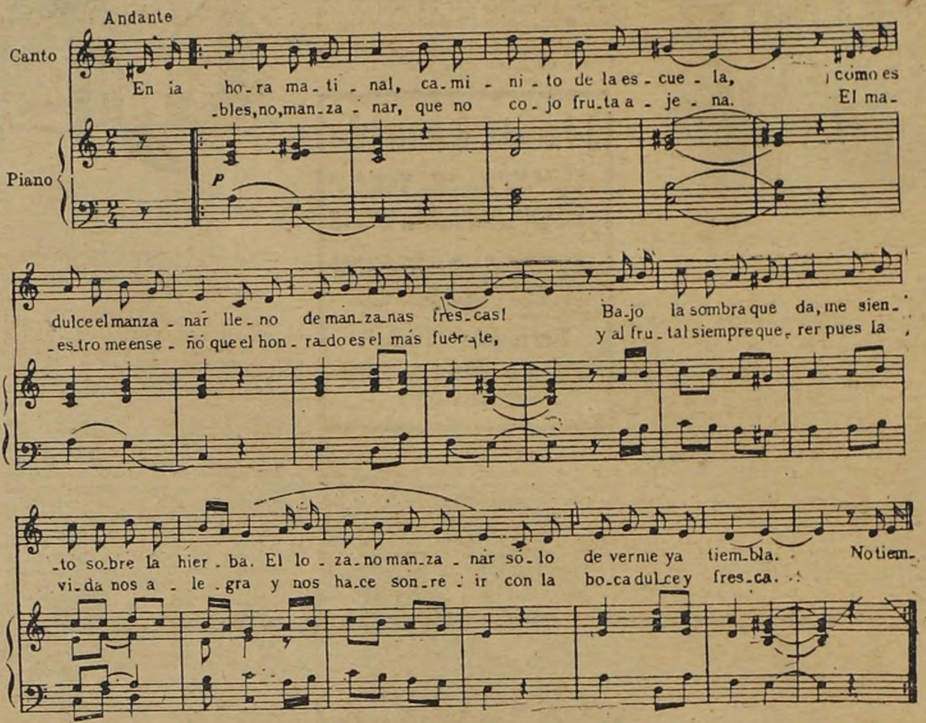
El pobre héroe de la aguja recuperó la movilidad en seguida que pasó la hora de los duendes, y corrió hasta la mesa de trabajo, pero ¡ay! no había sido un sueño: el trozo era realmente más corto, y adiós, pantalón proyectado!

Este suceso le dió que pensar al sastre, y como no le gustaba robar de balde, resolvióse a devolver en adelante cualquier trozo de género que quedara.

Desde aquel entonces túvo buena suerte con su trabajo, y nunca más volvió a molestarle el pequeño ladrón.

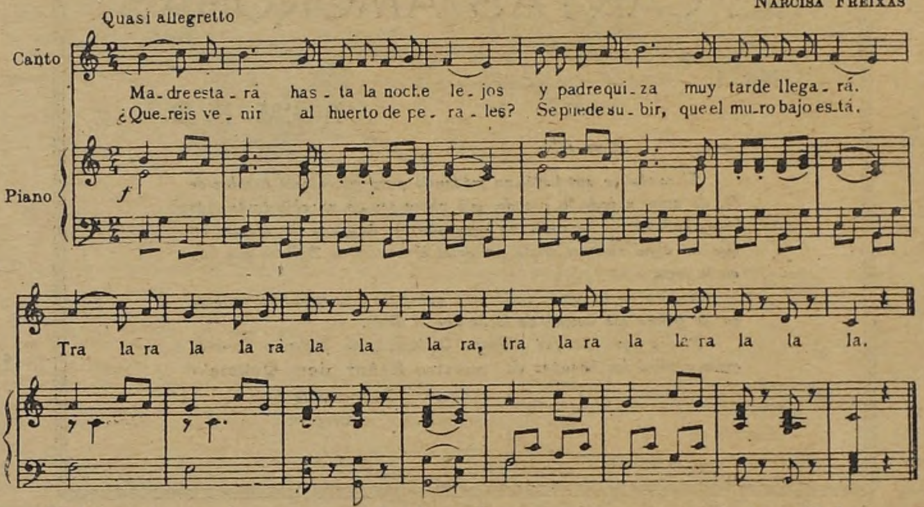
EL MANZANO

NARCISA FREIXAS



LOS BUENOS COMPAÑEROS

NARCISA FREIXAS



Madre estará
hasta la noche lejos,
y padre quizá
muy tarde llegará.
Tra la ra la
la ra la la la ra.
tra la ra la
la ra la la la.

¿Queréis venir
al huerto de perales?
Se puede subir
que el muro bajo está
Tra la ra la, etc.

¿Y si nos ven
bajo de los perales?
¡Ay, si nos ven
y sale el guardián!
Tra la ra la, etc.

Andar, andar,
sigamos a la escuela;
que es viejo papá
y le hemos de ayudar
Tra la ra la, etc.

S. Siljá Pineda.

Quien guarda halla...

El joven Arturo Gröminet estaba muy contento. Había ganado un concurso que le aseguraba para fecha próxima una plaza en las oficinas del Estado, y resolvió festejar el suceso dándose un banquete. Pero pensó enseguida que una comida a sólas no es alegre y que seguramente una linda compañera es el mejor condimento para una buena cena.

Pensado y hecho. Arturo conocía una joven rubia, amable e ingeniosa, que seguramente recibiría bien la invitación. Le escribió en seguida exponiéndole el caso y citándola en el pasaje Jouffroy, no olvidándose poner como posdata: "Habrá champaña".

La joven rubia no faltó a la cita. Y como allá al lado tenían un café, propuso ella tomar un aperitivo antes de la cena.

—Vaya por el aperitivo, muchacha. Todo lo que tú quieras — dijo Arturo, entrando en el café con su compañera.

—¡Mozo, dos maderas! — gritó Arturo tan pronto como tomaron asiento, y radiante de contento.

En esto, al sacar el portamonedas para pagar, vió con espanto que no tenía más que dos francos, justamente para abonar el gasto del consumo, sin propina.

Levantóse, arrojó melancólicamente los dos francos sobre el velador, y salió del café, seguido de su amiga.

Su aspecto había cambiado por completo. Pensativo y cabizbajo, iba buscando la explicación del fenómeno neumático que había hecho el vacío en su portamonedas. Porque él tenía dinero suficiente, lo recordaba muy bien; si no lo hubiera tenido la idea de invitar a Frisette a cenar con él.

Cavilando cavilando..., llegó al descubrimiento de la verdad. Por la tarde le había presentado el sastre la cuenta de su traje nuevo, y, obsesionado por su contento, le pagó, sin percatarse de lo que hacía.

El desgraciado consideró con horror su situación. ¿Qué hacer con aquella buena muchacha, que se estaría recreando con la perspectiva de la alegre cena anunciada? Arturo sudaba en su apuro y no sabía cómo salir de él.

Ya, al pasar cerca de un restaurant, Frisette había dicho:

—Aquí no estaríamos mal.

Pero el salió del paso diciendo que conocía el establecimiento y no le agradaba. Pero aquello no podía durar mucho tiempo; no era otra cosa de ir despreciando todos los restaurants de París.

A todo esto, Frisette comenzaba a manifestarse apremiante.

—Parece que no tiene usted apetito, Arturo.

El infortunado lo que buscaba era un medio decoroso de librarse de su compañera.

Pensó un momento en lanzarse en el primer ómnibus que pasase; pero, desgraciadamente, no tenía ni aún quince céntimos que necesitaba para tal clase de evasión.

—¿Qué hacer?

Arturo notaba que un sudor frío le bañaba la frente.

Por fin, Frisette, un poco desconcertada, dijo:

—Arturo, no dice usted nada, y parece que no tiene usted ganas de cenar. ¿Está usted enfermo?

¡Enfermo! ¡Qué idea! Arturo se agarró a ella como el náufrago a un clavo ardiendo.

—A decir verdad — exclamó con voz doliente, — no me encuentro bien.

—¿Qué tiene usted?

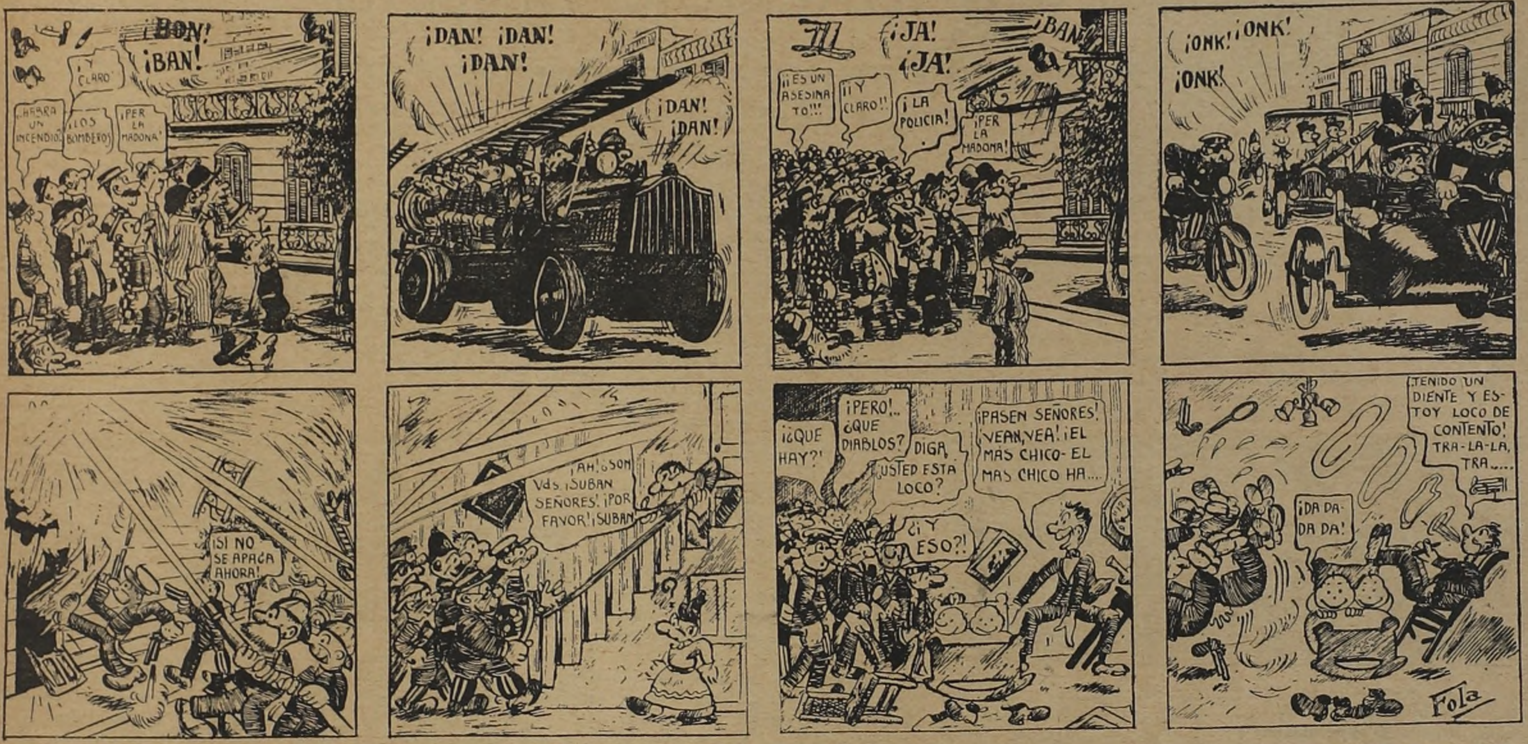
—No tengo nada...; es decir, no sé lo que tengo.

Continúa en la pág. 28

CONCURSO DE HISTORIETAS DE ACTUALIDAD LOCAL

N.º 2 EL PRIMER DIENTE LEMA: FOLA

Las bases para este concurso pueden verse en los tres últimos números anteriores



El "Gran Premio Nacional" de Palermo

Como todos los años, el día que se disputa la gran carrera, ofrecía el Hipódromo Argentino un aspecto imponente.

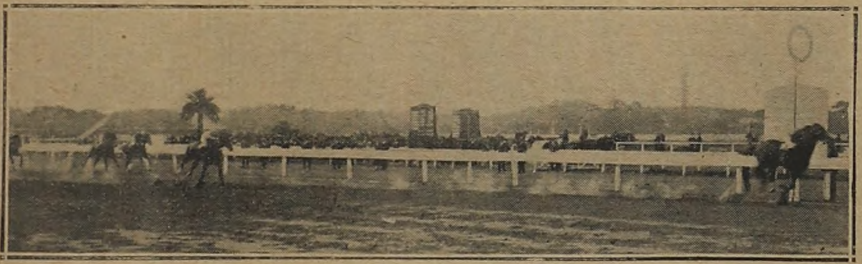
Concurre lo más selecto de la sociedad porteña, formando un conjunto de mujeres bellas que dan la nota alegre y atrayente a la interesante reunión.

Tratándose de la prueba clásica más importante que se disputa en el Río de la Plata, este solo hecho bastaría para despertar el interés de millares de sportmans por presenciarla; aunque casi siempre intervienen otros factores para hacerla aún más interesante; ya sea la perspectiva de una lucha emocionante entre los campeones que intervienen en ella, por el equilibrio de sus fuerzas, o bien para presenciar el paseo triunfal de un *crack*, de un producto excepcional, de una de esas *"estrellas"* deslumbrantes que aparecen de vez en cuando en el escenario del turf, y que se llamaron *Old Man, Botafogo, Rico*, y ahora *Lombardo*.

Estos cuatro nombres solamente bastarían para evocar toda la gloriosa historia del turf argentino.

No podríamos decir, de los tres primeros cual ha sido mejor, pues ninguno de ellos ha tenido un competidor capaz de obligarlo a desplegar el máximo de sus energías; y si no se mantuvieron invictos, ha sido por obra de esos fenómenos inexplicables que ocurren en la vida del turf.

Actualmente estamos en presencia de un gran caballo. *Lombardo*, el excelente hijo de *Saint Wolf*, que alcanzó con su gran triunfo del *Premio Nacional*, la consagración definitiva.



Llegada del Gran Premio. — El crack Lombardo deja a sus rivales por el camino

Por la forma aplastante como se impuso, y por el tiempo excepcional empleado de 2'33' 4|5, con parciales de 1'49 los 1800 y 2'20 los 2.300, creemos que ha superado los cálculos más optimistas que se pudieran haber hecho sobre sus bondades.



De vuelta al pesaje el público lo aclama frenéticamente

Con su brillante campaña de este año, y los grandes éxitos que con seguridad alcanzará en el futuro, *Lombardo* inscribirá su nombre entre los más destacados exponentes del elevage argentino.

Esterilización por presión

Varios sabios norteamericanos, entre los cuales el profesor B. H. Hite, acaban de llevar a cabo muy curiosos experimentos de esterilización por presión. Han conseguido destruir microbios, simplemente ejerciendo sobre ellos una presión de varios miles de kilogramos. Bacterias de la fiebre tifoidea, de la tuberculosis y de la difteria perecieron después de haber estado sometidos a una presión de 14 a 15 mil kilogramos por centímetro cuadrado. La esteririlación obtenida por medio de esta presión es, al parecer, perfecta. Cuanto más considerable es la presión, más rápidos son los resultados.

El procedimiento que se sigue es de los más sencillos. Consiste en encerrar las substancias a eterilizar, en una caja de plomo herméticamente cerrada por una tapadera del mismo metal. La caja se coloca en una máquina especial dotada de un cilindro de acero de alta resistencia que sirve para efectuar la presión. La presión que sufre el continente se transmite al contenido. Debido a la maleabilidad del plomo no es de temerse la rotura de la caja. En los experimentos llevados a cabo por el profesor Hite no se produjo ninguna filtración.

Los enemigos del ajedrez

El juego del ajedrez, que cuenta con tantos entusiastas, ha tenido tal vez más encarnizados enemigos que cualquier otro pasatiempo. Casimiro II, rey de Polonia, que murió en 1814, lo prohibió. Makrisi, en su descripción del Egipto y del Cairo, cuenta que algunas personas de aquella ciudad fueron azotadas en el monte Rebi el año 403 de la Hegira, por orden del califa Hakem, por haber jugado al ajedrez. Jacobo I de Inglaterra no quiso permitir a su hijo que aprendiera este juego. Ingold, dominicano del siglo XIV, escribió un tratado alemán, en el que comparaba siete pecados capitales; el ajedrez representaba el orgullo, y para esto citaba a cierto eclesiástico a quien su habilidad en este juego le había hecho petulante y colérico de un modo intolerable. Una ley promulgada en 1464 prohibía la introducción del ajedrez en Inglaterra. Eudes de Sully, obispo de París, que murió en 1208, no permitía que ningún individuo del clero tuviera un ajedrez en su casa.

Juan de Huss, que murió en 1415 censuraba no sólo las malas pasiones que engendra el juego, sino el mucho tiempo que se pierde en el de ajedrez.

Las Calendas Griegas

Calendas. — El primer día del mes entre los romanos. Del latín, calendæ, derivado del griego *kalein*, llamar, porque el día de las calendas el pueblo era convocado para indicarle las fiestas y el número de días que faltaban para las *Nonas*. En el mes romano había tres días notables que lo dividían: era el día de las calendas, el de las nonas y el de los idus. Habiendo sido las calendas desconocidas de los griegos, suele decirse: *Para las calendas griegas*.

(Continuación de la pág. 9)

al mismo tiempo encantada de la vida. Y corresponde su actitud al movimiento de exotismo más bien de *internacionalismo*, de las nuevas generaciones literarias. Pero Supervielle da la impresión de ser un *universalista* y de desconfiar del exotismo desterminado. Su visión del mundo es menos fotográfica, menos mecánica que la de Paúl Morand; y menos complicada que la de Valery Larbaud. Hay momentos en que nos recuerda, en la paradoja y en la fantasía, el humor un tanto sombrío de André Gide. Jules Supervielle es el propio constructor de sus paisajes, de sus caprichos, de sus crueldades, de sus intenciones: sólo respeta a Dios en los hombres. Y va al infierno del mundo para ratificarse. La lentitud de tal proceso nos deja en el espíritu todos los encantos del placer de descubrir.

León Pacheco.

París, 1924.

LA BONDADOSA LIEBRE

FUE en una capital de provincia. Renovales, el oficial de Fomento y excelente amigo, había recibido a López, el publicista con atenciones inolvidables. Primero le presentó a su esposa; luego le presentó a su perro, sin ceremonias ni etiquetas; después le enseñó la casa y una encuadernada colección de las *Aventuras de Nick-Carter*, para que López viese que él también leía; tuvo la gentileza de asegurarle que estaba más gordo; le invitó a comer honra que aceptó satisfechísimo, y por último, se dignó acompañarle al



Casino donde, sobre el rumor de las bolas del billar y de las fichas del dominó, Renovales dijo debida y completamente emocionado, que su amigo tenía "bastante" talento.

——

Pero cierta noche, muy desolado porque López no conoce el hidalgo juego del tresillo, Renovales salió del comedor — en el que departían amistosamente, apoyados sobre el mantel y amasando bolitas de pan — y tornó a poco con una cosa larga, misteriosa, dentro de su funda verde.

—Chico: ¿que te ocurre? — preguntó López.

Renovales, sonriendo indefiniblemente, descubrió el bulto. Tomó dos pedazos, de acero obscuro y reluciente uno, de madera el otro, y ajustándolos con destreza maravillosa, mostró una escopeta.

—Y ésto, ¿te gusta? — indagó, triunfal.

—Hombre... verás — replicó el otro solícito. — Desde luego, me parece un chisme más inofensivo que el gramófono.

—Te advierto que también tenemos gramófono.



—Pon entonces que no he dicho nada, y absuélveme de mi necedad. Como uno vive siempre entre libros... La ciencia se ofusca algunas veces, lo mismo que la Naturaleza. El pelícano y la bandurria son indudablemente órdenes mal cumplidas o descuidos lastimosos de seres privilegiados. El gramófono, por ejemplo, no me parece un invento. Creo que se trata de una distracción.

El empleado obsequió a López con una carcajada, y, mirando a su esposa, repuso:

—¡Notable!... Pero la caza es un deporte estupendo. A tí, ¿no te gusta el campo?

—Mucho.

—¡Vamos! En algo habíamos de estar conformes. ¿Quieres venir conmigo a matar unas liebres?

—¿Cuándo? — preguntó el publicista, palideciendo legítimamente.

—Mañana.

Titubeó un momento. Aquel hombre acababa de encontrar ridículo el gramófono. Renovales tenía gramófono. Le había, además, invitado a comer. Y muy bien por cierto. La esposa esperaba de la gratitud de López un veredicto favorable.

El cañón de la escopeta, negro y rígido, apuntaba hacia la Fatalidad. López, hombre de la Corte, huroneando entre librotes y folletos, no era gran andarín pero reconocía que la tolerancia fué siempre condición de un hombre medianamente culto..

—Bueno. Iré contigo.

Y añadió, fastuoso:

—Con mil amores...

——

En pleno otero gustaron la ventura de que les amaneciese. Durante una hora, subieron y bajaron. Durante otra, bajaron y subieron. Secóse el rocío de las flores. Las encinas silvestres abrían círculos de sombra en el rastrojo. Volaba, de vez en cuando, con vuelo bajo e inseguro, algún pajarillo.

Y Renovales, con la escopeta apoyada sobre el brazo izquierdo, avanzaba quedamente, avizorando en torno suyo. La paz agraria les arrancaba frases bonachonas.

—¿Sudas?

—¡Pscht! Llevo pañuelo.

—Qué hermoso el campo, ¿eh?

—¡Ya lo creo!

—¡Ahora verás; ahora verás. ¡Silencio!

¡Cataplún!... Tufarada de pólvora; escarabajos prudentes que se hacen una pelota; un ave, a lo lejos, que se eleva de pronto; el perro, que corre; expectación; sol; fragancia de cantueso y tomillo...

La verdad es que Renovales, el can y López, exploran inútilmente. ¿Qué ha sido? ¿Conejo, perdiz? Renovales, con ejemplar flema, murmura:

—¡Granuja! Pues herido, si va. Es la primera vez que se me escapa uno.

López calla, fumando fatigadamente. Sus reflexiones son de profano. Pero, ¿cómo no ha de contrariarle la idea de que ese conejo, herido, se lo encuentre luego un campesino cualquiera en un surco, y se lo coma, sin escopeta y con tomate?

—¿Te cansas, tú?

—No.

—Mira aquel cerro, lleno de olivos. ¡Qué hermosura! Allí "cobré" el domingo pasado cinco liebres. "Hierve" de caza, chico. ¡Es mucho monte éste!...

Y los amigos siguen avanzando. Y la ciudad — bermeja, almenada y prestigiosa — sigue alejándose, alejándose...

Por tercera vez vuelven a saludar a un guarda.

—A la paz e Dios, don Remigio y la compañía. ¿L'ha visto usté?

—Tras ella andamos.

—Ayer la vide en aquella cañá, por la parte que la dicen de Piedras Negras.

—Gracias.

—Vayan con Dios.

Y ¡hala! adelante. Pero buscan sin éxito.

A poco, nuevo encuentro. Es otro labrador, recio, cetrino, lacónico.

—Buenos días.

—Hola, Andrés.

—Acabo de verla. Por ahí, detrás del repecho anda. Salud

—Igualmente.

Y sigue la marcha. Tan pronto se hunden los pies en los terrones como hay que subir una cuesta empinadísima o vadear una torrentera pedregosa. ¡Qué brisa, qué amplitud, qué calor!

Renovales habla poco. López respeta su mutismo. Alguna vez requiere la cantimplora y bebe ávidamente. ¿A quién se refieren las frases de estos labriegos? ¿Quién es *ella*? ¿Es que, en lugar de ir de caza, los dos amigos van de aventurillas amorosas? ¿O corren tanto para matar a una sencilla perdiz, cuando López recuerda que las hay, apetitosas y fáciles y desplumadas en cualquier escaparate?

——

Repentinamente, su buen amigo lanza un grito: — ¡Allí, allí está!..

Se afianza la escopeta, y ¡pum, pum! dos estruendos horrísonos, espantables. El paisaje oscila. López reflexiona. ¡Caramba con estos cartuchos, cuánta importancia dan a una liebre!...

El perro vuela. Renovales aprieta el paso. López siente que su corazón inicia brincos extraordinarios, y, por la prisa, acaba de magullarse los pies en aquel barranco fragoso.

—¿Cayó? — pregunta por fin

—¡Condenada! — murmura Renovales —. Ha escapado. Pero yo te juro que lleva acribillada de perdigones una pierna. ¿No la has visto?

El otro deniega, idiotamente honrado.

—¡Si estaba a diez pasos de nosotros, querido!... No sé cómo ha podido escaparse. Digo, sí; lo sé. Tengo hoy el pulso algo alterado. Debe de ser por el calor. ¿No sudas?

—Un poquillo.

Y mira el reloj.

—¡Zambomba! Las tres y media. Ea, ea; vamos a comer. ¡Cómo pasa el tiempo en el campo!

—¡Vuela! — exclama López filosóficamente. Y piensa: — Tampoco hay escopetas de fuego central que le maten. — Pero como las lonchas de jamón y el vinillo están sabrosísimos, López, bajo el cielo resplandeciente, se resigna.

El perro, con la lengua fuera y los ojos como enternecidos, explora las cercanías infructuosamente. A lo lejos óyense detonaciones aisladas, solemnes, que acentúan la calma del paisaje. Vacío y flácido el morral, parece, con el mudo lenguaje de las cosas, una desolación.

Renovales come, satisfecho, obsequiando fraternalmente al can. Narra aventuras cinegéticas y anécdotas triviales de negociado. El perro y él cambian miradas de inteligencia. López insulta al paisaje, tan seductor, bostezando. Y suena otra detonación. ¿Habrá muerto, por fin, la fementida liebre? Puerilmente, se acongoja...

——

Ya de noche, tornan a casa polvorientos, ennegrecidos, silenciosos. ¿Habrá que decirlo? Renovales no ha cazado perdices, ni mucho menos la correntona, la célebre, la apetecida liebre. Pero, en un ventorro, ha comprado varios conejos, tanto para deslumbrar a su esposa cuanto con la loable intención de no desacreditar el monte que, si es cierto



que debe de hervir de caza, por lo menos a López le consta que está atestado de bellotas, olivas y pedernales.

La mujer oye el ardiente relato cinegético. Y sonríe, viendo los "gazapillos" cobrados, y se deshace en elogios hablando del campo.

—Estará hermosísimo, ¿verdad?

—Maravilloso.

Renovales se despoja del morral, de las botas, de la cantimplora, de la canana. Está épico. Miente no con cinismo, sino con fervor. López siente impulsos de abrazarle. En la oficina, hasta el domingo próximo, será feliz repitiendo tartarinescamente sus hazañas.

El matrimonio y su amigo cenan



con excelente apetito. Renovales es tan apasionado por la caza, que llega a creer ciegamente los embustes que acaba de urdir. López se retuerce el bigote con melancolía y contempla al empleado, orondo, optimista y parlachín. — ¿Dónde está la verdad? — piensa el publicista. — Ni en los libros, ni en el monte. Esa liebre fantasma...

—¿De modo que te gusta el campo?

—Con delirio. Tal vez urbanizándolo un poco... Porque abundan las piedras — observa López.

—¡Guasón!...

—Pero, lo confieso, me he divertido mucho.

—Hombre, — añade el cazador — lo esencial es hacer ejercicio. Vosotros, los sabios, siempre entre librotes... Pues mira, aunque no lo creas, tienes mejor color. Y has cenado bien.

—Sí, es cierto — comenta la mujer. — A éste los aires del campo, le sientan admirablemente.

Oyendo estas palabras misericordiosas, Renovales acaba de entusiasmarse.

—Nada, nada; el domingo próximo vuelves conmigo al monte. ¡Que se te quite el moho, chico! Hay que despejar la cabeza.

Y como la mujer sale un momento, agrega en voz baja:

—Lo que es dentro de ocho días, la liebre cae. ¡Vaya si cae!...

——

López opina que no caerá, pero se guarda de disilusionar a su amigo declarándoselo. Hay ciertos animales que no deben morir nunca. Y uno de ellos es aquella liebre, gorda veloz y amable.

Ella solita trabaja en favor del campo con más fruto que la tuberculosis pulmonar o el poeta bucólico. Vista por guardias y cazadores-oficinistas, su misión consiste en saltar eternamente del otero al barranco y del rastrojo al matorral.

Así, jamás alcanzada por los perdigones, muchos Renovales son venturosos comprándose cananas, cantimploras, ternos de pana y botas de ternera, y esperando con sabrosa inquietud al domingo...

¡Salve, agilísima roedora! El bendito San Uberto la protege. Antaño en las historietas de palacios encantados que nos contaban para hacernos felices unos momentos, había siempre un duende. Ahora, en cambio, todos los cotos de caza encierran, para que los Renovales vivan gozosos, una liebre; una liebre maravillosa que no deja de correr.

E. Ramírez Angel.

Coronas de recompensa

Así como en la actualidad se otorgan medallas a los méritos militares, con el mismo propósito, los romanos recompensaban con diversas coronas. La corona "triunfal" que se enviaba a los generales para que se adornaran con ella el día del triunfo, era de oro y representaba hojas de laureles. La "obsidional" era la que entregaban los sitiados al general que los libertaba; se la hacía de césped, tomado del recinto de la ciudad sitiada. La corona "cívica" era la que un ciudadano recibía de otro ciudadano, al cual había salvado la vida en un combate; la formaban hojas de encina. La "mural", ornada de almenas, la entregaba el general al soldado que había escalado la muralla y penetrado el primero en una ciudad sitiada. El soldado que primero penetraba en el campamento enemigo, recibía la corona "vallar" o castrense, que representaba un atrincheramiento. Y una corona de oro como las dos últimas, ornada de proas, era la recompensa del soldado que en un combate naval se lanzaba primero contra una nave.

EL ENTIERRO

Una c. mpana vibró arisca. Le contestó con una pitada larga y ronca la sudorosa locomotora. Hubo un carraspeo de hierros. Chirriaron los ejes. Unos brazos cruzados por azules cuerdas de venas abrieron la retranca de una rueda empotrada a la pared. La rueda giró vertigiosamente. En la lejanía se enderezó una señal sobre los rieles. La rueda, al surdo comando de un timón que no existe, se detuvo al fin, cansada de dar vueltas como loca.

El fragor del tren se iba perdiendo gradualmente. La estación era una pobre estación de ferrocarril perdida en medio del campo. El andén alto y sucio nos servía de base. De lejos, pareceríamos un montón de trapos negros. Un piar sin tregua se descolgaba de los árboles. El jefe de la estación y dos peones nos miraban embobados. Adentro, en un cuartito caldeado por el zinc del techo, toctocteaba sin tregua el manipulador telegráfico. Eran las quince horas. El sol caía recto con la violencia de una hora adelantada por el horario legal. Era un sol de las catorce horas el que nos arañaba la espalda con la fuerza de su calor insoportable. Se oyó una última pitada, larga y ronca, de la locomotora que nos había traído. El jefe y los dos peones no salían de su asombro. El ataúd reposaba en el suelo. Cerca, era posible oler las emanaciones del cadáver que empezaba a descomponerse. Ese olor "espeso", agrio, que ahoga un poco; que tiene olor a cirios y olor a flores secas y olor a podrido. De vez en cuando una olada insoportable de fetidez nos envolvía como un saludo que nos enviaba el muerto. El último y oloroso abrazo que nos llegaba hasta el estómago.

Ya estábamos en "Las Chircas". ¿Qué hacíamos en "Las Chircas" con aquel muerto encajonado? Muy sencillo: todos éramos unos pobres diablos a los que se nos había metido en la cabeza que éramos poetas, los unos, escritores, los otros, pintores, los de más allá, escultores, aquellos, músicos, éstos... En resumidas cuentas, no éramos nada más que unos ilusos y unos atorrantes. El muerto había manifestado en un poema — escrito cuando todavía la ortografía le era esquiva, — (y le siguió siendo hasta la tumba,) que deseaba "que su cuer-
" po muerto yaciera perfumado por
" las auras vespertinas de "Las
" Chircas", donde el amor me son-
" riera un día haciéndome poeta."

Fué una resolución solemne; Luis leyó emocionado el poema ante el cadáver del poeta que habíamos ido a reclamar al hospital. "Hay que cumplir su "voluntad"— susurró en nuestros oídos algún comedido. Y, aprovechando el dinero de un festival y velada literaria que habíamos dado en un cine, nos pusimos a la tarea de llevar a nuestro "colega" a "Las Chircas", donde el amor y la muerte le sonreían...

Y aquí estábamos, en pleno verano, a las quince horas, bajo un sol de fuego, rodeados por una atmósfera de energía, aspirando el agradecimiento fétido que, a intervalos, nos enviaba el poeta desde el ataúd paupérrimo.



—Ya 'stá el carrito... — dijo la voz gruesa de un hombre con pantalón blanco.

El carrito era un carricoche encargado para trasladar la caja del muerto hasta el cementerio, distante cinco kilómetros, cerca de un poblado que se veía asomar — como mirándonos — por encima de la luminosa línea del horizonte.

Todos se pusieron en marcha. Adelante, con una gran corbata négra, iba Luis. Luis tenía un gran poema para leer antes de darle sepultura definitiva al compañero muerto.

Durante la monotonía de la segunda clase, en el viaje, Luis me habló vagamente de la revelación de Zorrilla ante la tumba de Larra. Yo, embotado por el calor, no comprendía gran cosa...

Cuando el carrito, llevándose el cadáver y arrastrando tras de sí el raído cortejo negro, se perdió detrás de un galpón de zinc, yo caí en la cuenta que no formaba parte del entierro... Estaba aposentado en un banco del andén... Picoteaban las gallinas entre las tirantes y lustradas vías. Un molino chirriaba para espantar el aburrimiento. Pasaban, a lo lejos, unas vacas enormes. Caían en racimos los píos de los pájaros. La atmósfera poseía una enérgica actividad. El sol la traspasaba en una fecundación de oro. Los sembrados distantes semejaban enormes pentagramas negros donde los bueyes y el arado escribían una música indescifrable: tal vez la marcha fúnebre para el cortejo que pasaba. Estuve por levantarme e irme con el muerto. Pero, ¡hacía tanto calor!... Me quedé... Pasó el jefe y me miró espantado. El cortejo, diminuto y absurdo, iba dando tumbos livianos bajo la ferocidad del sol.

Las gallinas seguían picoteando a diestra y siniestra. En la lejanía se oyó un pito estridente. El asma de una locomotora pobló los ámbitos. Al galope, se perfiló un tren en la lejana curva. Brillaban los vagones. Resultaba, negra, enorme, lustrosa, la máquina.

Toctocteaba el telégrafo. Abrió su canto una cigarra. El hombre de los brazos venosos dió vueltas y vueltas a la rueda empotrada en la pared. El jefe se puso una gorrita y salió al andén. El tren se coló con un estrépito formidable. De repente, se detuvo. Los pasajeros viajaban como ebrios. El calor se tornaba insoportable. Subí. Quedé en la plataforma.

Una campana vibró arisca. Le contestó con una pitada larga y ronca la sudorosa locomotora. Hubo un carraspeo de hierros. Chirriaron los ejes...

Remontando la loma, lentamente, distingui el cortejo de mis amigos.

El tren corría libre. Allá, en la estación, los brazos cruzados de venas del hombre, libertaron a la rueda que se quedó girando como loca.

Alf. M. Ferreiro.

"Haz a los hombres lo que quieras que ellos te hagan"; tal es el principio sobre el que descansa toda la moral.

EL ARTE DE CAERSE

El caerse con elegancia y con naturalidad constituye, o al menos debe constituir, una parte de la educación teatral del actor y de la actriz.

Para aprender a caerse en escena es, ante todo, preciso saber tenerse derecho, es decir, firmemente equilibrado, para que la caída sea gradual, y además para no hacerse daño en la cabeza, sobre todo cuando se cae de espaldas, porque en la nuca hay un punto en el que basta un ligero golpe para ocasionar la muerte.

Existen algunos grandes artistas, como por ejemplo, Sarah Bernhardt que se deja caer sin tomar ninguna precaución al parecer; pero realmente, cuando está para tocar en el suelo vuelve el cuerpo un poquito hacia la derecha o hacia la izquierda y extiende la mano por debajo del lado que sea, para amortiguar la fuerza del golpe, y sobre todo, para no darse en la nuca con las tablas del escenario. Al acabar de caer, con un ligero movimiento, se tuerce y se pone completamente boca arriba, pero lo hace con tal rapidez, que los espectadores creen que ha caído completamente de espaldas.

La indulgencia para los defectos propios y la severidad para los agenos, son un mismo vicio.—*Nicolet.*

Muchas veces somos felices sólo con presenciar la felicidad de los otros. — *Corneille.*

Modas

Para la época de los viajes. Lo que la moda nos ofrece

Ahora que el buen tiempo se aproxima, la imaginación se complace en combinar excursiones y paseos, para los que son indispensables atavíos apropiados reveladores siempre, del refinado gusto y sentido práctico de su dueña.

Es por eso, que al ver desfilar en muelles y estaciones a todas esas anónimas viajeras, pretendemos hacer psicología, y descubrir algo de su idiosincracia a través de su vestimenta; pocas son en verdad, las que exteriorizan conocer a fondo el difícil "arte" de viajar; pocas las que comprenden la justa medida de lo supérfluo y lo necesario. Es preciso reconocer, que no son numerosas tampoco las mujeres que saben vestirse de una manera adecuada, que poseen el traje impecable, realzado sin embargo, con algún vistoso detalle.

Esto es inexplicable si se considera que el traje de excursión es en el momento actual, el que más se lleva, puesto que la moda del día, ha impreso a todas nuestras "toilettes" un sello deportivo, indicado para las partidas, así como los géneros preferidos, tales como los escoseses, chinescos y a cuadros, que son los únicos que soportan sin sufrir mayores deterioros, la tierra de las carreteras y el polvo de carbón de los vagones

Veremos pues, cantidad de tapados, de anchos motivos a cuadros, de corte sencillo y holgado; moda ésta, que solo debera ser adoptada por aquellas que, posean el privilegiado don de una línea fina y esbelta, ya que, como es sabido, los géneros cuadriculados, tienden siempre a engrosar la silueta. Estos "manteau" de viaje, sólo van realzados por algún cuello de cuero de algún tono que armonice, al que acompañarán un sencillo "canotier" o la pequeña y sentadora "cloche" del mismo material, así como los zapatos haciendo juego, detalle éste, que se considera como manifestación de la más exquisita elegancia.

Los grandes cuellos, que tanto furor hicieron, cuando su aparición adornando los tapados de viaje, se ven ahora reemplazados por el cuello recto y angosto. A veces es una simple tira abotonada a un costado, infinitamente más práctica que los de la moda anterior, que sólo utilizan ahora, las modistas de tercera categoría.

Si el pequeño vestido de viaje que asoma bajo estos "manteaux" está confeccionado con alguna tela de fantasía, deberá ser este bien sencillo, solamente alegrado por uno de esos cinturones de cuero rojo o verde, que ya hemos visto sobre la mayoría de los trajes más elegantes, de la estación, y por el siempre sentador cuello de piqué u organdí blanco. Hay que desconfiar de los tableados muy finos, que aunque de un preciosísimo efecto resultan poco prácticos en los viajes, donde se despliegan con suma facilidad, y donde es casi imposible recurrir a la plancha para su restauración.



Es conveniente pues, elegir, las formas que lleven las delanteras adornadas de anchos pliegues chatos, y luzcan la espalda lisa, sin el más pequeño adorno.

Otra indumentaria de viaje, encantadora y juvenil, consiste en el "tailleur" de "reps" unido, sobre el que viene a colocarse una capa de medio largo a cuadros, en el tono del traje. Debemos confesar sin embargo, que a estas fantasías preferiremos siempre la chaqueta recta, cayendo hasta casi el borde de la falda; la chaqueta de corte severo y clásico, sobre la que quedarán elegantísimos los colores abigarrados de una "echarpe" sabiamente elegida.

Habrá quien encuentre este conjunto falto de originalidad e ingenio. Pero en cambio posee caracteres de una irreprochable elegancia y de un indiscutible "comme il faut".

No hay que olvidar tampoco, que hablamos aquí de excursiones o viajes a efectuarse en ferrocarriles y vapores, habiendo prescindido en absoluto hasta el momento, del automóvil, para el cual están permitidas las más arriesgadas fantasías

Los mil otros detalles que componen el equipo de la viajera elegante, deberán ser elegidos después de un cuidadoso exámen, tratando siempre de que ellos ocupen el menor espacio posible, para evitar así el "encombrement" doblemente molesto en casos de viaje. Esta habilidad se adquiere generalmente, después de efectuadas varias giras, por eso, resultará conveniente consultar de antemano, con personas que hayan realizado ya algunos viajes y hayan adquirido en ellos la pericia necesaria para desenvolverse con las mayores comodidades.

Los modelos que publicamos son de una extricta novedad y una exquisita sencillez, por lo que esperamos serán adoptados por nuestras lectoras, cuando, tengan que efectuar alguna excursión, aprovechando los hermosos días que se inician.

La fuerza humana

El hombre no es tan endeble como se le quiere suponer relativamente a los animales.

La fuerza muscular, de los dedos sobre todo, es admirable; sujeto ha habido que con el pulgar y el índice de cada mano ha doblado una moneda de plata, siendo así que para producir el mismo efecto por medio mecánico sería preciso colocar la moneda sobre dos puntos de apoyo y cargar en el centro de ella un peso de 70 kilogramos.

También se ha visto romper huesos de damascos entre los dedos, lo que equivale a un desarrollo de 30 kilogramos de presión.

Nuestros músculos son capaces de desarrollar accidentalmente una fuerza superior a la de una máquina de dos caballos.

Hogar

Fondo de bandeja y servilleta de té

Mide este fondo para bandeja 34 centímetros por 18 y se hace, como todo el juego, en crépe blanco brillante.

Se adorna con dos ramos: uno formado con jazmines, narcisos y miosotis se bordan con azul en dos tonos. Los troncos de los dos ramos se bordan con dos verdes y las cintas que los sujetan, con rosa. Todo el trabajo se hará a punto de tallo.



azulinas, y otro con miosotis y amapolas. Los narcisos se bordan con amarillo los pétalos y el centro, con negro. Los pétalos de las azulinas se hacen con dos tonos azules.

Los estambres de las amapolas son negros, y los pétalos rojos. Los

La servilleta de té mide 30 centímetros de lado. Está adornada en una de las esquinas con un ramo de amapolas rojas, con el centro negro, y de azulinas hechas con dos tonos azules. Los troncos se hacen a punto de tallo como las flores.

Un armario práctico

Si existe en la casa, en el ángulo retirado de una habitación o en el fondo de algún corredor o galería algún hueco estrecho en la pared, demasiado exiguo para otro destino útil, podemos aprovecharlo tranformándolo en armario de secciones superpuestas. Allí pueden ubicarse los sombreros, las prendas de más corriente uso y los accesorios de "toilette" que conviene tener más al alcance de la mano.

Los sombreros y los vestidos de lujo tienen ya su ubicación especial en cajas y envolturas de papel de seda; pero es inútil complicar el embalaje de las prendas que se usan comunmente y que es necesario remover varias veces por día.

Colóquense, pues, en el hueco, estantes dispuestos de manera que el de arriba sostenga soportes de varios tamaños, para los sombreros.

Debajo puede ubicarse ropa blanca doblada, y en la tabla que la soporta se colocarán perchas para colgar blusas y sacos. Dos cajones en la parte baja serán útiles para utensillos más pequeños y delicados.

En una caja forrada de cretona, ubicada en la parte interior de la puerta, puede ser también de uso inmediato, como cepillos, etc. El espesor de esta caja debe estar calculado para que no arrugue las blusas al cerrar la puerta.

En la parte exterior de la pieza colóquese un espejo de forma graciosa, propio para adornar la pieza, tanto como para contribuir al decorado del conjunto.

Un delantal para zurcir

Para la dueña de casa atareada el delantal para zurcir le resulta de gran comodidad, si tiene mucho zurcido y remiendos que hacer. Tómese un trozo de cretona como de 30 centímetros de ancho y 40 de largo. Hágase un bolsillo profundo que atraviese todo el ancho. Arriba agréguese una serie de bolsillos pequeños y conclúyase arriba, en la cintura, con una cinta que se ate alrededor del talle. Las medias y otras cosas que se van a zurcir, se guardan en el bolsillo grande de abajo; las sedas, hilos, y algodones de zurcir, agujas, dedales, y tijeras, en los bolsillos más pequeños.

Luego, con sólo atarse el delantal, se tendrán todas las cosas necesarias para zurcir, juntas y alrededor de una.

Piénsese en el tiempo que se ahorra en esta forma. Piénsese en la cansadora búsqueda de la aguja de zurcir, perdida, el ovillo o el dedal, y para cuando se los ha encontrado... es hora de preparar el thé o la comida.

Otra ventaja del delantal para zurcir es que se puede guardar todo en un instante, con solo doblar el delantal.

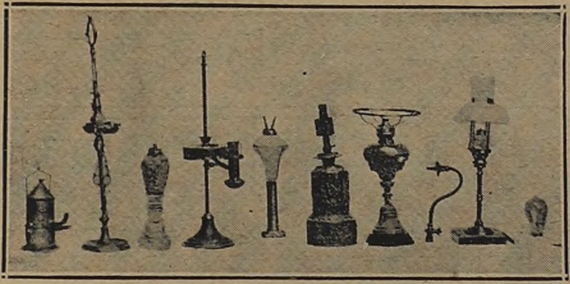
Guantes y bolsillos combinados

Una novedad que será bueno conocer, es el punto de cruz muy sencillo y muy en boga en estos momentos. El tiene una aplicación muy interesante en el juego de guantes y bolsillos y se presta especialmente para un regalo a una amiga. Sabido es que los guantes, en su forma elegante de grandes vueltas, son de un precio bastante elevado. Sin embargo, puede conseguirse estar a la moda con este complemento y sin gran gasto; se consigue esto aplicándole a unos guantes comunes, unas vueltas en moaré, que se bordarán con algún motivo apropiado en punto de cruz, en uno o dos colores.

El "chic" verdadero se conseguirá, haciendo desaparecer de paso todo concepto de economía si con los guantes así preparados se usa un bolsillo de mano, bordado también con los mismos motivos, al punto de cruz; este es el bordado más fácil de realizar, y se presta a combinaciones muy lindas y caprichosas.

La evolución de la lámpara

El desarrollo de la lámpara ha sido extremadamente lento. En los siglos anteriores a Argand, todos los esfuerzos se concretaron a multiplicar el número de los pabilos y a escogerlos de una gran capilaridad. Con respecto a la cantidad de luz emitida, los esquimales, debido a las ventajas que su posición geográfica les proporciona, inventaron una lámpara superior a cualquera otra de las que estaban en uso en las naciones civilizadas de hace tres siglos. La historia de la lámpara empieza por los elementos brutos de la naturaleza, tales como piedras, conchas marinas y huesos, que proporcionaban depósitos para las grasas o aceites. Las estructuras de las lámparas reflejan las etapas del progreso del mundo, así como los materiales usados, habiendo sido sucesivamente de piedra, de alfarería, bronce, hierro y cristal. También hubo transformaciones en el depósito, el pabilo, los tubos y la calidad del aceite. De los últimos cuarenta años a la fecha la luz eléctrica ha sido perfeccionada hasta llegar a ser el tipo de lámpara incandescente de arco. En la fotografía aparecen las variaciones en la evolución de lámpara a través de las edades. De izquierda a derecha se miran: lámpara de bronce; candil de bronce; lámpara de cristal, ardiendo igual con aceite o manteca; lámpara de chimenea, invento de Argand; lámpara, ardiendo con fluido o petróleo; lámpara de chimenea, con brasero de ventilación; lámpara de gas incandescente para quemador de gas; lámpara eléctrica incandescente.



Las diversas etapas de la evolución de la lámpara incandescente

PARA LA MUJER

EL BRILLO DE LAS UÑAS

Indicamos a las damas que deseen ostentar uñas hermosas, que deben usar el Esmalte de China, con el cual obtendrán un brillo realmente encantador.

Como el Esmalte de China viene preparado en los colores natural y rosado es conveniente emplear aquel uñas.

En muchos casos, el héroe no es más que una variedad del asesino.

Autorizadas opiniones sobre una nutrición científica

El extracto de malta es un alimento que si no existiera habría la necesidad de inventarlo. Son realmente sorprendentes los beneficios de este preparado como tónico y como alimento, siendo su valor nutritivo y digestivo reconocido por todo el cuerpo médico nacional y recomendado especialmente por su elevado porcentaje de elementos extractivos asimilables en los casos de debilidad general, lo mismo que para los enfermos del estómago o las madres que crían, a quienes les aumenta extraordinariamente la secreción láctea y en los convalescientes produce una verdadera satisfacción sus resultados.

Creemos por lo tanto de utilidad pública dar a conocer, las interesantes opiniones de distinguidos médicos sobre el resultado de la malta en sus diversas aplicaciones.

El doctor Pouey considera "que el extracto de malta Montevideana es un excelente preparado muy útil en la alimentación de los enfermos".

El doctor Bottaro manifiesta estar satisfecho de los resultados obtenidos con el uso del "Extracto de Malta Montevideana".

Los doctores Lenguas y Veiga emplean desde hace tempo el "Extracto de Malta Montevideana" y lo consideran un excelente tónico y reconstituyente".

Es interesante y debe siempre tenerse en cuenta que ha de preferirse la malta libre de alcohol; cualquiera de las dos fabricaciones nacionales, MONTEVIDEANA Y URUGUAYA reunen las condiciones necesarias exijidas por los médicos.

Pasatiempos

CHARADA

A todos, afectuosamente.

Con gentileza exquisita
me reclama el director;
al recibir tal honor
vengo encantada a la cita.

Alguno me gritará
cuarta dos tercia postrera
pero él, que ansioso me espera
el *prima dos* sonará

No tengo la pretensión
de eclipsaros en ingenio
pués, careciendo de "genio"
fuera absurda mi intención

En prueba de simpatía,
en mi preciosa *total*
les traigo un *prima inicial*
que os colmará de alegría

Afectos, no admiración
siempre anhelo conquistar
adónde quiero reinar
es en vuestro corazón!

Violeta de los Alpes.



ANAGRAMA

A La Reina Mab.

Valsó nuda la reina Mab

Que Vd. desnuda ha valsado
dicen dos actrices bellas;
he aquí otra vez demostrado
"El mentir de las estrellas".

Juan Sergio.

ANAGRAMA

FLORCITA DE MI SER

Si te inspira la poesía
o matizas tus amores
con esencias y colores
de una dicha que se ansia;
si practicas caridad
o recoges buena parte
de las ciencias o del arte
bien nutrida de verdad:
canta siempre cual zorzal
en estilo provenzal.

Calunga.

FRASE COMPRIMIDA



Danao.

COMPRIMIDO

G

Padre nuestro

que estás en los cielos...

Dolora.
(Unión).

METATESIS

A El.

1 2 3 4 5 — Colega
5 2 1 4 3 — Sagrado
1 4 3 5 2 — Apellido
2 4 1 3 5 — Geométrico
3 5 1 2 4 — Varón.

Italia.
(San José)

ANAGRAMA

A Italia, con simpatía.

CALLO SI;
OIGA MAB, DEME MI LIRA

Dos obras aquí veréis
de gran escritor francés.

Stella di Savoia.

ACROSTICO FLORAL

O X X X X
O X X X
O X X X X X X
O X X X X
O X X X X X X X
O X X X X X X X

Sustituyendo las O y las X por letras se leerán, en los círculos, el nombre de un naturalista y en las X seis nombres de flores.

Capitán veneno.

COMPRIMIDO

L E S

El conde Feix.

ANAGRAMA

A Hamlet, con admiración.

Dí, ¡Oh Yorik!
Dí, ¡Oh espectro!
¡Te dan vida y lloras tu muerte
sin venganza!
¡Oh, ni dudes Hamlet.
"Ser o no ser"
'Ecco il problema"
Ofelia, loca por ti, tira rosas

Con poetas de mi predilección
te ofrezco mi admiración.

Belkiss.

JEROGLIFICO

A Mandolo.

DOS PAJAROS

Siremo.

ANAGRAMA

A Elio

ESTELA
VI OLAS DEL PO

A la colaboradora
por gentil y encantadora.

Michito.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

S O N A S

Dante.
Peñarol.

COMPRIMIDO

5 0 0

Apolo.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

5 0 0 1

Sesostris.
Unión.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

A Hamlet.

NONO
HAMLE (invertido)

Artagnau.

ANAGRAMA

A la talentosa Alice.

BESO TUS MANOS

De Egipto antigua ciudad,
negación y conocido
en nuestra Universidad

Don Juan Tenorio.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

A Pálida Luna.

REMISAS

Amalia.
Pocitos.

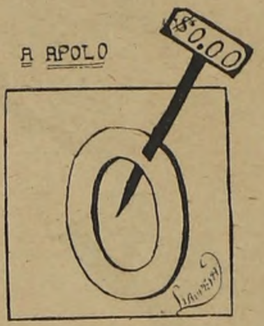
COMPRIMIDO ANAGRAMATICO

Al colega...

S S S S

Alice y Otrebor A.
(Pocitos).

J. Cº MATEMÁTICO



SOLUCIONES DEL Núm. 302

A la intercalación anagramática de *Wallace Reid*: (salió repetido) a la tarjeta anagrama de *Adonai*: Sosa-Terra. Al logogrifo de *Perlette*: Leonidas. Al jeroglífico de El *Conde Félix*: Un ave canora. Al anagrama de *Fénix*: Alcides de María. Al jeroglífico comprimido de *Adonai y Siremo*: Una fea ibera. Al Jeroglífico comprimido de *Ana Bolena*: (salió repetido). Al enigma de *Set Tifón*: La gota de rocío. Al anagrama de *Héctor*: Ariosto. Al anagrama de *Virgilio y Cicerón*: (salió repetido) Al charadístico de *Virgilio y Cicerón* Acorazado. Al jeroglífico comprimido de *Adonai*. Al comprimido anagramático de *Wallece Reid*: Aquiles. Al anagrama de *Carmencita*: Bartolomé Esteban Murillo. A la metátesis de *Ana Bolena*: Polo. Al jeroglífico comprimido de *Don Juan Tenorio*: Subire a tu lecho. Al anagrama de *Italia* San José:: La Reina Mab. Al jeroglífico de *Armando Lios* Estela.

CORRESPONDENCIA

Violeta de los Alpes: ¡Adelante gentilísima y modesta Reina de Pasatiempos!

Su presencia en esta sección es un honor muy grato para nosotros.

Cuando se crean afectos tan hondos como los que Vd. ha logrado crear, (¡cuánto la extrañabamos!) no es posible deshacerlos sin sentir el dolor agudo que produce ese alejamiento, aunque sea momentáneo. Gracias, muchas gracias por sus amables palabras, y por su deliciosa charada.

Juan Sergio: El espacio amigo, el espacio. Si de mí dependiera no dudo de que hasta el más exigente quedaría complacido. De acuerdo con Vds. respecto de los que se lanzan a la arena, etc., pero no entiendo en virtud de que debí haber lanzado con anterioridad *la palabra amistosa*. ¿Es que era necesaria *la palabra amistosa* para disipar una prevención que quiero suponer no haya existido?

No me explico de otro modo la *retirada estratégica* de los capitanes, como Vd. los llama...

Sus trabajos revelan un ingenio de purísimo estilo y una corrección poco común. Estimaría que las soluciones de los juegos en figura las anotara al dorso de cada una.

Retribuyo sus amistosos saludos.

A todos: Trasmito a los colegas el saludo de Violeta de los Alpes y Juan Sergio.

Siremo. Agradezco en nombre de los colegas su donativo. El problema, aunque muy ingenioso, carece de interés dado que es simplemente la demostración de una ley física que seguramente ignoren muchos colaboradores. Hago esta aclaración por entender que sólo atañe a esta sección lo que sea de interés general.

Alice: ¿Y las charadas? Pasatiempos las reclama. ¿Vendrán? Saludos afectuosos.

Dolora, Dina, Wagram y Juademar. Desesperanzada, Fénix, El conde Fénix, Euterpe y Mireya. En mi poder vuestras colaboraciones que trataré de publicar. Conforme se vayan analizando los trabajos se seleccionarán para ser publicados.

Corita de R: Es Vd. tan simpática como optimista. Los de barreras afuera no pensarán retribuir *aquello* por *eso*. No obstante se publicará su charada alusiva a los *confites*...

Mandolo

ASEGURAN QUE...

Las uñas de un hombre de 70 años se renuevan a lo menos 186 veces. Calculando el largo de la uña en 1 1|4 centímetros, si la dejáramos crecer llegaría a tener 2 metros 32 centímetros.

—Por lo general viven más tiempo las personas cuya comida principal es el almuerzo. Obedece esto a que por la mañana el estómago está más fuerte y vigoroso.

—La mortalidad entre los solteros de 30 a 45 años es muy grande; pasa del 27 %, mientras que entre los casados de las citadas edades la proporción no pasa del 18 por ciento.

PRECIOS COLONIALES

La vara de lienzo, quizá por ser el lienzo el artículo más corriente y de una calidad y valor uniforme, fué en tiempos de la conquista y en los primeros de la colonización, un substituto de la moneda, que escaseaba en metálico, y se la tomaba como base para establecer el arancel de los demás artículos. Así, un banco "bien hecho" valía, en 1575, una vara de lienzo; un arado con su timón de laurel, dos varas; unas botas, dos; unas pantuflas, una vara y media de lienzo; diez cuchillos, una; una ropa forrada y guarnecida, tres; un pliego de papel, una vara.

PARA DESCUBRIR FALSIFICACIONES

Canela. — Se conocen dos clases principales. La canela de Ceylán, la más estimada, presenta delgadas cortezas enrolladas las unas sobre las otras, de un color cachunde claro, y de olor y sabor agradables.

Se venden a veces canelas de las que se ha extraído la esencia: en este caso, la falta de sabor permite reconocerlo.

PARA LAVAR LAS MEDIAS DE SEDA

Las medias de seda, tan usadas durante el verano, por su elegancia y sobre todo por lo agradable que son, debido a su suavidad, exigen un cuidado especial a fin de evitar su deterioro, por lo cual no deben ser lavadas fuera de la casa. Con ese fin hágase hervir en el agua afrecho encerrado en una bolsita. Al cabo de una hora lavar las medias en esta agua. Se hace luego secar sin enjuagar.

CURIOSIDADES

Más de una tercera parte de la superficie total de la tierra está cubierta de árboles.

—Con ayuda de la electricidad se extraen del aire cal, sosa y amoníaco.

—Los casos de longevidad son más frecuentes en los países donde ocurren pocos nacimientos.

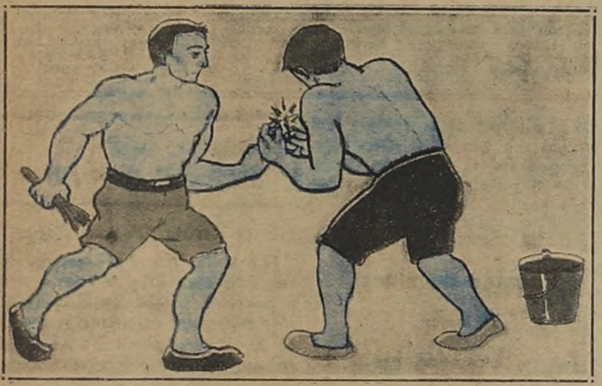
—Los billetes que despacha en un solo año una compañía de ferrocarriles de Inglaterra, pesan más de cincuenta toneladas.

Mosquilla y su perro en el circo

(Continuaciòn del numero anterior)

Son los equilibristas que se disponen a realizar sus complicados y peligrosos ejercicios en las barras fijas, en los trapecios y sobre el alambre; hablan en alemán, y todos se tambalean por efecto de sus excesos en la bebida. Afirman, como pueden, en el suelo sus armatostes; sujetan los cables, la música marca un tiempo de marcha; pero entorpecidos e idiotizados por el vino, ni uno solo acierta a realizar medianamente su trabajo.

Rodembac, levantándose de su silla, les increpa a grandes voces, a las que ellos contestan despectivos con insolentes y sonoras risotadas. A punto está el director de tirarles



la poltrona a la cabeza por su falta de respeto; cuando la oportuna aparición de un clown musical, de cuerpo ligero y flexible como una libélula atrae en un momento la atención de todos, sobre la maravilla de su flauta. Viste el músico largo frac escarlata, calzón negro de punto, altísimo sombrero de tubo y una monumental corbata de brillantes colorines. Toca, baila y gesticula a la vez, al compás de una alegre fantasía. Haciendo burla del triste papel que, derrengados sobre la alfombra, representan los ebrios gimnastas, va caracolendo entre sus cuerpos, con burla que celebran todos los presentes. El propio Rodembac se ríe tanto, que su panza salta como carro sobre pedregal. Acabada la fantasía toca el clown una aria con la nariz, previa una mueca rarísima; y después, acompañando el ritmo con las piernas, desaparece, al son de un paso doble coreado por los espectadores.

En medio del entusiasmo, salta Tom al ruedo, y esboza con donaire unas sevillanas entre un estruendo de aclamaciones. Inmediatamente entran los elefantes y forman un castillo que nuestro perro corona lleno de gracia.

Llega después el domador Bertoldi: un hombre medio fiera, con ojos de oso y bigotes de gato; fuerte, rígido y de fruncido ceño, dibuja la altivez y la soberbia. A sus voces cortadas y enérgicas se despeja el ruedo y adelantan, con donaires femeninos, las focas de pelo grasiento y andar bobo. Puestas en círculo en medio de la escena, a un chasquido del látigo, una enorme pelota, que sostiene en equilibrio sobre su hocico la más joven, comienza a volar de una a otra con la misma seguridad con que un astro debe seguir su órbita inmutable; de pronto una nueva pelota cae en el centro, e inmediatamente recogida por uno de los animales, va a seguir pausadamente la ruta de la primera. Cae la tercera pelota y emprende la misma trayectoria; y después de esta otra, y otra y otra más, hasta que la pista ofrece la ilusión de un ordenado sistema planetario. El domador Bertoldi se agita en el centro de toda aquella maravilla como un sol, encendido y rutilante de vanidad y altanería.

Todos aplauden el trabajo; Rodembac felicita al domador a gritos; un pequeño payaso, llevado de su entusiasmo, se acerca demasiado al cuadro, y sin querer, distrae a uno de los animales. Bertoldi da un rugido de hiena, y le suelta un tremendo latigazo en mitad de la cara. El sollozo entrecortado del pobre chiquillo agita al público en un movimiento compasivo, en el momento en que leve y cristalino, el sonido de mil cascabeles, cayendo como mansa lluvia sobre la multitud, le devuelve instantáneamente la serenidad y requiere de nuevo su atención hacia el espectáculo. A Bertoldi y sus focas han sustituido en el escenario tres extravagantes excéntricos bailarines. Con ademanes de mono van y vienen saltando en acompasado ritmo; como muñecos autómatas, movidos por manos ocultas, se agachan, se perfilan y se inclinan los tres a un tiempo; diríase que un invisible mecanismo mueve a la vez los miembros de cada uno. De pronto, subrayando la música, lanzan un chillido, musitan la melodía con la boca cerrada, y entrecruzando los brazos, recorren de extremo a extremo la pista, como un solo cuerpo con seis patas.

—¡Bravo! — exclaman a una todos los payasos. — ¡Muy bien! rezonguean los gimnastas medio dormidos entre los bártulos de su oficio. — ¡Estupendo! — grita Rodembac levantándose: y todos, sin darse cuenta, comienzan a marcar con los pies el compás de la música. La locura del baile ha contagiado a toda la concurrencia, y cada uno en su puesto se rebulle atacado por el frenesí de aquella extraña melodía. La música continúa cada vez más insinuante, más fuerte, marcando mejor el ritmo de la danza; y la multitud bailando ya francamente, invade poco a poco la pista. Entran los payasos, entran los gimnastas ebrios entra Bertoldi, entra Rodembac, y hasta el mismo Tom y el propio Mosquilla; y no quedan fuera más espectadores que el perrazo negro y las juiciosas fieras, atónitas dentro de sus jaulas.

Nuestro Mosquilla, en medio de aquel tumulto, remedando la figura del Angel exterminador de la Biblia toma un látigo, y comienza a fustigar a todos, con su trenza, como si fueran animales.

¡Va para tí, Maestro! — grita castigando al de equitación, del primer trallazo. — Para que aprendas a ser menos envidioso y no fatigar sin entrañas a tu pobre amazona sobre el caballo.

—Este es para vosotros, golosos gimnastas, por borrachos.

—¡Toma tú, orgulloso Bertoldi!; para que aprendas a ser menos irrascible con los desvalidos.

—¡Y a tí por perezoso!, ¡y a tí por egoista!, ¡y a tí por explotador!

Huyendo de los inofensivos latigazos de Mosquilla, todos los danzantes van desapareciendo, entre carcajadas, hasta dejar solos en medio de la pista a nuestro héroe y a Tom, que en un arranque de locura se ha montado sobre un asno, y toca ahora furiosamente una trompeta.

Un aplauso general corona la imprevista apoteosis; todos celebran la ocurrencia de nuestros amigos; y entre murmullos y comentarios de aprobación apagan las lámparas, y se retiran a sus carros despejando el campo.

Al poco rato la oscuridad lo invade todo; encima, en el cielo, parece que el número de estrellas se ha multiplicado. Sólo se oye el respirar jadeante de Tom, que con un palmo de lengua fuera de la boca, mira sin ver y agita las orejas sin oir, como alocado.

Nuestro hombre medita. Se figura haber presenciado el desfile de los siete pecados capitales. Hasta entonces no se le había ocurrido que los vicios vinieran a ser como ridículos vestidos de las almas, de los que es preciso que nos despojemos para ser gratos, no solamente a la vista de Dios, sino a la de los hombres.

Rodembac era la avaricia. Bertoldi, la soberbia. Los gimnastas, la gula. Bobi, la pereza. El maestro de equitación, la envidia. ¡Qué asco!

En esto, un sordo ronquido del perro, viene a distraerle. Del interior de uno de los carros, se filtra aún la mortecina luz de una vela encendida. De puntillas se dirigen hacia ella; llegan, escuchan. Dentro, se percibe un rumor apagado de platos que chocan. Empujan suavemente la puerta. Una niña de siete años, pobremente vestida, arremangada sobre un anchuroso cubo, lava la vajilla de la cena. Al ver entrar a sus visitantes, los recibe sin sobresalto, con una sonrisa clara, de amiga, como si los hubiese conocido siempre. Se seca rápidamente las manos, estrecha la de Mosquilla, hace una caricia a Tom, y dice simplemente:

—Me llamo Alicia. Cuando os vi llegar al campamento hubiera querido ir a saludaros; pero como estabais con el Sr. Rodembac, me dió miedo de acercarme, porque el director me recibe, las más de las veces, a puntapiés.

Y diciendo esto, con gran soltura y donaire, pone dos taburetes *vis a vis*. y les invita a sentarse.

Nuestro Mosquilla, sorprendido por aquella ingenua familiaridad de la desconocida, se quedó mirándola unos momentos en silenciio, con el corazón sobresaltado. Tenía Alicia una frente nítida como la luna; abundante cabellera de oro, ojos negros y brillantes, boca de sonrisa, y un pétalo de amapola en cada mejilla. Hablaba precipitadamente, frunciendo el entrecejo y apretando los labios en un gesto como de disgusto. Al callarse, abría los ojos desmesuradamente, como asustada de sus propias palabras.

Nuestro Mosquilla le preguntó por su oficio y la causa de encontrarse trabajando allí a tales horas. Ella le contó que era hija de aquella pobre malabarista que al llegar habían visto sosteniendo en equilibrio aquel castillo de chirimbolos, sobre la frente; que Rodembac les hacía trabajar en la limpieza de la ropa y de la vajilla; que cuando su madre caía rendida de cansancio, ella continuaba sola la faena, y que en ésta, a veces, le sorprendía el sol del nuevo día. Que su madre se quejaba a Rodembac con frecuencia; pero que aquel le respondía con amenazas de dejarlas abandonadas en mitad de la carretera si no se conformaban; que era la única niña del circo, y que no tenía más amigo en él, que al tigre.

—¡Cómo el tigre?! — exclamó Mosquilla. Tom, por su parte, dió un pequeño salto, espantado.

—Sí, sí, el tigre, — afirmó Alicia. — ¿Es que no le conocéis aún? Este animal es la única criatura buena que nos acompaña. — Y prosiguió con entusiasmo. — Le llaman King, que quiere decir rey; es dulce y cariñoso como un gatito; sabe hablar y reir, y mira con ojos tiernos, como los de un cordero. Todos le temen; pero a mi madre y a mí, como le servimos la comida, nos quiere mucho y nos lame las manos. Venid, que os lo presentaré.

Y diciendo esto, se levantó, y de un salto se plantó fuera del carro.

Mosquilla y Tom la siguieron maquinalmente. En el extremo opuesto del campamento con la cabeza apoyada contra las rejas de su jaula, y una pata colgando fuera, el gran tigre dormitaba. Cuando lo distinguió Alicia, obligó con un gesto a sus amigos a caminar de puntillas; cortó un largo tallo de la pradera, y alargando el brazo, tocó suavemente con la espiga la nariz de la fiera. Al sentir el cosquilleo, el tigre abrió pausadamente un ojo; vió a Alicia, y sin moverse, como haciéndose el desentendido, con un certero movimiento de su lengua, arrebató la espiga y la retuvo con los dientes. Alicia soltó una carcajada; el animal levantó la cabeza y la sacudió alborozado. La niña avanza cautelosamente para asir de improviso el tallo que asoma por entre los barrotes; pero el tigre, astuto y ágil, se retira de un salto y la deja burlada.

Lo que acababa de ver, bastó a Mosquilla para tranquilizarse completamente en presencia del animal considerado desde aquel momento como un nuevo camarada. A Tom, en cambio, le quedaba algún reparo.



La larga cola movediza de aquel tigrazo seguía inquietándole; pues por bueno y manso que fuera el felino, bastaría una caricia suya, con aquel apéndice, para hacerle dar tres volteretas por el aire.

Sin embargo, avanzó sin miedo, con Mosquilla, hasta acercarse a la jaula. Y... oh prodigio! el animal estaba hablando como hablan los hombres.

—Creédme, pequeñita amiga Alicia, — decía. — Huye ahora mismo; ve a despertar a tu madre y huye con ella hacia la montaña si no queréis perecer esta noche. — Y enmudeció de pronto, al ver acercarse en la obscuridad las sombras de nuestros amigos.

—No temas, — le dijo la niña; — son dos amiguitos míos que casualmente pasan esta noche con nosotros.

El tigre, iluminando a los recién llegados con la luz que manaba de sus propios ojos, los contempló un instante. Mosquilla, sin miedo, adelantóse hasta tocar los barrotes y dijo: — Sí hermoso hijo de Bengala; yo soy amigo de Alicia y de su buena madre; y como me ha parecido oir que les anunciabas un peligro, te conjuro a que me digas qué puedo hacer para salvarlas.

Al escuchar estas palabras el tigre agachó la cabeza, lamió cariñosamente las manos de su interlocutor, y sentándose pesadamente, después de cerciorarse de que nadie más les escuchaba, con voz apagada prosiguió diciendo:

—Esta noche van a asaltar el carro de Rodembac unos malvados, para vengarse de sus egoismos y de sus malos tratos. Aquí mismo, debajo de mi jaula, se ha tramado el complot. Los cabecillas son Bertoldi y los gimnastas alemanes; la consigna es incendiar el carro de la cocina, y aprovechando la confusión que se origine, asesinar al director y a sus adictos, para robar después el oro que llevan en sus cajas. Los conjurados se han dado cita para las doce en el ángulo del campamento más próximo al río.

Al oir esto Mosquilla, sintió que se le enardecía la sangre. Tom comenzó a dar vueltas, husmeando silenciosamente con la cola tiesa y las orejas erizadas. Huir, sería bajeza, y Mosquilla no había huído nunca ante ningún peligro. Por otra parte, su deber era salvar a todos, aún a los malos, después de haberles dado su correspondiente lección y merecido. Todo esto lo consideró Mosquilla en un instante; después respiró fuerte, se quitó el sombrero, y acercándose el índice a los labios, dijo: — Meditemos.

Tom se sentó frente a él, como se merecía el caso. Después de un angustioso silencio, la pequeña Alicia exclamó con voz entrecortada: —Pero, ¿qué hacer? Mosquilla contestó sentenciosamente: — Vigilar, prevenir, luchar, vencer.

Al oir esto, el tigre se levantó estupefacto. Alicia se agarró a la reja para no caerse al suelo. Tom dió una de sus voltaretas en señal de alegría.

—Iremos inmediatamente a sorprender a los juramentados — añadió Mosquilla; — King debe ayudarnos, protegiendo nuestra pequeñez contra aquel que ose plantarnos cara.

Continúa en el número próximo.

Concurso de dibujos infantiles

MUNDO URUGUAYO abre un concurso de dibujos infantiles en el que pueden intervenir todos sus pequeños lectores. Los dibujos que se envíen no han de ser copiados y serán hechos con pluma y tinta negra en un papel o cartulina blanca, de tamaño de una postal. Deberán ser acompañados del título o explicaciones de lo que representan, nombre, dirección y edad del pequeño autor al respaldo.



Mi chalet en Carrasco, por Héctor Barreiro, edad 13 años



Mi amigo Carlitos, por Jaime Roberto Ucar



Mi hermanito Luisito, por Carlos M. Etchepare, edad 11 años



Yo quiero ser Tom Mix, por Chochito Vieytes Pérez, edad 8 años



Si saldrán premiados nuestros dibujos, por Ramón Rivera, edad 7 años



Hasta los perros quieren aprender sintiéndose campeones, por Jorge Halty, edad 12 años



Cantándole a Colombina, por Adolfo Basso, edad 12 años



¡Hip Hip Hurra! a los campeones uruguayos, por Elisa Olivera Saccone edad 12 años

(Continuación de la pág. 6)

tuvo miedo y cerró los ojos. La angustia la hacía estar con los ojos muy abiertos en la sombra. Pasó un gran rato; una campana sonó. De repente, como si Emilio hubiera tenido la certeza de que ella lo acechaba, le dijo en voz baja y colérica con un tono opaco, que Luisa no le había oído nunca:

—Si tú no hubieras ido, todos hubieran sido prudentes. ¡Has sido tú con tus gritos, con tu cara... con aquella manera de sonreir!

Ella hubiera querido protestar, pero no era contra su marido, sino contra su propia conciencia, contra quien necesitaba hallar razones. La misma impureza de orgullo que sentía al ver concretada por Emilio la idea que había ya halagado y torturado su mente, le probaba que era culpable. Entonces quiso saber de una vez la magnitud de su culpa, y balbuceó:

—¿Y han tenido que cortarle la pierna?

—Ha muerto.

Una llama de remordimiento la abrasó toda; y en silencio, desconsoladamente, lloró hasta esas lágrimas que dejan huellas en la piel y en el corazón.

A. Hernández Catá.

(Continuación de la pág. 20)

—Entraremos en una farmacia, a ver si le dan un calmante.

—¿Un calmante?... Y Arturo dió un salto, pensando en su bolsa vacía.

—No, no — prosiguió con energía. Nada de botica. Las medicinas me ponen peor.

—¡Qué diantre de indisposición!

—¡Ah, Frisette, soy muy desgraciado!

Y al ir maquinalmente a tomar el pañuelo como para enjugarse los ojos, llevó la mano al bolsillo del lado izquierdo del pecho.

Sintió entonces bajo sus dedos la impresión de un papelito, un billete de Banco, que había echado de menos hacia tiempo, y que creía ya perdido.

—¿Qué tiene usted? — repitió Frisette, consternada.

—Nada, querida amiga... mi crisis pasó...; vamos a cenar.

(Continuación de la pág. 7)

—Pero, hijo, ¿esa mujé se come a la gente? ¡Quisiera yo conocerla!

—¡Si usté la conoce!

—¿Que la conozco yo?

—Mucho. Y er favó más grande que podía usté hacer por mí era desirle to esto que yo cayo.

Lolilla se contrajo. Y en su mente un cuervo batió sus alas negras.

—¿Que yo se lo diga? — preguntó, en la garganta un collar de lágrimas. — Pero esa mujer es...

—Su hermana: Consuelo.

Fué como si una catapulta aplastase su cerebro. Lolilla quedó inmóvil; se extravió su mirada y durante un momento perdió la noción de las cosas. Manolo notó la turbación y le preguntó interesado:

—¿Se ha puesto usté mala?

—Sí.

Acudieron las amigas y viendo que el malestar de Lolilla tomaba mayores proporciones, decidieron llevarla a su casa. Nadie se explicaba aquel repentino accidente. Sólo Manuel Torres pudo comprender toda la verdad. Y una nube de tristeza empañó su espíritu. Buscando en Lolilla una abogada para sus pretensiones respecto a Consuelo, había hecho germinar inconsciente en el corazón de la fea la rosa del amor. Y la realidad había venido a deshojar fieramente sus pétalos. ¡Pobre Lolilla! No fué Manolo, como ella suponía, el esperado caballero de sus sueños de virgen.

—o—

Lolilla se agravaba por momentos. El médico a quien habíase mandado llamar diagnosticó que el caso no tenía solución. Una conmoción cerebral producida por una impresión fuerte acababa con la vida de la muchacha.

Sobre el lecho yacía inerte el cuerpo de Lolilla. Sus amigas la rodeaban llorosas y afligidas. Y todas se preguntaban qué habría podido impresionarla hasta el punto de causarle la muerte.

En el alféizar de la florida reja estaban los alcauciles que Lolilla colocara antes de salir de su casa.

De madrugada pareció que Lolilla despertaba de su letargo; abrió los ojos y los fijó en Consuelo, que a la cabecera del lecho permanecía.

—Lola, Lolita... ¿Qué tienes? ¿Qué te sientes? Lola hizo un esfuerzo supremo y con la voz borrosa murmuró:

—Manolo... te quiere a ti...

Luego volvió a cerrar los ojos para no abrirlos más. Y le pareció que un príncipe envuelto en albo traje venía por ella, *en el cinto la espada y en la mano el azor*. Y ella le acogió solícita. Y el caballero la besó en la frente y al besarla se sintió trasportada de este mundo y comenzó a escalar los cielos infinitos.

Unos perros ladraban en la noche. Y eran sus ladridos agoreros y lúgubres...

—o—

¡Mañanita de San Juan, qué triste llegas! Lolilla ha muerto. Y unas manos amigas han cubierto su cuerpo inerte de rosas y de claveles.

En el alféizar de la ventana han florecido los alcauciles simbólicos. Y es que fué el Caballero de la Muerte el príncipe tantos años esperado por Lolilla la fea.

J. Fernández de Villar.

Poemas de niños

El hogar

Iba yo, lentamente, por la carretera que atraviesa el campo, cuando el sol caído, como un avaro, guardaba en el ocaso su oro postrero. Se hundía la luz en la sombra, cada vez más baja, y la tierra viuda, segada ya su mies, yacía silenciosa.

De pronto se perdió en el cielo la aguda voz de un niño, que cruzara, sin yo verlo, por la obscuridad, dejando la estela de su canción a través de la hora callada. Su hogar estaba allá, tras los cañaverales, al fin de los llanos yermos, perdido entre la sombra del plátano, de la grácil palmera, del cocotero y del árbol verdinegro del pan.

Me detuve un momento, en mi solitario camino a la luz de las estrellas. Ante mí, la tierra umbrosa se tendía, abrazando una infinidad de hogares, con cunas y lechos, con corazones de madre y lámparas de velada, con vidas jóvenes, alegres de esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.

Rabindranath Tagore.

De como una mujer puede conservar su juventud

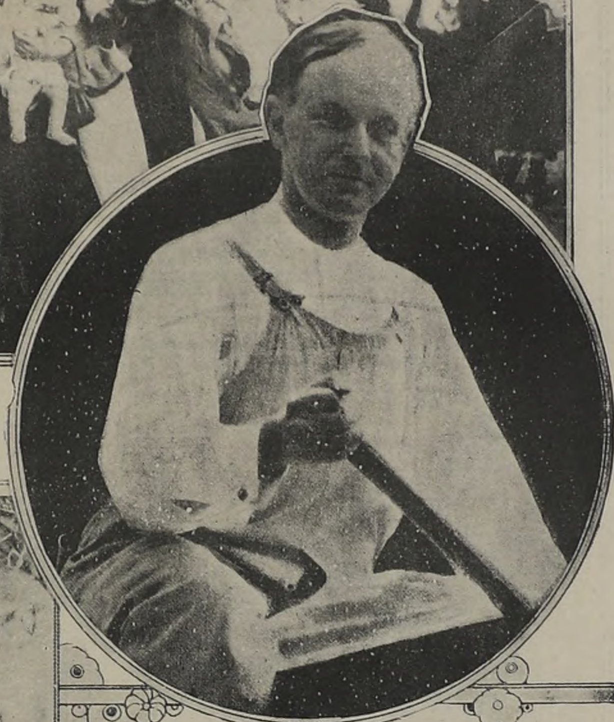
(De la Revista "Popular Topics".)

"La mujer que desee parecer joven debe abstenerse de usar cremas y coloretes, porque, de lo contrario, sólo conseguirá endurecer el aspecto de su cara y destruir los tejidos de su cutis", dice Margaret Holmes Bates, la conocida escritora. "Médicos autorizados declaran que si la mujer abusa de métodos artificiales, ella arriesga su salud", así continúa la escritora. El tratamiento perfecto a que puede someterse un mal cutis es el de la cera mercolizada (en inglés: "pure mercolized wax"), pues ésta nada agrega a la piel, sinó que, en cambio, le quita algo: toda la cutícula superficial, vieja, descolorida y manchada. De esta manera va apareciendo en su lugar, el nuevo cutis delicado que surge gradualmente de las capas inferiores para revelarse a la superficie. Esto es lo que se consigue con la cera mercolizada, que puede hallarse en todas las farmacias del Uruguay. La cera procede con toda suavidad y sin ocasionar daño alguno al nuevo cutis, proporcionando a la tez un aspecto sonrosado y brillante, completamente distinto al que presenta una piel arreglada con afeites. Este es el método que debe seguirse para que una mujer pueda conservar su juventud.

ACTUALIDAD EXTRANJERA



Madres americanas colgando a los hijitos en un alambre para que gocen del aire y del sol, así mismo como de la libertad de sus movimientos, mientras ellas cumplen con sus obligaciones. Metidos en unas bombachas especiales quedan asegurados con palillos de lavandera como si fueran ropa puesta a secar



El presidente de Estados Unidos de Norte América, Mr. Coolidge haciendo de labriego en una granja. El gran demócrata se ha ganado su jornal cargando paja en un carro



Iguanas Rinocerontes, curiosísimos anfibios descubiertos en el lago Turriquillo cerca de Haití. Se han encontrado cuevas cavadas en corales fósiles que llegan a una profundidad de 15 metros



El "Idolo Serpentina" que está obteniendo ruidoso éxito en el "London Coliseum". Es un número con música de Schubert que interpreta brillantemente la troupe de Claudia Issatchenko



Los Angeles azules. — Maravillosa escena de ballet ruso, realizada por discípulas de Dove Kosloff



El Dr. Miethe, investigador alemán, que acaba, gracias a su reciente descubrimiento, de producir un dólar de oro con mercurio, a costo de $ 60.000



Paseo en un dragón de cauchout. — Douglas Fairbanks y Mary Pickford, que desde que se casaron se han dedicado a hacer cosas raras, hicieron este curioso paseo en Hollywood

Buick

¿Cuál es el orígen de esa indefinible satisfacción que experimenta todo poseedor de un **Buick**?

Es la convicción de que bajo el exquisito brillo y hermosa simetría exterior de sus carrocerías se oculta un chassis y un motor que hoy constituyen la norma mundial de comparación.

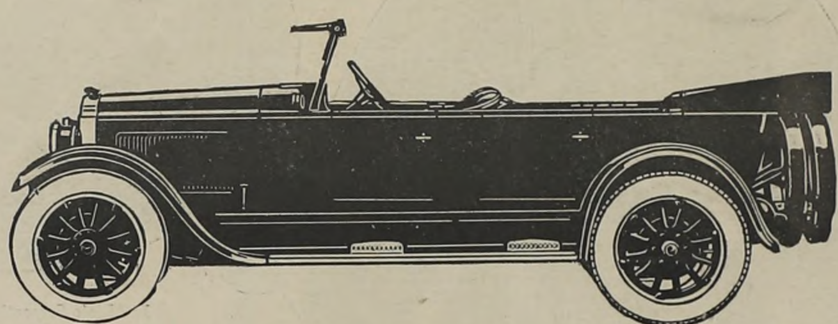
Debajo del elongado y bien proporcionado capó palpita el famoso motor **Buick** de válvulas sobre la culata, poderoso, flexible y confiable.

El embrague de discos, el resistente puente trasero, el eficaz sistema de frenos en las cuatro ruedas, todo se auna para formar un conjunto que representa lo sumo en perfección mecánica del automóvil moderno.

La popularidad del **Buick** es, sin duda alguna, un espléndido tributo a las excelentes cualidades que desde un principio lo ha caracterizado.

Los modelos **Buick** de 1925 constituye el triunfo de mayor resonancia del año, y cordialmente invitamos al público en general a visitar nuestra exposición de modelos de seis cilindros en nuestros salones.

Verdaderamente: El Tigre de 1925



En exhibición y venta:

CROCKER & Cía.

URUGUAY, 1010

MONTEVIDEO

Impresa en los Talleres de Ucar Blanco Hnos. — Imprenta Latina. — Calle Florida 1528 y Paysandú 832
Para la Agencia Publicidad. — Capurro & Co. — Grabados a cargo de Gino Lugli